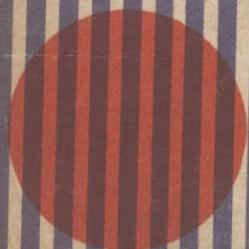


minotauro

fantasía y ciencia-ficción



minotauro

fantasía y ciencia - ficción

Damon Knight	¿QUÉ BESTIA TORPE?	3
Ray Bradbury	LA COSTA EN EL CREPÚSCULO	24
Anthony Boucher	EN BUSCA DE SAN AQUINO	32
Fritz Leiber	LA ANCIANA SEÑORITA MACBETH	48
Arthur C. Clarke	DE LA MENTE Y DE LA MATERIA (<i>Ciencia</i>)	52
Kit Reed	EL TIGRE AUTOMÁTICO	59
Poul Anderson	EL CAMPAMENTO	72
Alfred Bester	LOS HOMBRES QUE MATARON A MAHOMA	101
J. G. Ballard	EL LEONARDO PERDIDO	112
<i>Cubierta de Juan Esteban, ilustrando ¿Qué bestia torpe?</i>		
Editorial		2
<i>En el próximo número</i>		71

1

Minotauro. Nº 1. Setiembre-Octubre de 1964. Publicación bimestral. Editor responsable: Ediciones Minotauro S. R. L. Administración: Humberto I, 545, Buenos Aires. Redacción: Alsina 509, Es. As. Director: Ricardo Gosseyn. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, por acuerdo con Mercury Press, Inc. New York, U. S. A. Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1964 Ediciones Minotauro. Se terminó de imprimir el día veinticuatro de junio del año mil novecientos sesenta y cuatro en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires.

Editorial

En 1949 aparecía en los Estados Unidos el primer número de The Magazine of Fantasy and Science Fiction con material seleccionado por J. Francis McComas y Anthony Boucher, y que incluía El hurkel es una bestia feliz, la famosa historia de Theodore Sturgeon. En estos quince años, F&SF —dirigida hasta 1958 por el dúo Comas-Boucher, luego por Boucher, más tarde por Robert P. Mills, y hoy por Avram Davidson, siempre con Joseph W. Ferman como publisher (editor)— se mantuvo firmemente a la vanguardia del género, y fue multiplicando sus ediciones extranjeras: Inglaterra, Francia, Japón, Italia, Alemania. F & SF, libre de muchos de los grilletes de la novela y el cuento contemporáneos, fue (es) un verdadero campo de experimentación, donde la imaginación y la invención mostraban todo su poder de renovación o recreación de ideas; donde nacieron los nuevos maestros (Richard Matheson, Chad Oliver, Philip K. Dick, Zenna Henderson), y donde se han publicado regularmente los relatos que han ampliado y amplían los límites de la science fiction y de la moderna literatura fantástica. “Mientras el conocimiento que tiene el hombre del microcosmos y el macrocosmos —escribió Avram Davidson— continúe expandiéndose, y a la vez intensificándose, aparecerán más relatos basados en esa expansión y en esa intensificación.” Minotauro, en esta edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction se propone publicar bimestralmente los mejores de estos relatos, esperando ganar así el apoyo, el respeto y el afecto de los amigos lectores.

Damon Knight nació en Hood River, Oregon, en 1922, y ha publicado tres novelas, dos libros de cuentos, y una notable colección de ensayos (In search of wonder, 1956). En ¿Qué bestia torpe? el protagonista, Mike Kronski, sabe que no hace milagros, conoce las leyes físicas que permiten, por ejemplo —en el punto de unión de dos universos paralelos—, resucitar a los muertos, y multiplicar estatuas.

¿QUE BESTIA TORPE?

Damon Knight

Seguramente alguna revelación está próxima; seguramente la Segunda Venida está próxima...

¿Y qué bestia torpe llegada al fin su hora se arrastra hacia Belén para nacer?

—William Butler Yeats, LA SEGUNDA VENIDA

EL SEÑOR FRANK ME DIJO:

—Eh, usted, limpie ese rincón.

El señor Frank era un hombre corpulento, de cara roja, boca siempre entreabierta y labios que se retiraban rápidamente mostrando unos dientes pequeños y amarillos. Recuerdo que dijo eso, tarde, de noche, poco después de la gente que había venido de los teatros y justo antes de cerrar. El bar estaba vacío, con una luz enfermiza que brillaba en las losas y en las superficies caídas de las mesas. Afuera había oscuridad y humedad. La gente pasaba con los cuellos de las cha-

quetas levantados y unas caras grises azuladas como la lluvia.

En la mesa del rincón había algunos platos, restos de comida. Limpié todo, puse los platos en el vertedero de la cocina encima de la pila, y luego volví al bar. El señor Frank cortaba tomate para unos sandwiches, golpeando demasiado con el cuchillo, y moviéndolo con demasiada rapidez. Tenía blanca la punta del pulgar de tanto apoyarla en el cuchillo.

—Señor Frank —le dije—, trabajo aquí desde hace tres semanas y usted me llama “Eh, usted”. Mi nombre es Kronski. Si le cues-

ta recordarlo, dígame Mike. Pero no "Eh, usted".

El señor Frank inclinó la cabeza para mirarme, mostrándome los dientes amarillos. Las aletas de la nariz se le pusieron de un color blanco amarillento, como siempre que estaba enojado. Dejó caer el cuchillo, y en seguida tomó aliento, entre los dientes apretados, sosteniéndose la mano. La sangre oscura empezó a gotear sobre la mesa y las rodajas de tomate. Era una cortadura profunda. El señor Frank me gritó apretando los dientes:

—¡Mire lo que ha hecho! ¡Cristo!

—¿Qué pasa? —dijo el señor Harry desde el otro extremo del mostrador, y vino hacia nosotros.

El señor Harry era un hombre delgado, calvo, de ojos grandes que parpadeaban continuamente como si tuviese miedo.

Yo era el culpable. Fui rápidamente hacia el señor Frank, que me apartó con el codo.

—¡Apártese de mí, babieca!

El señor Harry miró el pulgar del señor Frank y silbó entre dientes. Luego se volvió y fue hasta el botiquín de la pared. El señor Frank se tomaba la muñeca y maldecía. Del mostrador del cajero, al lado de la puerta, vino el señor Wilson, el encargado de la noche. Oí las pisadas en las baldosas.

El señor Harry trató de vendar el dedo, pero el vendaje no se sostenía.

—¡Maldita sea! —gritó el señor

Frank apartando al señor Harry y arrancando el botiquín de la pared. La sangre seguía.

Tomé rápidamente un tenedor y mi pañuelo, no muy limpio, pero no había otra cosa. Anudé el pañuelo y traté de ponerlo alrededor de la muñeca del señor Frank, que me empujó otra vez.

—Deme eso —dijo el señor Harry, y me sacó el tenedor y el pañuelo. El señor Frank se apoyaba ahora en la máquina de café, cada vez más pálido, y el señor Harry le ató el pañuelo por la muñeca.

La sangre caía sobre el mostrador, el entarimado, las mesas, todo. El señor Harry trató de hacer girar el tenedor, pero se le cayó y lo recogió diciendo: —Apártese, ¿quiere?— y comenzó a apretar el pañuelo.

—Mejor llamar al hospital —dijo la voz del señor Wilson a mis espaldas. Y en seguida gritó: —¡Cuidado!

El señor Frank puso los ojos en blanco y abrió la boca. Luego se le doblaron las rodillas y empezó a caerse, y el señor Harry trató de sostenerlo, pero era demasiado tarde, y cayó junto con el señor Frank.

El señor Wilson se acercó a ellos por el otro lado del mostrador, así que yo fui a telefonear.

Yo no tenía monedas en los bolsillos. Pensé en volverme y pedir una, pero pasarían unos minutos. Se me ocurrió que el señor Frank iba a morir porque yo no era bastante rápido. Así que me

tí los dedos en el depósito de metal donde caen las monedas que devuelve el teléfono, y no había allí ninguna moneda, pero yo busqué adentro, donde está el lugar donde las cosas cambian, y encontré el sitio, y le di una vuelta. Y allí apareció la moneda, en el depósito de metal. Así que la tomé y la metí en el teléfono. Pedí una ambulancia para el señor Frank.

Luego volví a donde estaba el señor Frank acostado, y los otros dos, agachados junto a él, y el señor Wilson alzó los ojos y preguntó: —¿Llamé al hospital?— Yo dije que sí, pero el señor Wilson dijo sin escucharme: —Bueno, apártese entonces. Harry, tómelo de los pies y lo enderezamos un poco.

Yo podía ver la pechera roja de la camisa del señor Frank, y la mano envuelta en gasa ahora y con un torniquete en la muñeca. Estaba acostado sin moverse.

Fui a un extremo del mostrador, lejos. Sentía mucho lo del señor Frank. Yo sabía que estaba enojado y lo vi cortando con el cuchillo, así que la culpa era mía.

Luego de mucho rato apareció un policía y miró al señor Frank y yo le conté lo que había pasado. El señor Harry y el señor Wilson se le contaron también, pero no todo, porque no habían visto desde el principio. Luego llegó la ambulancia, y yo le pregunté al señor Wilson si podía ir con el señor Frank al hospital.

—Vaya si quiere. De todos mo-

dos no lo necesitaremos más aquí después de esta noche, Kronski.

El señor Wilson me miró a través de sus gafas brillantes. Era un hombre de pelo gris, muy atildado, que siempre hablaba en un tono alegre, pero lo miraba a uno como si siempre sospechara algo. A mí me gustaba el señor Harry, y aun el señor Frank, pero él nunca me gustó.

Así que me despidieron. Ninguna novedad para mí. Pero pensé cómo en un año, dos años o quizá antes, esos hombres podrían olvidar alguna vez que yo estaba vivo en el mundo.

Yo había estado trabajando allí tres semanas, de noche, limpiando mesas y amontonando platos en el vertedero. No basta que uno esté ahí para que el lugar sea diferente. Pero si uno no consigue hacerlo diferente, uno no vive.

En el hospital, pusieron al señor Frank en una camilla rodante y lo llevaron en ascensor. Una mujer me hizo allí algunas preguntas y escribí algo en una hoja grande de papel, y luego llegó la policía y hubo más preguntas.

—¿Usted cómo se llama? ¿Michael Kronski, no es así? ¿Hace mucho que está en el país?

—Desde hace veinte años.

Pero era mentira, sólo hacía un mes. El policía dijo:

—No aprendió bien el inglés, ¿eh?

—Para algunos no es fácil.

—¿Es ciudadano?

—Claro.

—¿Cuando se naturalizó?

—En mil novecientos cuarenta y uno —dije, pero era mentira.

El policía hizo más preguntas, si había estado en el ejército, desde cuándo estaba en el sindicato, dónde había trabajado antes, y yo siempre mentaba. Luego el hombre cerró el libro.

—Muy bien, quédese por ahí hasta que recobre el conocimiento. Luego si él dice que no hubo asalto, puede irse a casa.

En el hospital había un silencio de tumba. A veces se abrían unas puertas, los zapatos de los médicos chillaban en el piso. Después sonó el teléfono *brrr* muy débilmente, y una mujer del hospital levantó el tubo y habló, pero yo no pudo oír nada. Era una mujer rubia, creo que oxigenada, con unas líneas muy marcadas en las mejillas.

La mujer dejó el teléfono. El policía habló con ella un rato y luego se acercó a mí.

—Bueno, ya está despierto. Dicede que se lo hizo él mismo. ¿Usted es amigo de él?

—Trabajamos juntos. Trabajábamos. ¿Algo que pueda hacer?

—Van a darlo de alta. Necesitan la cama. Pero alguien tendrá que acompañarlo. Yo tengo que continuar mi recorrida.

—Yo lo llevaré a su casa, sí.

—Muy bien. —El policía se sentó en un banco y me miró.— ¿Pero qué acento es ese? ¿Es usted checo?

—No. —Iba a decir sí, pero el hombre tenía cara de eslavo. Quizá fuese polaco. Así que dije una

mentira diferente: —Ruso, de Omsk.

—No —dijo el policía lentamente, clavándome los ojos. Luego pronunció unas palabras en ruso. No entendí, era tan diferente del ruso que yo conocía, así que no dije nada.

—¿Nyet? —preguntó el policía mirándome con claros ojos grises. Era un hombre joven, de mandíbula y pómulos huesudos, y unas líneas sonrientes alrededor de la boca.

Justo entonces llegó el ascensor con el señor Frank y la enfermera. El señor Frank tenía un abultado vendaje blanco en la mano. Me miró y torció la cara.

El policía estaba escribiendo en su libro. Me miró otra vez. Dijo algo más en ruso. Yo no conocía las palabras, pero una se parecía a la palabra “cerdo” en mi ruso. No dije nada. Me quedé serio.

El policía se rascó la coronilla.

—Dice que es de Rusia, pero no entiendo el idioma. ¿Cómo es eso?

—Por favor —dije—, cuando dejamos Rusia yo era chico. En casa se hablaba idisch.

—¿Yeah? ¿Ir zent ah yidish yingl?

—¿Vi den?

Ahora era mejor, pero el hombre no estaba todavía contento.

—¿Y sólo hablaban iddisch en su casa?

—A veces francés. Mi madre hablaba francés, también mi tía.

—Bueno, eso puede explicarlo, supongo. —El hombre cerró el libro y lo puso a un lado.— Diga-

me, ¿tiene los papeles de ciudadanía encima?

—No. Los tengo en casa guardados.

—Bueno, demonios, tiene que llevarlos consigo. En tiempos como estos. Recuerde lo que le dije. Bueno, puede irse ahora.

Alcé los ojos, y el señor Frank no estaba. Me acerqué rápidamente al escritorio.

—¿Dónde fue?

—No sé de qué habla —me dijo la mujer friamente, separando todas las palabras como si le hablase a un chico.

—El señor Frank estaba aquí hace un momento.

—En el vestíbulo, en la oficina de pagos —dijo la mujer, y apuntó con el lápiz amarillo por encima del hombro.

Fui, pero en el vestíbulo me detuve y volví la cabeza. El policía estaba inclinado sobre el escritorio hablando con la mujer, y vi que se había metido el libro en el bolsillo. Supe que habría más preguntas, quizá al día siguiente, quizá la semana próxima. Tomé aliento y cerré los ojos. Busqué el lugar donde estaba el libro y las cosas cambiaban. Lo encontré y le di una vuelta.

El policía no notó nada, pero la próxima vez que mirase el libro no habría nada escrito sobre mí. Quizá habría una página en blanco, quizá alguna otra cosa escrita. El hombre recordaría, pero sin algo escrito no le serviría de nada.

El señor Frank estaba junto a

la ventanilla muy pálido, discutiendo con el empleado. Me acerqué y oí que decía:

—Veintitrés dólares, ridículo.

El hombre de adentro apuntó a un trozo de papel.

—Está todo anotado, señor.

—Yo pagaré —dije rápidamente, y busqué la billetera.

—No quiero su dinero —dijo el señor Frank—. ¿De dónde sacará veintitrés dólares? Deje que el seguro pague.

—Por favor, es un placer para mí. Aquí, tome.

Empuje el dinero hacia el hombre de la ventanilla.

—Muy bien, dele el maldito dinero —dijo el señor Frank y se alejó.

—Es esa —dijo el señor Frank.

Estábamos en una calle de casas estrechas y viejas, con escalones de piedra que bajaban como si todas las casas sacaran la lengua al mismo tiempo. Pagué el taxi, y ayudé al señor Frank a subir los escalones.

—¿En qué piso vive?

—En el cuarto; podré arreglarmelas.

—No, lo ayudaré —dije, y fuimos escaleras arriba.

El señor Frank estaba muy débil, muy cansado, y los labios no se le estiraban ya sobre los dientes.

Fuimos por un largo pasillo, entramos en una cocina, y el señor Frank se sentó junto a una mesa bajo la luz amarillenta. Apoyó la cabeza en la mano.

—Estoy bien. Déjeme solo ahora, ¿entendido?

—Señor Frank, está usted cansado. Coma algo ahora, antes de dormir.

El señor Frank no se movió.

—¿Dormir? Dentro de tres horas tengo que estar en mi trabajo de día.

Lo miré. Ahora entendía yo por qué el señor Frank golpeaba de aquel modo con el cuchillo, por qué se enojaba tan fácilmente.

—¿Desde cuando tiene dos empleos? —pregunté.

El señor Frank se recostó en la silla, y puso la mano con el vendaje blanco sobre la mesa.

—Un año y medio.

—No es bueno. Tiene que renunciar a uno.

—¿Qué diablos sabe usted?

Yo quería hacer más preguntas, pero la puerta se abrió a mis espaldas, y entró alguien. Miré y era una muchacha vestida con una bata azul, pálida, sin maquillaje, apretándose las solapas de la bata contra el cuello. Me miró una vez y luego le dijo al señor Frank:

—Papá, ¿qué ocurre?

—Ah, me corté la maldita mano. El me trajo a casa.

La muchacha se acercó a la mesa.

—Déjame ver.

—No servirá de nada. Vamos, Anne, no agraves las cosas, ¿quieres?

La muchacha dio un paso atrás, mirándose otra vez. Tenía una

cara agradable, delgada, huesuda.

—Bueno —dijo, como hablándose a sí misma—, no quiero molestarte, y volviéndose salió y cerró la puerta.

El señor Frank dijo al cabo de un rato:

—¿Quiere una bebida o algo? ¿Una taza de café?

Todavía seguía sentado del mismo modo.

—No, no, gracias, gracias lo mismo.

—Bueno, vaya pues. Lo veré en el trabajo.

Salí y durante un momento no pude recordar en qué extremo del pasillo estaba la puerta. Luego recordé que habíamos doblado a la derecha para entrar en la cocina, así que doblé a la izquierda, encontré una puerta en el fondo del pasillo, y salí.

En el cuarto había una luz débil, y Anne estaba de pie un poco inclinada hacia adelante y me miraba con los ojos muy abiertos. Yo no podía moverme. No era un pasillo exterior, era el cuarto de alguien. Alcancé a ver parte de un tocador, y una cama, y luego noté que Anne se había retirado la bata del hombro y estaba inclinándose para mirar en el espejo. En seguida se cubrió rápidamente el hombro, pero no antes que yo viera.

—Fuera de aquí —dijo la muchacha con una voz dura y serena—. ¿Qué le pasa?

Y yo quería irme, pero no podía. En cambio di un paso hacia ella y dije:

—Déjeme verla.

Ella no podía creerlo.

—¿Qué?

—La quemadura. Déjeme verla, porque sé que podría ayudarla.

La muchacha tenía la bata cerrada sobre el cuello, y dijo:

—Qué sabe usted de...

—Puedo hacerlo —dije—. ¿Entiende? Si usted quiere, puedo ayudarla.

Callé y a la débil luz pude ver que la muchacha se ponía colorada, y que se le humedecían los ojos.

—No puede —dijo, y volvió la cabeza. Lloraba.

—Créame —dije.

La muchacha se sentó y al cabo de un minuto tomó aliento y apartó la bata del hombro.

—Muy bien. Mire. ¿Bonito?

Yo di otro paso adelante. Le podía ver el cuello, suave, y como de crema. Pero en el hombro y a través del pecho la piel era dura y blanca, con cuerdas y nudos, como algo que se funde, hierve, y luego se endurece.

Ella tenía la cabeza gacha, y lloraba con los ojos cerrados. Yo lloraba también, y dentro de mí sentía un dolor que quería salir. La toque con la mano y dije:

—Querida mía.

La muchacha se sobresaltó cuando la toque, pero luego se quedó quieta. Estaba en las puntas de los dedos la piel fría, rugosa como piel de lagarto. Dentro de mí había un dolor enorme que saltaba. No pude soportarlo mucho tiempo. Le froté la piel muy len-

tamente, muy suavemente con los dedos, mirando y sintiendo donde estaba la piel estropeada. No era fácil. Pero si yo no lo hacía de ese modo, yo sabía que lo haría sin querer, todo de una vez, y sería peor.

Hacerlo todo de una vez no conviene. Cada célula tiene que corresponder a la célula de al lado. Con la punta de los dedos yo buscaba adentro donde empezaba la piel mala, y le daba una vuelta, y cambiaba la piel en piel buena, un poco cada vez.

Ella estaba quieta y me dejaba hacer. Al rato dijo:

—Fue el fuego, hace dos años.

Papá había dejado una lámpara de soldar encendida, y yo la moví, y había un recipiente con algo plástico, abierto. Y se incendió y...

—No hable —dije—. No es necesario. Espere. Espere.

Pero ella no podía quedarse callada mientras yo le frotaba la piel, y dijo:

—No pudimos cobrar ninguna indemnización. Estaba en el recipiente, manténgase lejos del fuego. Fue culpa nuestra. Estuve en el hospital dos veces. Lo arreglaron, pero creció otra vez del mismo modo. Es lo que se llama tejido que loquelo.

—Sí, sí, querida, ya sé —dije.

Ahora, abajo, el tejido duro era blando, y la muchacha se movió un poco en la silla y dijo con una vozecita:

—Parece que ahí estuviese mejor.

La piel era dura aún bajo mis dedos, pero más blanda que antes. Cuando yo la apretaba no era más como un cuero de lagarto sino como un guante.

Seguí trabajando, y la muchacha olvidó su vergüenza hasta que se oyó que alguien abría la puerta del pasillo. La muchacha se sentó muy tiesa, miró alrededor, y luego me miró a mí. Se puso colorada otra vez, y me tomó la muñeca.

—¿Qué está haciendo? —dijo.

Comprendí en seguida que la muchacha se levantaría de un salto y se subiría la bata, y luego quizá gritaría, y pasase lo que pasase la culpa no sería de ella.

Pero yo no podía permitirlo. Yo también estaba avergonzado y me ardían las orejas, pero era imposible detenerse ahora.

—No, quédese sentada —dije.

La sostuve en la silla y le seguí pasando los dedos por la piel. No alcé los ojos, pero oí las pisadas del señor Frank que entraba en la habitación.

—Eh, usted —oí que decía—. ¿Qué piensa que está haciendo?

Y la muchacha quería ponerse de pie de nuevo, pero yo la sujeté.

—Mire, mire —dije, con lágrimas que me rodaban por las mejillas.

Bajo mis dedos había un trozo de piel blanda, sana, suave como crema. Moví los dedos y muy lentamente este trozo creció y creció. La muchacha bajó los ojos y se quedó sin aliento.

Vi de reojo que el señor Frank se acercaba, enojado y sorprendido.

—Eh —dijo una vez más estirando los labios y mostrando los dientes, y miró por encima del hombro de su hija.

En seguida parpadé como si no creyese lo que veía, y luego miró otra vez. Puso la mano en la piel sana, bruscamente, y la retiró como si se hubiese quemado.

Ahora el resto de la piel cambiaba más rápidamente. Era como sacar la escarcha del vidrio de una ventana. El señor Frank y su hija estaban allí sin moverse, y al fin el señor Frank se puso de rodillas junto a la silla abrazando a la muchacha y abrazándome a mí con tanta fuerza que me lastimaba, y los tres estábamos muy apretados y juntos y nos ardía la cara y llorábamos.

Cuando yo era niño en Nueva Rusia —lo que aquí llaman Canadá, pero es todo diferente— ya podía ver que junto a este mundo hay muchos otros mundos, tantos que no se pueden contar. Me cuesta entender de veras que otra gente sólo vea lo que está aquí.

Entonces aprendí también a tocar esos otros mundos, no con las manos sino con la mente. Y aprendí también a cambiar el sitio donde este mundo toca el otro, haciendo que el sitio sea distinto. Al principio lo hacía sin saber, cuando me sentía muy enfermo y tenía miedo de morirme. Sin saberlo yo alcanzaba el sitio

y le daba una vuelta y de pronto yo ya no estaba enfermo. El médico no lo quería creer, y mi madre rezaba mucho, pues pensaba que Dios me había salvado la vida con un milagro.

Luego supe que podía hacerlo. Cuando yo no sabía la lección en la escuela o iba a ocurrir algo que no me gustaba, yo alcanzaba el sitio, y lo cambiaba. Poco a poco cambié así muchos pedazos del mundo.

Al principio no pasaba nada malo, pues yo era pequeño, y sólo hacía cosas para mí mismo, que me gustaban a mí.

Pero luego crecí y me ponía triste ver como la otra gente era desgraciada. Así que empecé a cambiar más cosas. Mi padre tenía una rodilla enferma; yo se la curé. Nuestra vaca se quebró el pescuezo y murió. Y yo la hice vivir otra vez.

Al principio yo tenía cuidado, luego no tanto. Y al fin se dieron cuenta.

Entonces todos se pusieron a decir que yo sería un gran rabí, y me dedicaban sus oraciones, y me lo decían tantas veces que al fin llegué a creerlo.

Hice milagros.

Luego un día empecé a entender: lo que yo hacía estaba mal. Yo le ponía tantos remiendos al mundo que ya no era más el mundo sino un estropicio. Si uno trata de mejorar una silla poniéndole remiendos con un pedazo de madera de roble aquí, y un pedazo de madera de fresno allá, has-

ta que todos es remiendos, la silla queda peor que antes.

Así que yo veía, todos los días, que yo no hacía más que poner remiendos, pero no quería pensar que eso estaba mal. Al fin no pude soportarlo, y busqué atrás, muy lejos, y cambié ya no un pedazo sino todo el país. Retrocedí hasta antes de haber nacido, y cambié.

Y cuando miré alrededor, el mundo era completamente distinto... las casas, los campos, la gente.

La casa de mi padre no estaba allí. Mi madre, mis hermanos, mi hermana habían desaparecido; y yo no podía traerlos de vuelta.

Luego que yo le arreglé el hombro a Anne, hubo como una fiesta, con vino en la mesa, pan italiano y manteca dulce y salami, y de la radio del cuarto de al lado venía una música ruidosa y alegre. Pronto, del otro extremo del pasillo, llegó una dama que se llamaba señora Fabrizi, y se quejó del ruido, y dos minutos después también ella era de la fiesta, y abrazó a Anne y lloró, y luego rió y habló más alto que todos los otros. Luego llegó un joven, Dave Sims, pintor, del piso de arriba, y se unió también a nosotros. La señora Fabrizi fue a su casa a buscar un poco de lasagna, que es una pasta con queso, y muy buena, y Dave trajo de arriba una botella de whisky. Todos nos queríamos, y cuando nos mirábamos nos echábamos a reír porque todos éramos felices. Anne se había

pintado los labios, y se había peinado, y llevaba un vestido escotado de color azul. No podía dejar de tocarse la piel lisa del hombro y el pecho, y cada vez que la tocaba se detenía como sorprendida. Pero estaba preocupada porque la nueva piel no era blanca como crema, y se veía mucho.

—Si usted no hubiese tenido ese accidente —le explicó— hubiera ido muchas veces a la playa y se hubiera tostado la piel. En ese momento donde no había habido accidente, y cuando yo cambié, la piel era tostada, ¿entiende? —Yo no entiendo nada —dijo Dave, y yo vi en las caras de los otros que ellos tampoco entendían nada.

—Escuchen —dije—. Desde que Dios hizo el mundo si una cosa es posible tiene que ocurrir, ¿no es cierto? Porque si no no habría Dios.

Miró a la señora Fabrizi que era una mujer religiosa, pero ella me miraba sin comprender.

—Quiero decir... Un minuto —dijo Dave lentamente—. Quiere decir que si una cosa es posible, pero no ocurre, eso limitaría los poderes de Dios, ¿no es cierto? ¿Sus poderes de creación o algo parecido?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Sí, así es.

Dave se inclinó sobre la mesa. Anne y Frank a un lado y la señora Fabrizi del otro también inclinaban el cuerpo escuchando, pero sólo Dave entendía.

—Pero oiga —dijo—, hay muchas cosas que pueden ocurrir y que no ocurren. Como este pepinillo... puedo tirarlo al piso, pero no lo tiro, me lo como. —Y Dave mordió el pepinillo y sonrió mostrando los dientes.— ¿Ve? No ocurrió.

—Ocurrió —dijo—. Ocurrió que usted lo tirara al piso. Mire.

Y mientras yo le decía, busqué el sitio y le di una vuelta, y cuando todos miraron a donde yo señalaba, había un pepinillo en el piso.

Entonces todos se rieron como si fuese una broma, y Frank le palmeó la espalda a Dave diciendo:

—¡Esta usted no se la esperaba! Y antes de un minuto comprendí que todos creían que era una broma y que yo mismo había tirado el pepinillo al suelo.

Dave también se reía, pero sacudiendo ante mí el pedazo de pepinillo que tenía en la mano.

—Tengo la carta de triunfo —dije—. Aquí, ¿la ve? No lo tiré, lo comí.

—No —dije—, lo tiró —y le di al sitio otra vuelta y ya no había pepinillo en los dedos de Dave.

Todos se rieron entonces, más que nunca, excepto Dave, y al rato Anne se tocó el pecho y dejó de reírse también.

—¿Dónde está? ¿Eh? ¿Dónde está? —decía Frank tironeando de la camisa de Dave. En seguida se calló y me miró. Sólo la señora Fabrizi seguía riéndose y parecía que cacareaba, hasta que Frank

le dijo: —Por favor, Rosa, cálese un rato.

—¿Cómo lo hizo? —me preguntó Dave, mirándome.

Yo sentía el calor del vino y el whisky y dije:

—Trataré de explicarlo. Si algo es posible, ocurre en alguna parte. Tiene que ocurrir, si no Dios no es Dios. ¿Entienden? Es como si cada mundo fuese un naipes en un mazo. Todos son un poco diferentes. Anne, en algunos mundos usted tuvo un accidente, en otros mundos no. Así que yo busco el sitio y le doy una vuelta, un poco cada vez. Lo que doy vuelta puede ser algo pequeño como la cabeza de un fósforo, o grande como un edificio. Y puede ser de hace mucho tiempo, cien años, quinientos años, o sólo un minuto. Cada vez que cambio pienso en un cucurucho de helado, un cono. Aquí arriba está lo que vemos ahora, aquí abajo en el fondo hay un punto de hace una semana o de hace un año. Si hace mucho tiempo, el cono es largo. Si hace poco tiempo, el cono es corto. Pero del puntito del fondo nace todo este cono, y hace que las cosas de aquí arriba sean diferentes.

—Un momento. Aclaremos —dijo Dave, pasándose la mano por el pelo—. ¿Quiere decir que si usted cambia algo en el pasado entonces todo lo que ocurrió después tiene que ser diferente?

—Sí —dije—, pero yo no cambio realmente las cosas, pues ya existían antes. No puedo hacer otro mundo, pero puedo llegar ahí y

tomar un pedazo de otro mundo que ya estaba antes y traerlo aquí para que lo vean. Lo mismo hice con Anne. Cambié un pedacito de piel, luego otro pedacito de piel. Y traje buena piel a donde estaba la piel mala. Por eso tiene color más oscuro, Anne, porque en los mundos donde usted no tuvo accidente usted fue a la playa y se tostó.

Todos me miraron. Frank dijo: —Es todavía demasiado difícil para mí. ¿Qué quiere decir eso de darle una vuelta?

Frank hizo unos movimientos de torsión con los dedos.

—Es como una puerta giratoria —dije—. Imagine una puertita giratoria, aunque puede ser grande, de cualquier tamaño, y que de un lado hay un mundo y que del otro lado otro. Así que yo le doy una vuelta —hice el ademán— hasta que un pedacito de este mundo está aquí, y un pedacito de aquel mundo allí. Eso quiero decir darle una vuelta.

Frank y Dave se echaron hacia atrás y me miraron, y Frank silbó entre dientes.

—Demonios, usted puede hacer cualquier cosa.

—No cualquier cosa, no. —Bueno, casi todo. Cristo, cuando pienso que...

Luego Dave y Frank se pusieron a hablar entre ellos.

—Puede curar a cualquier enfermo... —escuché que decían—, convertir el agua en vino... un momento, y qué le parece si...

—Esperen, esperen todos —chí-

lló de pronto la señora Fabrizi—. ¿Puede arreglarme el techo de la cocina?

Todos se rieron y gritaron, y yo no entendía por qué era un chiste, pero me ref también, y todos fuimos a la cocina de la señora Fabrizi riéndonos y sosteniéndonos unos a otros.

A la mañana siguiente, antes que yo me despertara ya estaban todos en la sala hablando, y cuando yo aparecí les faltó tiempo para decirme lo que se les había ocurrido. Yo me acordaba de la noche anterior y me sentía avergonzado, pero ellos me hicieron sentar y tomar café, y luego Anne trajo unos huevos, y yo me los comí para no desairarla.

Siempre que le hago un bien a alguien, tengo que hacerlo en secreto como un ladrón. Lo sé. Si yo hubiese entrado por la ventana mientras Anne dormía, y le hubiese curado el hombro, entonces no habría habido complicaciones. Pero no, dejé que ella me entristeciera, y le arreglé el hombro con gran aparato, y luego algo peor: me llené de vino, hablé de más, y arreglé el cielo raso de la cocina. Y ahora estaba en dificultades.

Todos me miraban con tanto amor en los ojos que yo sentía que me derretía como manteca, adentro.

—Mike, es usted tan maravilloso —dijeron primero, y luego—: Mike, cómo podríamos darle las gracias.

Y en seguida quisieron ver algún truco, porque aún no podían creerlo. Así que yo, como un tonto, tiré una moneda sobre la mesa y les mostré donde podía haber caído también, aquí, o aquí, o aquí. Y di vuelta todos los sitios, y apareció otra moneda, hasta que hubo en la mesa una fila de diez. Y para ellos era como si yo hubiese sacado agua de una piedra.

Anne tenía la cara encendida, y apretaba las manos, y me dijo:

—Mike, si no le importa... la señora Fabrizi tiene una vieja cocina de gas que...

Entonces la señora Fabrizi se puso a gritar no, no, y Frank dijo también:

—Dejen que termine el desayuno.

Pero Anne no se calló.

—De veras —dijo—, es peligroso, el propietario no quiere hacer nada...

Así que dije que iría a ver.

En la cocina del otro extremo del pasillo el cielo raso era nuevo, aunque tenía que haber estado cayéndose a pedazos. Aparté los ojos rápidamente. La cocina de gas era vieja como había dicho Anne, con cañerías agujereadas, óxido en todas partes, y un lado apoyado en un ladrillo pues había perdido una pata.

—Puede haber una explosión cualquier día —dijo Anne, y yo vi que era cierto, así que me adelanté y di vuelta el sitio donde había una cocina nueva.

No podían entender que cual-

quier cosa que yo cambiara tenía que sacársela a alguien. A esta señora Fabrizi yo le daba un cielo raso nuevo, y una cocina nueva también, pero se los sacaba a otra señora Fabrizi y le daba en cambio un cielo raso y viejo y una cocina vieja. El hombro de Anne había sido otra cosa, porque yo sólo le había sacado una pequeña célula a todas las otras Anne, y los níqueles me los saqué a mí mismo. Pero yo había sido otra vez un tonto, y el asombro boquiabierto de la señora Fabrizi era para mí como comida para el hambriento.

De modo que cuando Anne dijo: —Mike, ¿muebles nuevos?— y otra vez la señora Fabrizi gritó que no, pero con alegría en los ojos, no pude rehusarme. Entramos en la sala, y donde había unos viejos muebles con unas coberturas arrugadas, yo di vuelta, y aparecieron muebles nuevos, muy feos, pero para la señora Fabrizi hermosos. Y la señora Fabrizi quiso besarme la mano.

Luego todos volvimos a la mesa de desayuno, y todos tenían unas caras brillantes y una mirada dura, y se pasaban la lengua por los labios. Pensaban en ellos mismos.

—Mike —dijo Dave—, no haré rodeos. Necesito quinientos dólares hasta setiembre. Si puede juntarlos con níqueles...

—Las níqueles no tienen número de serie —dijo Frank—, ¿qué pretende? ¿Que le fabrique moneda falsa?

—Puedo hacerlo —dijo.

Saqué la cartera y puse un dólar sobre la mesa. Todos me observaban.

—No quisiera pedirselo —dijo Dave—, pero no sé realmente dónde...

—Le creo —le dije—, por favor, no me explique.

Ya no podía detenerme. Busqué y di vuelta donde alguien me había dado por error un billete de cinco dólares en vez de un dólar. Esto es algo que siempre puede ocurrir, aunque sea una vez en mil. Luego di vuelta donde yo podía haber cambiado este billete de cinco dólares en cinco de uno y los cinco billetes aparecieron en la mesa. Y luego los cambié en un billete de cinco, y luego el de cinco en cinco de uno, y así sucesivamente mientras todos me miraban reteniendo el aliento.

Así que al rato había en la mesa cien billetes de cinco, y Dave los contó con dedos temblorosos, y se los puso en el bolsillo y me miró. Yo pude ver que ahora deseaba haberme pedido más, pero tenía vergüenza de decirlo.

—¿Y para usted, Frank, nada? —dijo yo entonces.

Frank me miró y meneó la cabeza.

—Ya ha hecho algo por mí —dijo, y tomó a Anne por la cintura.

—Papá —dijo Anne—, quizá ese ataque que tuviste...

—No, no, olvídalo, ¿quieres? Eso fue hace un año.

—Bueno, pero quizá tengas otro algún día. Si Mike puede impedir que...

Yo estaba sacudiendo la cabeza. —Anne, algunas cosas no son posibles. ¿Cómo puedo arreglar un corazón enfermo? ¿Se lo saca a otro y se lo pongo a Frank? Anne pensó un rato.

—No, me imagino que no. ¿Pero no podría cambiárselo un poco cada vez, como hizo conmigo? —No, no es posible. Quizá si si yo fuese médico, y cortara para ver donde está todo. Y también si yo conociera todas las enfermedades del corazón. Pero no soy un médico. Si yo probase, no haría más que equivocarme.

Anne no me creía, así que yo le dije además:

—Cambiar la piel es una cosa. Como un chico que juega con papel y unas tijeras. Pero cambiar un corazón vivo es algo muy diferente. Es como un mecánico que sacara el motor y lo pusiera otra vez sin que el coche se parara.

En ese momento vi lo que iba a ocurrir. Pero yo no podía hacer nada. Así que esperé y a la media hora Frank cayó sobre la mesa mientras se estiraba para alcanzar los fósforos, y rodó de la mesa al piso. Tenía una cara violeta, y los ojos en blanco. No respiraba.

Anne cayó de rodillas junto a Frank y me miró muy pálida.

—¡Mike!

No había otra cosa que hacer. Busqué y di vuelta, y Frank se puso de pie con la cara roja, gritando:

—Maldita sea, ¿por qué no clavan esta alfombra?

Anne alzó los ojos y lo miró, pero no le salía la voz. Al fin murmuró:

—No pasa nada con la alfombra.

—Bueno, tropecé con algo. Casi me rompo el pescuezo. —Frank miró el piso, pero la alfombra estaba lisa y no había nada con que tropezar. Luego vio que Anne estaba llorando, y dijo: —¿Qué demonios pasa aquí?

—Nada —dijo Anne—. Oh, Mike.

Así que yo era ahora un héroe todavía más grande, pero no estaba contento, y sólo después de la cena, cuando ya habíamos bebido demasiado whisky pude reirme y hablar como el resto. Y le di a Frank dos trajes nuevos en lugar de los viejos, y puse vestidos nuevos en los roperos de Anne y la señora Fabrizi. Dave había desaparecido luego del desayuno.

A la mañana siguiente, yo estaba avergonzado, y me sentía incómodo, pero los otros eran felices y hablaban entre ellos. Cuando acabábamos de almorzar la puerta se abrió de pronto y entró Dave con otro hombre, delgado, de cabello oscuro y piel como de mujer, y bigotito. El hombre traía un paquete bajo el brazo.

—Póngalo ahí —dijo Dave, con los ojos brillantes—. Amigos, ahora verán algo poco común. Este es Grant Hartley, el coleccionista. Grant, esta es la señorita Currant,

la señora Fabrizi, y el señor Currant, y este es Mike. Adelante.

El señor Hartley saludaba con inclinaciones de cabeza, sonriendo fríamente.

—Cómo esta usted. Cómo está usted.

El señor Hartley sacó un cuchillito que llevaba en la cadena del reloj. El paquete estaba sobre la mesa de desayuno, entre la tostadora y el frasco de dulce, y el cordel hizo *tic, tic* cuando el señor Hartley lo cortó con su cuchillito. Y todos estábamos sentados, y mirábamos.

Debajo del papel madera había algodón, y el señor Hartley lo sacó en grandes pedazos, y adentro había una estatuita de oro. Una bailarina de oro, con una falda larga y abierta y de piernas delgadas.

—Ahí está —dijo Dave—, ¿qué les parece?

No contestamos y Dave se inclinó sobre la mesa.

—Es un Degas. Fue fundida en mil ochocientos ochenta y dos sobre un modelo de cera.

—Mil ochocientos ochenta y tres —dijo el señor Hartley, con una sonrisita.

—Muy bien, en el ochenta y tres. Fue fundida en oro, y hay sólo una copia. Grant es el dueño.

Bueno, esta es la idea. Hay otro coleccionista que daría cualquier cosa por la estatuita, y Grant ha estado rechazando sus ofertas durante años. Pero ayer se me ocurrió que si Mike pudiese

hacer una copia, una copia exacta...

—Me gustaría verlo con mis propios ojos —dijo el señor Hartley.

—Lo verá. Así que se lo expliqué a Grant y él estuvo de acuerdo. Si Mike hace dos copias, él se guardará una, le venderá otra a ese coleccionista, y la tercera será para nosotros.

El señor Hartley se acarició el bigote, con aire somnoliento.

—De esto no saldrá nada bueno, Dave —dijo.

Dave pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—Ante todo, es deshonesto...

—Un momento, espere —dijo el señor Hartley—. Según me explicó Sims, esta copia sería tan exacta que ningún experto podría encontrar una diferencia. Sims me dijo realmente que la copia sería tanto el original como la otra. Bueno, si yo vendo entonces una como original, no veo por qué sería deshonesto. Únicamente, es claro, que usted no pueda hacerlo.

—Puedo hacerlo —dije—, pero eso no es todo. Si traigo para ustedes algo tan importante y tan caro habrá dificultades. Créame, lo he visto ya muchas veces...

—Deje que hable con él un minuto —le dijo Dave al señor Hartley. Estaba pálido, y le brillaban los ojos. Me llevó a un rincón y dijo: —Escuche, Mike, no quisiera decirlo delante de él, pero usted puede hacer cualquier número

ro de copias, no es cierto, cuando Grant se vaya con la suya. Lo que quiero decir es esto, una vez que esté aquí será como tener dinero en el banco, quiero decir que uno podría retirar lo que quisiera.

—Sí, es cierto —dijo.

—Ya me parecía. Me pasé la noche sin dormir pensando en eso. Escuche, no quiero esa copia porque sea hermosa. Quiero decir que es hermosa, pero mi idea es fundirla. Mike podría mantenernos a todos durante años. No soy egoísta, no la quiero toda para mí...

—Dave —traté de decir—, de este modo es demasiado fácil, créame, sé lo que digo.

Pero Dave no me escuchaba.

—Escuche, Mike, ¿sabe usted lo que es ser un artista sin dinero? Soy joven, podría crear ahora mis mejores obras...

—Por favor —dije—, no me explique, le creo. Bueno, lo haré.

Dave volvió a la mesa, y la bailarina de oro estaba todavía allí, pero habían sacado la tostadora y los platos. La estatuita estaba sola. Todos la miraron y luego me miraron a mí, y nadie dijo una palabra.

Me senté, y cuando el señor Hartley me miraba aun con una fría sonrisa, yo busqué y di vuelta. Y en la mesa había ahora dos bailarinas de oro, iguales. Una le daba la espalda a la otra, de cara a Anne. Y Anne la miraba como si no pudiera sacarle los ojos de encima.

Vi que el señor Hartley había dado un salto y extendía ahora la mano. Pero antes que pudiera tocar la estatuita, yo di vuelta otra vez y en la mesa había ahora tres bailarinas de oro.

El señor Hartley retiró la mano como si lo hubieran picado. Estaba pálido. Luego extendió otra vez la mano y tomó una estatua y luego la otra. Y luego fue hacia la ventana mirándolas fijamente. Dave tomó la tercera y se quedó de pie, sonriendo, y apretándola contra el pecho.

—Dios mío, ¡es cierto! —dijo el señor Hartley desde la ventana. Volvió hacia el centro de la habitación y preguntó: ¿Tienen un periódico?

Frank se incorporó y le dio el periódico del domingo y se sentó otra vez, sin decir nada. El señor Hartley se arrodilló en el piso y envolvió primero una estatua y luego la otra. Le temblaban las manos, y no trabajaba muy bien, pero terminó rápidamente y se puso de pie con los paquetes en los brazos.

—Ustedes se quedan con la otra, perfectamente —dijo—. Adiós.

Y se fue de prisa.

Dave tenía en la cara una sonrisa dura, y miraba a alguna otra parte. Separó la estatua del pecho, y dijo:

—Cinco kilos por lo menos, y el oro vale casi un dólar el gramo.

Dave no nos hablaba a nosotros, pero yo dije:

—El oro no es nada. Si usted quiere oro, hay otros medios.

Y yo busqué en mi bolsillo donde podía haber una moneda de oro, y di vuelta y tiré la moneda sobre la mesa. Luego di vuelta en otros lugares donde podía haber caído, aquí, y aquí, o allí, y al cabo de un minuto había una pila de monedas que brillaban sobre el mantel.

Dave me miraba como mareado. Recogió algunas monedas, y las miró por las dos caras con los ojos muy abiertos. Luego tomó un puñado, las contó y las apiló. Esperó luego a que Anne y Frank miraran la pila, y al fin se metió las monedas en el bolsillo.

—Se las llevaré a un joyero —dijo, y salió rápidamente.

Frank se reclinó en la silla y meneó la cabeza.

—Esto empieza a ser demasiado para mí —dijo al cabo de un rato—. ¿Quién era ese hombre, por ejemplo?

—El señor Hartley? —dijo Anne—. Un coleccionista de arte...

—No, no él, el otro. El que acaba de irse.

Anne miró a Frank.

—Papá, era Dave.

—Bueno, ¿Dave qué? Hago sólo una pregunta y...

—Dave Sims. Papá, ¿qué te pasa? Conocemos a Dave desde hace años.

—Conocerás tú. —Frank se puso de pie, muy rojo. Yo traté de decir algo, pero él estaba muy enojado. —¿Qué debo pensar? ¿Qué estoy loco o algo? ¿Qué broma es esta? —Frank cerró los puños, y Anne se apartó, asustada.—

Me prometí callarme un rato, pero... ¿Qué diablos hiciste con la alfombra? ¿Dónde está el retrato de mi padre que colgaba en esa pared? ¿Qué es este asunto de Dave, por qué es todo tan diferente, que tratan de hacer conmigo?

—Papá —dijo Anne—, no hay nada diferente... no sé qué quiere decir...

—¡Maldita sea, basta de eso, Katie!

Anne miró a Frank boquiabierta con la cara muy blanca.

—¿Cómo me llamaste?

—¡Katie! Te llamaste así, ¿o no? Yo oculté la cara entre las manos, pero oí que ella murmuraba:

—Papá, me llamo Anne...

Oí el sonido cuando Frank la golpeó.

—¡Te he dicho que basta de eso! Esto pasa ya de castaño oscuro. Espera a que venga Jack, y ya aclararemos las cosas. Por lo menos sé que puedo confiar en mi propio hijo...

Yo miré y Anne estaba sentada en una silla, llorando.

—¡No sé de qué hablas! ¿Quién es Jack? ¿Qué quieres decir con eso de tu hijo?

Frank se inclinó sobre Anne y empezó a sacudirla.

—Basta, te he dicho que basta, ¿no me has oído, perra?

Traté de meterme entre ellos. —Por favor, es culpa mía, déjenme que les explique...

De pronto Anne gritó y saltó de la silla como un gato y Frank no pudo detenerla. La muchacha me tomó por la chaqueta y mi-

rándome desde muy cerca me dijo:

—Usted lo hizo. Usted, cuando tuvo el ataque al corazón.

—Sí —dije, con lágrimas en la cara.

—Usted lo cambió, usted lo hizo diferente. ¿Qué hizo, qué hizo?

Frank se acercó diciendo:

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso de un ataque al corazón?

—Anne —dije—, se estaba muriendo. No había nada que hacer. Así que yo di vuelta donde había otro Frank, no el mismo, pero muy parecido.

—¿Quiere decir que él no es papá?

—No.

—Bueno, ¿dónde está papá?

—Anne, se murió —dije—. Está muerto.

Anne dio media vuelta, con las manos sobre la cara, pero Frank me tomó por la camisa.

—¿Quiere decir que me hizo algo a mí, como al hombro de ella? ¿De eso están hablando?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Usted no pertenece a este mundo. Esta no es su casa, ni su familia.

—¿Y mi muchacho, Jack?

Me costó decirselo.

—En este mundo no nació.

—No nació. —Frank cerró el puño sobre mi camisa. —Escuche, usted tiene que devolverme a allá, ¿entiende?

—No puedo —dije—. Demasiados mundos, nunca puedo encontrar

trar el mismo otra vez. Si busco, siempre encontraré algo. Pero será un poco diferente, como aquí.

Frank estaba muy rojo, y tenía los ojos muy amarillos.

—Enano piojoso... —dijo.

Yo me retorcí y me escapé cuando él iba a pegarme. Frank vino detrás de mí, alrededor de la mesa, pero tropezó con una silla y yo llegué a la puerta.

—Venga aquí, pedazo de...

—gritó Frank, y cuando yo ya abría la puerta vi que él tomaba la estatuita de la mesa y la balanceaba en el aire. Dentro de mí había una cosa que dolía y quería escaparse. Pero yo la sujeté.

Salió al pasillo y allí estaban el señor Hartley y otros dos hombres que iban a tocar el timbre. Y uno de ellos quiso atraparme, pero en ese momento la estatua de oro golpeó la pared, y cayó al piso. Y mientras ellos la miraban, y un hombre se inclinó a recogerla, yo me escurri y alcancé la escalera sujetando todavía dentro de mí esa cosa que quería escaparse. Oí unos gritos.

—¡Eh! ¡Un momento! ¡No dejen que se vaya!

Así que corrí más rápidamente. Pero los otros eran más rápidos que yo, y el corazón me golpeaba en el pecho como si fuese a romperlo, y un sudor frío me mojaba la frente. Yo no corría bien, pues estaba demasiado asustado, y ya no podría sujetar mucho tiempo esa cosa mala de adentro, así que busqué en el bolsillo donde podía haber puesto las pilas de mone-

das de la mesa. Y volviéndome, saqué puñados de monedas de oro y los eché en el descanso de la escalera, detrás de mí. Y el primer hombre se detuvo, y los otros dos tropezaron con él echando maldicciones.

Bajé el resto de las escaleras. Se me doblaban las rodillas. Salí a la calle y no podía pensar, sólo podía correr.

Detrás de mí se oyeron gritos y golpes. Eran los dos hombres que se acercaban corriendo, con las cabezas bajas, y detrás venía el señor Hartley. Vi que iban a alcanzarme, así que busqué otra vez en el bolsillo donde podía haber puesto la estatuita, y di vuelta, pero la estatua era tan pesada que casi me caí. Al fin la saqué del bolsillo y la tiré en la calle y seguí corriendo, y oí que los hombres se gritaban entre ellos, levántela, no la levante, y cosas así. Yo busqué y di vuelta y tiré otra estatua a la calle. Hizo un ruido como una cañería de plomo que se viene abajo.

De la acera, entre los coches, salió entonces un hombre con los brazos extendidos, y yo busqué en mi bolsillo y le tiré unas monedas, y vi que el hombre se detenía, mirando las monedas que rodaban a sus pies, y yo seguí corriendo.

En la esquina próxima había tres hombres al lado de un semáforo, uno con un periódico, y oí un grito:

—¡Eh, eh! ¡Detengan a ese hombre!

Cuando los tres de la esquina empezaron a moverse yo busqué otra vez en mi bolsillo, y le di una estatua al hombre más próximo. El hombre la tomó con ambas manos, y esquivé a los otros y seguí corriendo. Me faltaba el aliento, y el aire era como un cuchillo en mi garganta.

Miré hacia atrás y los vi: venían por la calle, como un abanico de gente... unos pocos adelante, y más detrás, y más y más, y de ambos lados de la calle aún venían otros. Vi que traían en las manos las estatuas de oro, que brillaban a la luz del sol, y que todas las caras eran feas. Todo esto lo vi como en un cuadro —las figuras no se movían— y me asustó como una ola que se alza y se alza detrás de uno, y no cae.

No duró más que un instante. No se habían detenido realmente, y pude oír en seguida las pisadas y las voces, y eran como los ruidos de un gran animal, y yo seguía corriendo pero mis piernas eran demasiado débiles y no me sostenían. Y vi una puerta, y crucé entonces la acera en dos saltos, y caí en el umbral.

Y por la calle vino aquella ola de gente, rápida como un tren. Y yo no podía moverme.

Dentro de mí todo era miedo, como un nudo. Yo lloraba, y me sentía enfermo, y saqué de los bolsillos estatuas de oro y las tiré ante mí como una cerca, dos, seis, ocho... y luego la ola cayó sobre mí.

Sentí en mi interior un movi-

miento que yo no podía detener... una búsqueda y una media vuelta. Y de pronto no hubo más que silencio.

Abrí los ojos. No había allí más gente, no había más calle. Delante del umbral donde yo estaba tendido había sólo un gran agujero, muy profundo, tan profundo que yo no veía el fondo de sombras. Oí un ruido de neumáticos, y vi que un coche se detenía en el borde, cuando ya iba a caer en el agujero. Alcé los ojos, y del otro lado de la calle, donde debía de haber otros edificios, sólo había ruinas. Un poco más abajo, los edificios no tenían frente. La gente estaba todavía sentada en las habitaciones, con todas las caras vueltas hacia la calle, como puntos rosados, y todo estaba todavía en silencio. Luego oí que caían unos ladrillos, con breves sonidos huecos, y oí el ruido del agua que salía a borbotones de una cañería.

Me apoyé en la puerta para no caer, y luego empecé a golpearme la cabeza contra el marco.

Yo no podía decir dónde había puesto a toda esa gente que un minuto antes estaba allí, corriendo, respirando. Quizá caía ahora en el aire, y chillaba, o quizá estaba hundiéndose en un mar profundo. Quizá se quemaban en un fuego.

El niño que vivía dentro de mí había retrocedido a un mundo donde el suelo era más bajo que aquí, así que cuando yo di esa media vuelta, un pedazo de esta ca-

lle fue aquel mundo, y a este sólo vino aire y vacío.

Al cabo de mucho tiempo alcé la cabeza y miré esta destrucción que yo había provocado. Había un agujero en la calle, edificios enteros habían desaparecido, gente inocente había muerto. Era lo mismo que si yo hubiese tirado una bomba.

Y todo porque yo me había asustado, porque dentro de mí el niño asustado perdía la cabeza cuando se sentía en peligro. Así que todo había terminado para mí en este mundo.

Siempre lo mismo, siempre lo mismo, aunque yo hiciese todo lo posible...

Vi que se acercaban ahora los coches de la policía, y que detrás venía el camión de los bomberos. Se había reunido tanta gente que los coches apenas podían avanzar. Vi que un taxi se detenía junto a la multitud y me parecía ver a Frank y Anne, que salían del coche. Yo no podía asegurar que fuesen ellos, y ya no importaba. Era ya gente de muy lejos y de hacía mucho tiempo.

Me senté en el umbral y deseé estar muerto. Si no fuese un pecado, hubiera tratado de matarme. Yo sabía sin embargo que eso no era posible, pues dentro de mí el niño asustado daría esa vuelta, y yo me encontraría siempre en un mundo donde no había ocurrido... donde el revólver no había disparado la bala, o donde la bala no había dado en el blanco, o

donde se había roto la cuerda, o donde el veneno era agua.

Sólo una vez, durante casi un año, viví en un mundo donde no había hombres. Viví en el bosque, y aquel mundo era hermoso, pero siempre, mientras dormía, yo daba esa vuelta en mis sueños y salía de ese mundo, y me despertaba en un mundo de hombres, y luego tenía que volver a un bosque distinto.

Hasta que al fin me di por vencido, y me quedé desde entonces en las ciudades. Ahora yo no sabía a dónde podía ir, pero sabía que tenía que irme. No había hombre peor que yo. Yo era el mal, pero yo sabía que Dios tenía un sitio aun para mí.

Me puse de pie, y me sequé la cara en la manga, y tomé aliento.

Si es mi destino ir de un lado a otro, me dije, entonces iré lejos. Busqué en lo profundo, muy en lo profundo, más lejos que nunca, dando un salto de dos mil años. Encontré un lugar donde cierto hombre no había nacido, y por lo tanto todo era diferente. Y di vuelta.

La calle desapareció, y vi una ciudad nueva, con filas de edificios grises, de ventanas y puertas puntiagudas y cúpulas de piedra amarilla o de cobre azul. Un avión volaba en el cielo, un avión redondo, no parecido a una cruz. La calle era de mosaicos.

Como aquí no había nacido un hombre hacía dos mil años, el mundo entero era diferente... los dos mil años de historia eran diferentes, todas las ciudades y todos los hombres eran diferentes.

Aquí por lo menos yo no cometería los viejos errores, aquí podía empezar de nuevo. Y me dije: *Si yo hago ahora una sola cosa justa quizá pueda borrar todos los errores anteriores.*

Yo estaba de pie en un parque pequeño, rodeado por un cerco de piedras cinceladas como rizos. Detrás había un pedestal de piedra, y dos estatuas: una de un joven hermoso con un sombrero sin alas, y que llevaba una antorcha en los brazos. La otra era idéntica, pero la antorcha apuntaba hacia abajo. Recordé que yo había visto en un libro estatuas parecidas. Era un libro que hablaba de un viejo dios llamado Mitra en los tiempos antiguos, y las estatuas que yo veía ahora eran las estatuas de Mitra la estrella de la mañana, y de Mitra la estrella de la tarde. Las estatuas me miraban con vacíos ojos de piedra.

¿Eres tú? parecían decirme. Y yo, mirándolas, les decía ¿Es aquí?

Pero las estatuas no podían responderme, y yo no podía responder tampoco, así que me alejé de allí, y entré en la ciudad.

Los relatos de Ray Douglas Bradbury, que aparecen a veces en revistas como Esquire, o Harper's Bazaar, han sido incluidos en 132 antologías, y en por lo menos 15 manuales de historia de la literatura norteamericana. "Las discusiones acerca de si los cuentos de Bradbury —ha escrito recientemente Avram Davidson— son ciencia-ficción o fantasía científica, o meras fantasías, pertenecen a la esfera de la taxonomía, y no nos interesan." El inclasificable relato que sigue es parte de Remedio para melancólicos, volumen que aparecerá próximamente en castellano.

LA COSTA EN EL CREPUSCULO

Ray Bradbury

TOM, HUNDIDO EN LAS OLAS HASTA las rodillas, con una madera traída por las aguas en la mano, escuchó atentamente.

La casa estaba en silencio, allá arriba en el camino de la costa, en las últimas horas de la tarde. Todo se había apagado: el ruido de los trastos que ella había revuelto en los armarios, el de las cerraduras que habían chasqueado en las valijas, el de los flores que ella había tirado al suelo, y el del estruendoso portazo final.

Chico, de pie en la arena pálida, sacudió la mano hasta que una cosecha de monedas perdidas floreció en el cedazo de alambre. Luego de un momento, sin echar una ojeadita a Tom, dijo:
—Déjala ir.

Así era todos los años. Durante una semana, o un mes, la casa derramaba música por las ventanas, había nuevas macetas de geranios en la baranda del porche, y pintura nueva en los escalones y en las puertas. Del alambre de la ropa desaparecían los pantalones de arlequín y aparecían vestidos estrechos y túnicas mexicanas hechas a mano, blancas como las olas que rompían detrás de la casa. Adentro, las pinturas de las paredes no imitaban ya a Matisse sino a un pseudo renacimiento italiano. A veces, alzando los ojos Tom veía a una mujer que se secaba el pelo al viento, como una brillante bandera amarilla. A veces la bandera era roja o negra. A veces la mujer era baja, a veces

alta, recortada contra el cielo. Pero nunca había más que una mujer por vez. Y, al fin, llegaba un día como este. . .

Tom dejó la madera en la pila donde Chico cernía el billón de pisadas, esas pisadas de una gente que había dejado muy atrás sus vacaciones.

—Chico. ¿Qué hacemos aquí?

—Viviendo la vida verdadera, muchacho.

—No lo siento así, Chico.

—Haz un esfuerzo, muchacho.

Tom vio la casa un mes atrás, con macetas que florecían en polvo, paredes con rectángulos desnudos, y sólo la alfombra de la arena en los pisos. Los cuartos resonaban como caracoles al viento. Y toda la noche, todas las noches, cada uno acostado en su cuarto, él y Chico oían una marea que se alejaba y alejaba en la costa larga, sin dejar huellas.

Tom asintió, con un movimiento de cabeza imperceptible. Una vez al año él mismo traía una hermosa muchacha a la casa, pensando que ella sí estaba bien, y que pronto se casarían. Pero estas mujeres siempre se escabullían silenciosamente antes del alba, sintiendo que las habían confundido con alguna otra, sintiéndose incapaces de desempeñar su papel. Las amigas de Chico se iban como aspiradoras de polvo, con tirones, rugidos, embestidas terribles, volviendo del revés todas las redes, despojando a todas las ostras de sus perlas, arrebatando sus propios bolsos como perritas fal-

deras que Chico había mimado, mientras les abría las bocas para contarles los dientes.

—Ya van cuatro mujeres este año.

—Muy bien, árbitro. —Chico sonrió con una mueca.— Muéstrame el camino de las duchas.

—Chico. . . —Tom se mordió el labio inferior, y luego continuó: —He estado pensando. ¿Por qué no nos separamos?

Chico se quedó mirándolo a Tom, sin contestar.

—Quiero decir —explicó Tom rápidamente— que quizá tuviéramos más suerte solos.

—Bueno, maldita sea —dijo Chico, lentamente, sosteniendo el colador entre sus grandes puños, ante él—. Oye, muchacho, ¿olvidas la realidad? Tu y yo estaremos aquí cuando llegue el año 2000. Un par de viejos y tontos pajarracos que se secan los huesos al sol. Ya nada nos puede pasar, nunca, Tom. Es demasiado tarde. Métele en la cabeza y cierra la boca.

Tom tragó saliva y miró serenamente al otro hombre.

—He estado pensando en irme. . . la semana próxima.

—¡Cállate, cállate, y a trabajar!

Chico hizo caer la arena en una airada llovizna que le dio una cosecha de cuarenta y tres centavos. Se quedó mirando ciegamente las monedas que brillaban en los alambres como un juego de *pinball* en llamas.

Tom no se movió, reteniendo el aliento.

Parecía que los dos hombres estuviesen esperando algo.

Y algo llegó.

—¡Eh... eh... oh, eh!

Una voz llamaba, muy lejos en la costa.

Los dos hombres se volvieron lentamente.

Un niño corría por la costa, a doscientos metros, gritando, haciendo ademanes. Había algo en la voz del niño, y Tom sintió de pronto un escalofrío. Se cruzó de brazos, apretándolos contra el pecho, y esperó.

—¡Eh!

El niño se detuvo, jadeando, señalando hacia atrás.

—¡Una mujer, una mujer rara, en la roca del norte!

—¡Una mujer! —Las palabras estallaron en la boca de Chico que empezó a reírse.— Oh, no, no.

—¿Qué es eso de una mujer "rara"? —preguntó Tom.

—No sé —dijo el niño, con los ojos muy abiertos—. ¡Vengan a ver! ¡Terriblemente raro!

—¿Ahogada, quieres decir?

—¡Quizás! Salíó del agua, y está tendida en la playa ahora, tienen que verla... rara... —La voz del niño murió arrastrándose. Miró otra vez hacia el norte.— Tiene una cola de pescado.

Chico se rió.

—No antes de la cena, gracias.

—¡Por favor! —gritó el niño dando saltos ahora—. ¡No es mentira! ¡Oh, vengan rápido!

Echó a correr, notó que no lo seguían, y miró hacia atrás, desalentado.

Tom sintió que se le movían los labios.

—Esa criatura no hubiera corrido tanto para hacer sólo una broma, ¿no es cierto, Chico?

—Hay gente que ha corrido más por menos.

Tom echó a caminar.

—Muy bien, hijo.

—¡Gracias, señor, oh gracias!

El niño corrió. Veinte metros más allá, Tom volvió la cabeza. Detrás, Chico miraba de soslayo, se encogía de hombros, se sacudía cansadamente las manos, y se ponía a caminar.

Fueron hacia el norte por la playa crepuscular, dos hombres de piel curtida, arrugada como cuero de lagarto alrededor de los ojos de agua clara, opacos, y que parecían más jóvenes de lo que eran pues con el pelo cortado al rape no se les veían las canas. Soplaban el viento, y el océano subía y bajaba con prolongadas sacudidas.

—¿Y qué pasará —dijo Tom— si llegásemos a las rocas y descubriésemos que es cierto? ¿Y si el océano hubiese traído algo?

Pero antes que Chico pudiese contestar, Tom ya pensaba en otra cosa, recorriendo con la mente la playa sembrada de cangrejos, almejas, algas y pedruscos. Habían hallado muchas veces las cosas que viven en el mar, y ahora los nombres volvían con la respiración de las olas. Argonautas, habían dicho, abadejos, anguilas, tencas, elefantes marinos, habían dicho, lenguados, y esturiones y

ballenas blancas y orcas y leones de mar... siempre uno pensaba cómo serían aquellas criaturas que tenían esos nombres resonantes. Quizá uno nunca las vea salir de los seguros límites de los prados marítimos, pero allí estaban, y sus nombres, con miles de otros, despertaban imágenes. Y uno miraba y deseaba ser un albatros capaz de volar quince mil kilómetros y volver algún año con todas las dimensiones del océano en la cabeza.

—¡Oh, rápido! —El niño se había vuelto para mirarle la cara a Tom.— ¡Puede irse!

—Tranquilo, muchacho —dijo Chico.

Llegaron a las rocas del norte. Había otro niño allí, que miraba hacia abajo. Quizá Tom vio algo de reojo, algo que lo hizo titubear y volver la cabeza y clavar los ojos en la cara del niño que miraba allí, de pie. El niño estaba pálido, y parecía como si no respirase. De cuando en cuando se acordaba de tomar aliento, y parpadeaba para ver mejor, pero cuanto más miraba aquello en la arena, más se le nublaban los ojos, y menos veía y entendía. El mar le cubrió los zapatos de tenis y el niño no se movió ni se dio cuenta.

Tom apartó los ojos del niño y miró la arena.

Y la cara de Tom, en seguida, fue la cara del niño. Las manos se le retorcieron a los costados del cuerpo, del mismo modo, y se quedó así, mirando boquiabierto,

y con ojos claros que parecían todavía más blancos de tanto mirar. El sol poniente estaba a diez minutos del horizonte.

—Vino una ola grande y se fue —dijo el primer niño—, y ahí estaba ella.

Miraron a la mujer.

Los cabellos, muy largos, se extendían sobre la playa como cuerdas de un arpa inmensa. El agua subía, y los hilos flotaban, y bajaban y eran cada vez un abanico distinto y una figura distinta. El cabello debía de tener un metro y medio o más de largo y ahora estaba extendido sobre la arena dura y húmeda, y era del color de la cal.

El rostro...

Los dos hombres se inclinaron, maravillados.

El rostro de la mujer era una escultura de arena blanca, con unas pocas gotas de agua brillante, como una llovizna de verano sobre una rosa amarilla. Era el rostro de la luna, pálida a la luz del día, e increíble en el cielo azul. Era un mármol lechoso, levemente violáceo en las sienes. Los párpados cerrados tenían un débil color de acuarela, como si los ojos miraran a través del frágil tejido y vieran a los hombres que estaban allí mirándola y mirándola. La boca era una pálida rosa marina cerrada sobre sí misma. Y el cuello era delgado y blanco, y los pechos eran pequeños y blancos, cubiertos, descubiertos, cubiertos, descubiertos por el movimiento del agua, el

agua que subía y se retiraba, subía y se retiraba. Y las puntas de los pechos eran rosadas, y el cuerpo era de un blanco sorprendente, casi como una luz, un rayo blanco verdoso en la arena. Y cuando el agua la envolvía, la piel resplandecía como la superficie de una perla.

La parte inferior del cuerpo era arriba de color blanco, y luego de color azul muy pálido, y el color azul pálido se transformaba en verde esmeralda, y luego en el color verde del musgo, y en centellas y en oro verde que se curvaba como una fuente, un movimiento de luz y sombras que terminaba en un abanico de encaje, una forma de espuma y joyas sobre la arena. Las dos mitades de la criatura estaban unidas de tal modo que no se veía dónde la mujer perlada, la mujer blanca de agua transparente y de cielo claro, se confundía con la mitad anfibia, la corriente oceánica que había subido a la costa y se movía apuntando a su hogar verdadero. La mujer era el mar, el mar era la mujer. No había falla o costura, ni arruga ni puntada; la ilusión, si podía llamarse ilusión, era perfecta, y la sangre de una parte corría y se confundía con las aguas de hielo de la otra.

—Yo quería ir a pedir auxilio. — El primer niño hablaba como si no quisiese elevar la voz.— Pero Skip dijo que estaba muerta. ¿Está muerta?

—Nunca estuvo viva —dijo Chi-

co—. Sí —continuó mientras todos lo miraban—, es algo de un estudio de cine. Goma líquida sobre un esqueleto de acero. Un muñeco, un maniquí.

—¡Oh, no, es real!

—Encontraremos un rótulo en alguna parte —dijo Chico—. Veamos.

—¡No! —gritó el primer niño.

—Diablos.

Chico tocó el cuerpo para darlo vuelta, y se detuvo. Se quedó arrodillado, con una cara que cambiaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

Chico apartó la mano y se la miró.

—Estaba equivocado —dijo con una voz apagada.

Tom tomó la muñeca de la mujer.

—Se siente un pulso.

—Es tu propio corazón.

—No sé... quizás... quizás...

La mujer estaba allí, y la parte superior del cuerpo era perlas de luna y marea amarilla, y la parte inferior era un movimiento de antiguas monedas verdinegras que se volvía sobre sí mismo con el viento y con el agua.

—¡Es un truco! —gritó Chico, de pronto.

—No. ¡No! —Casi al mismo tiempo, Tom se echó a reír.— ¡No es un truco! Dios mío, Dios mío, ¿qué siento? Nunca sentí nada parecido desde que era pequeño.

Caminaron lentamente alrededor de la mujer. Una ola vino y tocó la mano blanca y los dedos

se movieron suavemente. Era el ademán de alguien que llamaba a otra ola, para que juntas alzaran los dedos y luego la muñeca y luego el brazo y luego la cabeza y a fin el cuerpo, y se lo llevaron todo de vuelta al mar.

—Tom. —La boca de Chico se abrió y se cerró.— ¿Por qué no traes el camión?

Tom no se movió.

—¿Me oyes? —dijo Chico.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? Podemos vender esto en alguna parte, no sé dónde... la universidad, el acuario de la playa de la Foca o... bueno, diablos, ¿cómo no vamos a encontrar dónde? —Chico sacudió el brazo de Tom.— Lleva el camión al muelle. Compra ciento cincuenta kilos de hielo picado. Cuando sacas algo del agua necesitas hielo, ¿no es cierto?

—Nunca lo pensé.

—¡Piénsalo! ¡Muévetelo!

—No sé, Chico.

—¿Qué quieres decir? ¿Ella es real, no es cierto? —Se volvió hacia los niños.— Todos dicen que es real, ¿no? Bueno, entonces, ¿qué esperamos?

—Chico —dijo Tom—. Mejor que vayas tú a buscar el hielo.

—¡Alguien tiene que quedarse y cuidar de que no se la lleve la marea!

—Chico —dijo Tom—, no sé cómo explicártelo. No quiero traer ese hielo.

—Iré yo, entonces. Oigan, muchachos. Levanten aquí un muro de arena para que no entren las

olas. Les daré cinco dólares a cada uno. ¡Vamos, aprisa!

El sol tocaba el horizonte ahora, y las caras de los niños eran bronce rosados, y los ojos eran como bronce que miraban a Chico.

—¡Dios mío! —dijo Chico—. ¡Esto es mejor que encontrar ámbar gris! —Corrió hacia la cima de la duna más próxima, gritó: —¡A trabajar!— y desapareció.

Tom y los dos niños se quedaron solos con la mujer solitaria de las rocas, y el sol comenzó a hundirse en el horizonte. La arena y la mujer eran oro y rosa.

—Sólo una línea —susurró el segundo niño. Se pasó el borde de la uña por debajo de la barbilla, suavemente, señalando a la mujer con un movimiento de cabeza. Tom se inclinó otra vez y vio la débil línea a cada lado de la barbilla firme y blanca de la mujer, la línea breve y casi imperceptible donde estaban o habían estado las branquias, cerradas ahora, invisibles.

Tom miró de nuevo la cara de la mujer y los largos cabellos extendidos como una lira en la playa.

—Es hermosa —dijo.

Los niños asintieron sin saber por qué.

Detrás de ellos, una gaviota remontó vuelo de pronto desde las dunas. Los niños se sobresaltaron y miraron.

Tom sintió que temblaba. Vio que los niños temblaban también. Se oyó la bocina de un co-

che. Los ojos de los niños y de Tom parpadearon, asustados. Los tres miraron el camino.

Una ola envolvió el cuerpo, empujándolo en agua clara.

Tom les dijo a los niños que se apartasen, con un movimiento de cabeza.

La ola movió el cuerpo un centímetro y luego dos centímetros hacia el mar.

La ola próxima vino y movió el cuerpo dos centímetros y seis centímetros hacia el mar.

—Pero... —dijo el primer niño.

Tom meneó la cabeza.

La tercera ola alzó el cuerpo y lo llevó cincuenta centímetros hacia el mar. La próxima ola arrasó el cuerpo otros treinta centímetros, y las tres siguientes dos metros más.

El primer niño gritó y corrió detrás del cuerpo.

Tom alargó la mano y tomó al niño por el brazo. El niño parecía impotente y asustado y triste.

Durante un rato no hubo más olas. Tom miró a la mujer, pensando, es verdadera, es real, es mía... pero... está muerta. O se morirá si se queda aquí.

—No podemos dejarla ir —dijo el primer niño—. No podemos, ¡no podemos!

El otro niño se puso entre la mujer y el mar.

—¿Qué haremos con ella si la guardamos? —preguntó mirando a Tom.

El primer niño trató de pensar.

—Podemos... podemos... —

Calló y sacudió la cabeza.— Oh, Dios.

El segundo niño se hizo a un lado y dejó abierto el camino entre la mujer y el mar.

La próxima ola fue grande. Vino y se fue, y la arena quedó desierta. La blancura había desaparecido, y también los diamantes negros y las cuerdas del arpa.

Tom y los niños se quedaron de pie a orillas del mar, mirando, hasta que oyeron el camión que venía entre las dunas.

El sol ya se había puesto.

Tom y los niños oyeron unas pisadas que bajaban por las dunas y a alguien que gritaba.

Regresaron en silencio por la playa cada vez más oscura, en el camión de grandes neumáticos. Los dos niños iban en la caja del camión, sentados sobre los sacos de hielo picado. Al cabo de un rato Chico se puso a jurar entre dientes, escupiendo por la ventanilla.

—Ciento cincuenta kilos de hielo. ¡Ciento cincuenta kilos de hielo! ¡Y estoy empapado hasta los huesos, empapado! Ni siquiera te moviste cuando yo salté y me zambullí para buscarla. ¡Idiota, idiota! ¡No has cambiado! Como todas las otras veces, como siempre, no hiciste nada, nada, sólo te quedaste ahí, te quedaste ahí, sin hacer nada, nada, ¡sólo mirando!

—¿Y tú qué hiciste, eh, qué hiciste? —dijo Tom con una voz cansada, mirando hacia adelante—. Lo mismo que siempre, lo

mismo, sin ninguna diferencia. Te hubieras visto.

Dejaron a los niños en una casa de la playa. El más pequeño habló con una voz que se confundió con el ruido del viento.

—Dios, nadie nos creará nunca, nunca.

Los dos hombres siguieron adelante y al fin se detuvieron, y bajaron del camión.

Chico esperó dos o tres minutos a que se le aflojaran los paños y al fin lanzó un gruñido.

—Diablos, quizá sea mejor así. —Tomó aliento.— Acaba de ocurrírseme. Es gracioso. Pasarán veinte, treinta años y en medio de la noche sonará el teléfono. Será uno de esos niños, ya hombre, que

llama desde larga distancia, de un bar cualquiera. En medio de la noche, llamarán para hacer una pregunta. ¿Es cierto, no? ¿Ocurrió, no es así? En 1958, nos ocurrió realmente a nosotros. Y nosotros nos sentiremos al borde de la cama, en medio de la noche, diciendo, Seguro, muchacho, seguro, ocurrió realmente, nos ocurrió a nosotros, en 1958. Y ellos dirán: Gracias, y nosotros diremos: No es nada, llamen cuando quieran. Y todos diremos buenas noches. Y quizá no vuelvan a llamar por un par de años.

Los dos hombres se sentaron en

los escalones del porche, en la oscuridad.

—¿Tom?

—¿Qué?

Chico esperó un rato.

—No te irás.

No era una pregunta sino una tranquila afirmación.

Tom pensó un momento, con el cigarrillo apagado entre los dedos. Y comprendió que ahora ya no se iría nunca. Pues supo que al día siguiente y al otro y al otro caminaría playa abajo y nadaría en el encaje verde y los fuegos blancos y las cavernas oscuras bajo las olas. El día siguiente y el otro y el otro.

—Sí, Chico, no me iré.

Los espejos de plata avanzaron en una línea ondulada a lo largo de la costa desde mil kilómetros al norte hasta mil kilómetros al sur. Los espejos no reflejaron ninguna casa, ningún árbol, ningún camino, ni siquiera un hombre. Los espejos reflejaron sólo la luna serena, quebrándose en seguida en un billón de trozos de cristal que iluminaron la costa. Luego el mar se oscureció otra vez, preparando otra línea de espejos para alcanzar y sorprender a los dos hombres que estaban allí sentados desde hacía mucho tiempo, sin parpadear una sola vez, esperando.

Anthony Boucher, el primer y famoso editor de The Magazine of Fantasy & Science Fiction, dijo una vez que "uno de los mayores errores no políticos de nuestra época es esa línea trazada entre la literatura 'seria' y la literatura 'para pasar el rato'. La distinción, y pocos se dan cuenta, es muy reciente. Los libros policiales de Doyle y la ciencia-ficción de Wells eran publicados (y criticados y comprados) simplemente como novelas". En busca de San Aquino, simplemente una historia admirable (de robots), ilustra nitidamente la tesis de Boucher.

EN BUSCA DE SAN AQUINO

Anthony Boucher

EL ARZOBISPO DE ROMA, CABEZA de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, el vicario de Cristo en la tierra —brevemente, el papa— apartó una cucaracha que corría por la sucia mesa de madera, tomó otro sorbo de vino tinto, y continuó su discurso.

—En algunos aspectos, Tomás —sonrió—, somos más fuertes ahora que cuando florecíamos en esa libertad y exaltación que imploramos aún luego de la misa. Sabemos, como ellos lo sabían en las catacumbas, que los corderos del rebaño pertenecen verdaderamente a él; que están en la Santa Madre Iglesia porque creen en la hermandad de los hombres bajo la paternal protección de Dios, no porque puedan satisfacer de este modo sus aspiraciones políticas,

sus ambiciones sociales, sus relaciones comerciales.

Tomás citó en voz baja a San Juan:

—No de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios...

—En cierto modo hemos nacido otra vez en Cristo —asintió el papa—, pero somos todavía muy pocos, demasiado pocos, aunque incluyamos a esos puñados que no son de nuestra fe, pero reconocen aún a Dios a través de las enseñanzas de Lutero o Laotés, Gautama Buda o Joseph Smith. Demasiados hombres van aún por el camino que lleva a la muerte sin oír la predicación de otro evangelio que la cínica autoadoración de la Tecnarquía. Tomás, tienes que continuar tu búsqueda.

EN BUSCA DE SAN AQUINO

—Pero Su Santidad —protestó Tomás—, si las palabras y el amor de Dios no los convierten, ¿qué pueden hacer los santos y los milagros?

—Me parece recordar —murmuró el papa— que el propio Hijo de Dios dejó oír una vez esa misma protesta. Pero la naturaleza humana, aunque parezca muy ilógica, es parte de los designios de Dios. Si signos y maravillas pueden llevar a las almas por el verdadero camino, busquemos esos signos y maravillas. ¿Y qué puede servir mejor a nuestro propósito que este legendario Aquino? Vamos, Tomás, no copies tan escrupulosamente las dudas de tu tocayo, y prepárate para el viaje.

El papa alzó la piel que cubría la puerta y pasó al otro cuarto. Tomás lo siguió con el ceño fruncido, pisándole los talones. La taberna ya había cerrado y el salón principal estaba vacío. El mozo tabernero se incorporó soñoliento, cayó de rodillas, y besó el anillo en la mano que le extendía el papa. Luego se incorporó haciendo la señal de la cruz y mirando furtivamente alrededor como buscando a un Inspector de Lealtad. Señaló silenciosamente otra puerta, en el fondo del salón, y los sacerdotes salieron.

Hacia el oeste la marea ronroneaba de un modo curiosamente suave junto a la aldea de pescadores. En el sur las estrellas eran brillantes y nítidas; en el norte la

persistente radiación de lo que había sido San Francisco las empalidecía un poco.

—Aquí está tu cabalgadura —dijo el papa, con algo como risa en la voz.

—¿Cabalgadura?

—Quizá seamos tan pobres y perseguidos como la Iglesia primitiva, pero a veces podemos aprovecharnos de nuestros tiranos. Te he conseguido un robasno, regalo de un jefe de la Tecnarquía que como Nicodemo hace el bien furtivamente, un converso secreto, y convertido en verdad por ese mismo Aquino que tú buscas.

La cabalgadura parecía tan inofensiva como una pila de madera protegida contra la lluvia. Tomás tiró de las pieles y observó las delicadas líneas funcionales del robasno. Sonriendo, metió sus pocos avios en las alforjas y se subió a la montura de espuma de goma. La luz de las estrellas era suficiente para que pudiese verificar las necesarias coordenadas en el mapa, e informar luego a los controles electrónicos.

Entre tanto se oyó un murmullo de latín en el silencio de la noche, y la mano del papa hizo sobre Tomás la señal inmemorial. Luego el papa extendió la mano, primero para un beso en el anillo y luego otra vez para el apretón de un amigo al que quizá nunca volviese a ver.

El robasno se puso en marcha y Tomás volvió de nuevo la cabeza. El papa se sacaba pru-

dentemente el anillo y lo ponía en el taco hueco de su zapato.

Tomás alzó apresuradamente los ojos al cielo. En aquel altar por lo menos las velas ardían aún libremente para gloria de Dios.

Tomás nunca había montado antes un robasno, pero a pesar de las patentes limitaciones de la Tecnarquia, sentía inclinación a creer en sus obras. Luego de que varios kilómetros hubieron probado que las coordenadas estaban debidamente registradas, alzó el respaldo de espuma de goma, recitó el oficio de la noche (de memoria, ya que la posesión de un breviario significaba sentencia de muerte), y se echó a dormir.

Cuando despertó estaban bordeando el área devastada de la bahía. El asiento y el respaldo de goma lo habían ayudado a dormir como desde hacía años no podía hacerlo, y le costó reprimir un sentimiento de envidia por los tecnarcas y sus cómodas creaciones.

Dijo el oficio de la mañana, desayunó ligeramente, y aprovechó la primera oportunidad para examinar el robasno a plena luz. Admiró las afanosas patas articuladas, tan necesarias desde que los caminos habían degenerado en meros senderos, salvo en las áreas de las ciudades; las ruedas de los costados que podían bajarse y entrar en acción si las condiciones de la superficie lo permitían; y sobre todo el redondo montículo negro que albergaba el

cerebro electrónico, el cerebro que almacenaba órdenes e informaciones relativas a metas y objetivos, y que tomaba sus propias decisiones sobre el mejor modo de cumplir esas órdenes, de acuerdo con las informaciones, el cerebro que distinguía a esta cosa del asno que había cabalgado el Salvador, y del jeep de sus remotos antepasados, pues su cabalgadura era un robot, un robasno.

—Bueno —dijo una voz— qué te parece el paseo.

Tomás miró alrededor. Aquella franja desolada estaba tan desprovista de gente como de vegetación.

—Bueno —repitió la voz sin emoción alguna—. A los sacerdotes no les enseñan a contestar cuando se les habla cortésmente.

No había inflexión de pregunta en la frase. No había en verdad ninguna inflexión... Todas las sílabas habían sido pronunciadas en el mismo tono muerto. Sonaba de un modo raro, mecánico...

Tomás clavó los ojos en el negro montículo que guardaba el cerebro.

—¿Me estás hablando a mí? —le preguntó al robasno.

—Ja, ja —dijo la voz como imitando una risa—. Sorprendido no es cierto.

—Bastante —confesó Tomás—. Creía que los únicos robots parlantes estaban en las bibliotecas y otros centros de información.

—Soy un nuevo modelo. Diseñado para dar conversaciones y entrenar en el viaje al fatigado viaje.

ro —dijo el robasno juntando las palabras y comiéndose algunas sílabas como si la frase de propaganda hubiese sido emitida de una sola vez por alguna de sus más sencillas sinapsis binarias.

—Bueno —dijo Tomás simplemente—. Uno aprende siempre nuevas maravillas.

—Yo no soy ninguna maravilla. Soy un simple robot. No sabes mucho de robots no es así.

—Admito que no he estudiado mucho el tema. La misma noción de robótica me ha perturbado siempre un poco, lo confieso. Parece casi como si el hombre se hubiese arrogado él mismo los poderes de...

Tomás se interrumpió brusca-

mente. —No temas —canturreó la voz—. Puedes hablar libremente. Tengo todos los datos e informaciones sobre tu vocación y tu misión. Era necesario porque de otro modo yo hubiera podido traicionarte.

Tomás sonrió.

—Sabes —dijo—, esto puede ser bastante agradable. Tener otra criatura con quien conversar sin temor a delaciones, aparte del propio confesor.

—Criatura —repitió el robasno—. Cuidado con los pensamientos heréticos.

—Bueno, no sé muy bien cómo considerarte... alguien que puede hablar y pensar, pero no tiene alma.

—Estás seguro.

—Por supuesto, yo... ¿Te im-

portaría si dejamos de conversar un rato? —preguntó Tomás—. Quisiera meditar y adaptarme a la situación.

—No me importaría. Nunca me importa. Mi función es obedecer. Lo que quiere decir que me importa. Es un lenguaje muy confuso este que me pusieron.

—Si pasamos juntos mucho tiempo —dijo Tomás—, trataré de enseñarte latín. Me parece que te gustaría. Y ahora deja que medite.

El robasno estaba girando automáticamente hacia al este, alejándose del sitio donde había estado el primer ciclotrón, ahora fuente permanente de radiaciones. Tomás se pasó los dedos por el frente de la chaqueta. La combinación de diez botones pequeños y uno grande podía parecer una extravagancia, pero era mucho más seguro que llevar un rosario, y afortunadamente los Inspectores de Lealtad no habían advertido aún el propósito funcional de la moda.

Los gloriosos misterios parecían adecuados al glorioso y posible final de su aventura, pero Tomás estaba más atento a sus propios pensamientos que a la oración. Mientras murmuraba sus Aves meditaba:

Si el profeta Balaam charló con su asno yo seguramente puedo charlar con mi robasno. Balaam siempre ha sido un enigma para mí. No era un israelita; era un hombre de Moab que adoraba a Baal y guerrearba contra Israel, y

sin embargo era un profeta del Señor. Bendijo a los israelitas cuando se le ordenó que los maldeciera, y como recompensa fue herido por los israelitas cuando éstos triunfaron sobre Moab. Apartadamente la historia no tiene significado, no tiene moral. Es como si estuviera ahí para decirnos que en el Divino Plan hay partes que nunca entenderemos...

Tomás estaba asintiendo en el asiento de goma cuando el robasno se detuvo bruscamente, ajustándose a datos exteriores imprevisibles, y que no había tenido en cuenta en sus cálculos. Tomás parpadeó y vio un hombre corpulento que lo miraba fieramente.

—Area habitada a un kilómetro —ladró el hombre—. Si va para allá, muéstreme su pase. Si no, apártese del camino.

Tomás advirtió que estaban en verdad en lo que podía llamarse aproximadamente un camino, y que el robasno había bajado las ruedas laterales recogiendo las patas.

—Nosotros... —comenzó a decir. Luego continuó—: No voy a la ciudad. Sólo hacia las montañas. Daremos... daré un rodeo.

El gigante gruñó y ya iba a volverse cuando del tosco refugio que se alzaba a orillas del camino llegó una voz:

—¡Eh, Joel! ¡Recuerda lo de los robasnos!

Joe se volvió.

—Sí, es cierto. Se rumorea que un robasno ha caído en manos de

los cristianos. —El hombre escribió en el polvo del camino.— Será mejor que muestre el certificado de propiedad.

A sus otras dudas Tomás añadió ahora ciertas poco caritativas suposiciones acerca del anónimo Nicodemo, que no le había proporcionado el tal certificado. Pero fingió buscarlo, tocándose primero la frente con la mano derecha como si reflexionase, luego tanteándose el pecho, y luego llevándose la mano al hombre izquierdo y al derecho.

El guarda miró inexpectadamente mientras Tomás esbozaba esta furtiva versión de la señal de la cruz. Luego bajó los ojos. Tomás miró también el polvo del camino donde el pesado pie derecho del guardia había dibujado las dos líneas curvas con que los niños suelen representar un pesado, y que los cristianos de las catacumbas habían empleado como símbolo equivoco de su fe. La bota del guardia borró el pescado mientras le gritaba a su invisible compañero:

—¡Todo bien, Fred! —Y en seguida añadió—: Adelante, señor.

El robasno esperó hasta que estuvieron lejos del puesto y entonces observó:

—Muy listo. Serías un buen agente secreto.

—¿Cómo viste lo que ocurrió? —preguntó Tomás—. No tienes ojos.

—Factor psi modificado. Mucho más eficiente.

—Pero cómo, entonces... —ti-

tubeó Tomás—. ¿Quieres decir que lees el pensamiento?

—Sólo un poco. No te preocupes. Lo que alcanzo a leer no me interesa pues es tan disparatado.

—Gracias —dijo Tomás.

—Crees en Dios. Bah. —Era la primera vez que Tomás oía pronunciar literalmente la palabra.— Tengo una mente lógica perfectamente construida que no puede cometer semejantes errores.

—Yo tengo un amigo —dijo Tomás sonriendo— que es también infalible. Pero sólo en algunas ocasiones, y sólo cuando Dios está con él.

—Ningún ser humano es infalible.

Tomás evocó al jesuita venerable que le había enseñado filosofía.

—¿Entonces la imperfección —preguntó— ha sido capaz de crear la perfección?

—No te metas en sofisterías —dijo el robasno—. Eso es tan absurdo como tu misma creencia de que Dios que es perfección creó al hombre que es imperfección.

Tomás deseó que su viejo maestro estuviese allí para responder. Al mismo tiempo se consoló pensando que, réplica y todo, el robasno no había contestado aún a su propia objeción.

—No estoy seguro —dijo— que esto pudiera ser titulado conversación-para-entretenimiento-fatigado-viajero. Suspendamos el debate y dime, mientras, en qué creen los robots, si creen en algo.

—En la información que nos pusieron.

—Pero vuestras mentes trabajan con esa información. Seguramente sacáis de ahí ideas propias.

—A veces y cuando los datos suministrados son imperfectos sacamos conclusiones muy raras. He oído hablar de un robot que en una aislada estación del espacio adoraba a un dios de los robots. No aceptaba la idea de un hombre creador.

—Claro —murmuró Tomás— no había sido creado a nuestra imagen y semejanza. Me alegra que nosotros, o por lo menos ellos, los tecnarcs, fabriquen sólo robots de forma útil, como tú, funcionales, y no hayan tratado nunca de reproducir al hombre mismo.

—No sería lógico —dijo el robasno—. El hombre es una máquina de funciones múltiples pero no muy bien diseñada para desempeñar una función cualquiera. Y sin embargo oí decir una vez...

La voz calló bruscamente en medio de la frase.

Así que hasta los robots tienen sus sueños, pensó Tomás. Que una vez existió un super robot que se parecía a su creador, el hombre. De ese pensamiento podía haber salido toda una teología robótica...

De pronto Tomás advirtió que había dormitado otra vez, y que lo había despertado una parada repentina. Miró alrededor. Estaban al pie de una montaña —presumiblemente la montaña de su

mapa, bautizada hacía tiempo por el demonio, pero ahora santificada quizá más allá de toda medida—, y no se veía a nadie.

—Muy bien —dijo el robasno—. Ya tienes encima bastante polvo y bastante cansancio, y ahora puedo enseñarte cómo ajustar mi registro kilométrico. Puedes cenar y dormir y mañana emprenderemos el regreso.

Tomás se quedó boquiabierto un rato.

—Pero mi misión es encontrar a Aquino. Puedo dormir mientras tú caminas. Tú no necesitas descansar ni nada parecido, ¿no es cierto? —añadió córtemente.

—Por supuesto que no. Pero cuál es tu misión.

—Encontrar a Aquino —repitió Tomás pacientemente—. No sé que datos... te han suministrado, como dices tú. Pero han llegado noticias a Su Santidad de un hombre muy santo que vivió hace muchos años en este sitio.

—Ya sé ya sé ya sé —dijo el robasno—. Era tal su lógica que todos quienes le oían eran convertidos a la Iglesia y me hubiera gustado estar ahí para hacerle una o dos preguntas y desde que murió su tumba secreta es lugar de peregrinación y muchos son los milagros que ahí se cumplieron sobre todo el signo mayor de santidad el cuerpo que se conservó incorruptible y en estos tiempos se necesitan signos y maravillas para el pueblo.

Tomás frunció el ceño. Todo aquello parecía espantosamente

irreverente y falso, dicho así con esa voz de una monotonía inhumana. Cuando Su Santidad había hablado de Aquino, uno había pensado en la gloria de un hombre de Dios en la tierra, en la elocuencia de San Juan Crisóstomo, la fuerza lógica de Santo Tomás de Aquino, la poesía de San Juan de la Cruz... y sobre todo aquel milagro físico concedido a unos pocos de los santos, la preservación sobrenatural de la carne... "Pues Tú no sufriras en Ti la corrupción..."

Pero hablaba el robasno y uno pensaba en un fenómeno de feria que atraía a multitudes...

—Tu misión no es encontrar a Aquino —dijo el robasno—, sino informar que lo has encontrado. Entonces tu amigo ocasionalmente infalible podrá canonizarlo con la conciencia relativamente tranquila y proclamar otro milagro y muchos serán los convertidos y la fe del rebaño será fortalecida. Y en estos días de tan difíciles viajes quién irá en peregrinación a descubrir que Aquino existe tanto como Dios.

—La fe no puede fundarse en mentiras —dijo Tomás.

—No —dijo el robasno—. No hablé de conclusiones. No había en mis palabras signos de interrogación con inflexiones irónicas. Este problema del lenguaje seguramente no existía en esa perfección que...

El robasno calló otra vez. Pero antes que Tomás pudiera hablar continuó:

—Importa qué pequeñas falsedades llevan a la gente a la Iglesia si una vez que están allí creen en lo que según vosotros son las grandes verdades. El informe es lo que se necesita no el descubrimiento. Aunque yo estoy cómodo tú estás cansado de viajar muy cansado tienes muchos dolores musculares por estar tanto tiempo en una posición desacostumbrada y con las mejores intenciones tendrías que sacudirme ahora con unas sacudidas que se harían peores mientras subimos la montaña obligado a ajustar desproporcionadamente mis patas unas a otras de acuerdo con la pendiente. El resto del viaje te parecerá dos veces más incómodo de lo que ha sido hasta ahora. El hecho de que no trates de interrumpirme indica que no estás en desacuerdo no es cierto. Sabes que lo único razonable es dormir aquí en el suelo como un cambio y emprender el regreso a la mañana o aun quedarse aquí dos días a descansar y dejar pasar un período de tiempo más plausible. Luego puedes dar tu informe y...

En alguna parte de su mente somnolienta Tomás murmuró los nombres, Jesús, María y José. Gradualmente empezó a entender también que una voz absolutamente monótona y sin inflexiones sirve admirablemente para propósitos hipnóticos.

—Retro me, Satanas! —Tomás exclamó en voz alta, y añadió—: A la cima. Es una orden, y tienes que obedecer.

—Obedezco —dijo el robasno—. Pero qué dijiste antes.

—Perdón —dijo Tomás—. Tendré que enseñarte latín.

La pequeña aldea montañosa era demasiado pequeña para que la consideraran área habitada y mercedora de guardianes y pases, pero tenía una taberna de mala muerte.

Cuando Tomás descendió del robasno empezó a entender la exactitud de aquellas observaciones sobre dolores musculares, pero trató de ocultar su incomodidad todo lo posible. No deseaba dar al factor psi modificado la posibilidad de registrar el pensamiento "Ya te lo dije".

La moza de la taberna era obviamente una híbrida marciana-americana. La expansión torácica marciana y los desarrollados pechos americanos se habían combinado en ella de modo espectacular. Su sonrisa era todo lo extraño que cabía esperar, y un poco más de lo que Tomás hubiera deseado. La muchacha parecía además rápidamente dispuesta no sólo a proporcionar una pasable comida sino toda la información disponible acerca del lugar.

Pero cuando Tomás cruzó distraidamente dos cuchillos en lo que podía ser una X, ella no reaccionó.

Mientras estiraba las piernas luego del desayuno, Tomás pensó en el tórax y en los pechos de la muchacha, sólo, por supuesto, como símbolo de la naturaleza ex-

traordinaria de su origen. ¡Qué signo de divina preocupación que aquellas dos razas, separadas por innumerables eones, fuesen mutuamente fértiles!

Y sin embargo, los descendientes, como esta muchacha, eran estériles para ambas razas... hecho que había sido conveniente y provechoso para ciertos inominables mercaderes interplanetarios. ¿Y qué revelaba ese hecho del Plan Divino?

Tomás se recordó apresuradamente que no había dicho su oficio matinal.

Anocheceía casi cuando Tomás se reunió con el robasno, estacionado frente a la taberna. Aunque no había esperado nada de un solo día, se sentía irrazonablemente decepcionado. Los milagros, pensó, tendrían que operar con mayor rapidez.

Sabía que aldeanos como los de ese lugar eran gentes poco útiles para la Tecnarquía, y poco contentas con ella. La civilización altamente técnica del Imperio Tecnarquico, que comprendía tres planetas, existía sólo realmente en unos pocos centros metropolitanos, cerca de los aeropuertos. En otros sitios, aparte de las áreas de devastación total, los descalificados, los pobres de espíritu, los descontentos, vivían la dura existencia de mil años atrás, en villorios que los Inspectores de Lealtad no visitaban a veces durante un año entero. Aunque por alguna misteriosa circunstancia (y To-

más pensó otra vez en factores psicológicos) cualquier inesperado avance tecnológico que apareciera en esos sitios atraía a enjambres de inspectores.

Tomás se había pasado el día hablando con hombres estúpidos, con hombres perezosos, con hombres inteligentes y enojados. Pero no había hablado con ningún hombre que respondiera a sus signos disimulados, ningún hombre a quien él, Tomás, se hubiese atrevido a hacer una pregunta que incluyese el nombre de Aquino.

—Poca suerte —dijo el robasno, y añadió—: Signo de interrogación.

—Me pregunto si estará bien que me hables en público —dijo Tomás un poco irritado—. No creo que estos aldeanos sepan algo de robots parlantes.

—Es tiempo de que lo sepan entonces. Pero si te molesta puedes ordenar que me calle.

—Estoy cansado —dijo Tomás—. Tan cansado que ya nada puede molestarme. Y respondiendo a tu signo de interrogación, no. Ninguna suerte. Signo de exclamación.

—Entonces regresamos esta noche —dijo el robasno.

—La frase tiene un signo de interrogación, espero. La respuesta es... no —dijo Tomás luego de un breve titubeo—. Pienso que debemos pasar aquí la noche. La gente se reúne siempre en las tabernas de noche. Podría presentarse la posibilidad de cazar una presa interesante.

—Ja ja —dijo el robasno.

—¿Eso es una risa? —inquirió Tomás.

—Quería decirte así que sé apreciar esos juegos de palabras.

—¿Juegos de palabras?

—Lo mismo se me había ocurrido a mí. La moza es muy atractiva de acuerdo con las normas humanoides una presa de caza muy interesante.

—Un momento. Sabes que no quise decir nada parecido. Sabes que soy un... —Tomás se interrumpió. No era muy prudente pronunciar la palabra *sacerdote* en voz alta.

—Y tú sabes muy bien que el celibato del clero es cuestión de disciplina y no de doctrina. En otros ritos hermanos como el bizantino y el anglicano los sacerdotes no hacen votos de celibato. Y aun en el rito romano al que perteneces ha habido épocas en que los votos no eran tomados muy en serio aun en las jerarquías más elevadas. Estás cansado necesitas distracción necesitas calor y consuelo tanto para el cuerpo como para el espíritu. Pues no está escrito en el libro del profeta Isaías regocíjate dichosamente con ella pues serás satisfecho con los pechos de su consolación y es...

—¡Diablos! —estalló Tomás de pronto—. Para antes que empieces a citar el *Cantar de los Cantares* de Salomón. Que es estrictamente una alegoría del amor de Cristo por su Iglesia, o así me dijeron en el seminario.

—Ya ves qué frágil y humano eres —dijo el robasno—. Yo un robasno te he hecho caer en el pecado de juramento.

—*Distinguo* —dijo Tomás afectadamente—. Dije *Diablos*, lo que no es ciertamente tomar el nombre de *mi* Señor en vano.

Entró en la taberna sintiéndose momentáneamente satisfecho consigo mismo... y muy asombrado por la variedad y extensión de los datos que le habían sido "suministrados" al robasno.

Nunca, luego, pudo Tomás reconstruir aquella noche con absoluta claridad.

Si bebió tanto vino local se debió sin duda a que estaba irritado, irritado con el robasno, con su misión, consigo mismo. Si el vino lo afectó tan repentina e inesperadamente se debió sin duda a que estaba físicamente agotado.

Recordaba escenas. En un momento se había manchado la ropa con vino y había pensado: "¡Qué suerte que las sotanas estén prohibidas y nadie pueda reconocer la desgracia de un hombre del clero!" En un momento había escuchado una indecente estrofa de *Un traje del espacio para dos*, y en otro momento había interrumpido el canto con una sonora declaración de pasajes del *Cantar de los Cantares* en latín.

Nunca supo si uno de esos momentos había sido real o imaginario. Recordaba haber saboreado unos labios cálidos, y haber sentido un hormigueo en los dedos, cuando habían tocado la carne

marciana-americana; pero nunca pudo saber si esto era un recuerdo real o parte de un sueño engendrado por Ashtaroth.

Nunca pudo saber tampoco qué signo había hecho tan torpe y evidentemente, o ante quién, como para provocar el grito: "¡Pero cristiano condenado de Dios!" Recordaba que se había maravillado reflexionando que aquellos que menos creían en Dios todavía lo necesitaban para sus blasfemias. Y luego comenzó el tormento.

Nunca supo si había besado o no a una mujer, pero era indudable que había recibido en la boca muchos puñetazos certeros. Nunca supo si sus manos habían tocado unos pechos, pero habían recibido indudablemente muchos pesados pisotones. Recordaba la cara de un hombre que se reía a carcajadas, alzaba una silla, la dejaba caer. Recordaba otra cara donde caía vino de una botella empinada, y recordaba el resplandor de la vela en la botella que bajaba a golpearlo.

Luego sólo la zanja y la mañana y el frío. Tenía bastante frío pues le habían sacado toda la ropa junto con parte de la piel. No podía moverse. Tenía que quedarse allí tendido y mirar.

Los vio pasar, a los que habían hablado con él el día anterior, y habían sido amables con él. Vio cómo le echaban una ojeada y volvían en seguida los ojos. Vio pasar a la moza de la taberna. La muchacha ni siquiera lo miró de

rejo; no necesitaba mirar para saber qué había en la zanja.

El robo no estaba a la vista. Tomás trató de proyectar sus pensamientos, confiando desesperadamente en el factor psi.

Un hombre que Tomás no había visto el día anterior venía por el camino tocándose los botones de la chaqueta. Era diez botones pequeños y uno grande, y los labios del hombre se movían en silencio.

Este hombre miró dentro de la zanja. Se detuvo un momento y espió alrededor. No muy lejos se oyó el estallido de una carcajada.

El cristiano apresuró el paso y se alejó por el camino murmurando devotamente su rosario de botones.

Tomás cerró los ojos.

Los abrió en un cuarto pequeño y limpio. Las paredes eran toscas, de madera, las mantas rugosas, pero tibias y limpias. Sobre él sonreía una cara oscura y delgada.

—¿Se siente mejor? —preguntó una voz grave—. Ya sé. Quiere decir "¿Dónde estoy?" y le parece tonto. Está usted en la taberna. Este es el único cuarto bueno.

—No puedo permitirme... —empezó a decir Tomás. En seguida recordó que no podía permitirse literalmente nada. Hasta sus pocos créditos de emergencia habían desaparecido junto con sus ropas.

—Está bien. Por ahora pago yo —dijo la voz grave—. ¿Comerá algo?

—Quizá unos arenques —dijo Tomás... y al minuto siguiente estaba dormido.

Cuando despertó la próxima vez tenía una taza de café caliente al lado. Café verdadero, como descubrió en seguida. Luego la voz grave dijo disculpándose:

—Sandwiches. Es todo lo que hay en la taberna.

Sólo en el segundo sandwich hizo Tomás una pausa bastante larga como para notar que era de rana de los pantanos, una de sus carnes favoritas. Lo comió más pausadamente, y extendía la mano para tomar un tercer sandwich cuando el hombre moreno dijo:

—Quizá es bastante por ahora. El resto después.

Tomás señaló el plato con la mano.

—No, gracias —dijo el hombre—. Son todos de rana de los pantanos.

Unos pensamientos confusos cruzaron la mente de Tomás. La rana de los pantanos venusina es un rumiante. No tiene los cascos hendidos. Trató de recordar lo que había aprendido un día de la ley dietética mosaica. En el Levítico quizás...

El hombre moreno había seguido esos pensamientos.

—Treff —dijo.

—¿Perdón?

—No *kosher*.

Tomás frunció el ceño.

—¿Admite que es usted un judío ortodoxo? ¿Cómo puede confiar en mí? ¿Cómo sabe que no soy un inspector?

—Créame, confío en usted. Estaba usted muy enfermo cuando yo lo traje aquí. Eché a los otros afuera porque me parecía peligroso que oyeran las cosas que usted decía... padre —concluyó el hombre con tono animado.

Tomás se enredó con las palabras.

—Yo... yo no lo merezco. Estaba borracho y me deshonré a mí mismo y deshonré mi investidura. Y cuando estaba allí tendido en la zanja ni siquiera se me ocurrió rezar... Puse toda mi confianza en... que Dios me ayude, ¡en el factor psi de un robo así!

—Y El lo ayudó —le recordó el judío—. O permitió que yo lo ayudara.

—Y todos pasaban de largo —gruñó Tomás—. Hasta aquel que decía su rosario. Siguió su camino. Y luego llegó usted... el buen samaritano.

—Créame —dijo el judío torciendo la boca— soy cualquier cosa pero no un samaritano. Bueno, duérmase. Trataré de encontrar al robo... y esa otra cosa.

El hombre dejó la habitación antes que Tomás pudiese preguntarle qué quería decir.

El mismo día, más tarde, el judío, Abraham era su nombre, informó que el robo estaba a salvo, protegido de las inclemencias del tiempo en un cobertizo, detrás de la taberna. Aparentemente, había sido bastante prudente como para no sobresaltar al judío, y no había intentado conversar con él.

Al día siguiente, Abraham tra-
jo noticias de la "otra cosa".

—Créame, padre —dijo suave-
mente—, luego de cuidarlo a us-
ted hay poco que yo no sepa de
usted, quién es, y por qué está
aquí. Bien, hay algunos cristianos
aquí que yo conozco, y que me
conocen. Nos tenemos mutuamen-
te confianza. Quizá los judíos
sean odiados aún, pero no, Dios
sea loado, por adoradores del mis-
mo Señor. Así que les hablé de
usted. Uno de ellos —añadió el
hombre con una sonrisa— se puso
muy colorado.

—Dios lo ha perdonado —dijo
Tomás—. Había gente cerca, la
misma gente que me había ataca-
do en la taberna. ¿Podía esperarse
acaso que arriesgara su vida por
la mía?

—Creo recordar que eso es pre-
cisamente lo que esperaba el Mes-
ías de ustedes. ¿Pero por qué ser-
tan escrupulosos? Ahora que sa-
ben quién es usted, quieren ayu-
darlo. Vea: me dieron este mapa
para usted. La senda es empinada
y peligrosa; por suerte tiene us-
ted un robasno. Sólo le piden un
favor. Que al pasar por aquí de
vuelta los confiese y diga una mi-
sa. Hay una caverna cerca que es
segura.

El judío titubeó un largo rato
antes de decir lentamente:

—Sí...

—¿Y?

—Créame, amigo mío, no sé.
Parece que hubiera un milagro.
Les ayuda a mantener viva la fe.
Mi propia fe... nu, ha vivido

mucho tiempo de milagros que
tienen tres mil años o más. Quizá
si yo hubiese oído a Aquino mis-
mo...

—¿Me permitirá que yo le pida
a mi Dios por usted? —preguntó
Tomás.

Abraham asintió mostrando los
dientes.

—Pida cuanto quiera.

Tomás se acomodó en la mon-
tura de goma. Las costillas toda-
via no curadas le dolían de un
modo terrible. Le suministró las
coordenadas del mapa al robasno,
que esperaba pacientemente, y sa-
lieron en silencio del pueblo.

—De cualquier modo —dijo al
fin el robasno— ya no corres pe-
ligro.

—¿Qué quieres decir?

—Tan pronto como bajemos de
la montaña buscas un inspector.
Denuncias al judío. Y de ahí en
adelante te considerarán un fiel
servidor de la Tecnarquia sin que
ningún miembro de tu rebaño
haya perdido un solo cabello.

Tomás resopló.

—Está desvariando, Satán. Eso
no me tienta ni siquiera remota-
mente. Es inconcebible.

—Tuve más éxito no es cierto
con los pechos. Tu Dios ha dicho
que el espíritu es fuerte pero la
carne es flaca.

—Y en este momento —dijo To-
más— la carne es demasiado flaca
aun para tentaciones carnales.
Ahórrate la saliva... o lo que tú
uses.

Subieron la montaña sin ha-

blar. La senda indicada por las
coordenadas era serpente y con-
fusa, trazada obvia y deliberada-
mente para confundir a cualquier
posible inspector.

De pronto Tomás interrumpió
su rosario de botones (rezado en
una chaqueta prestada por el cris-
tiano que había seguido su cami-
no) con un sorprendido —¡Eh!—
mientras el robasno se metía di-
rectamente en unas espesas male-
zas.

—Esto dicen las coordenadas —
declará el robasno tranquilamen-
te.

Durante un momento Tomás
se sintió como el hombre de la
canción infantil que se cae en un
matorral y se lastima los dos ojos.
Luego el matorral desapareció, y
se encontraron en un paso estre-
cho y húmedo abierto en la pie-
dra y donde hasta al robasno le
costaba pisar firmemente.

Entraron así en una cámara de
piedra de unos cuatro metros de
alto y diez de ancho, y allí, sobre
una especie de toco catafalco de
piedra yacía el cadáver incorrup-
to de un hombre.

Tomás dejó la montura, gru-
ñendo, pues los huesos parecían
atravesarle las carnes, y cayendo
de rodillas entonó un himno mu-
do de gratitud. Le sonrió al ro-
basno, esperando que el factor psi
pudiese detectar elementos de pie-
dad y triunfo en aquella sonrisa.

Luego, mientras se acercaba al
cuerpo, una expresión de duda le
cruzó la cara.

—En los procesos de canoniza-

ción de los viejos tiempos —dijo,
hablándose a sí mismo, pero ha-
blándole también al robasno—
había lo que se llamaba un aboga-
do del diablo. Este hombre te-
nía el deber de poner en duda
todas las pruebas.

—Tú hubieses estado muy bien
en ese papel Tomás —dijo el ro-
basno.

—Si yo fuera aquí ese abogado
—murmuró Tomás—, investigaría
la cueva. Algunas tienen la rara
propiedad de preservar los cuer-
pos con una especie de momifi-
cación...

El robasno se había instalado
cerca del catafalco.

—Este cuerpo no está momifi-
cado —dijo—. No te preocupes.

Tomás sonrió.

—¿El factor psi puede decirte
tanto?

—No —dijo el robasno—, pero
te mostraré que Aquino nunca
pudo haber sido una momia.

El robasno alzó una pata delan-
tera articulada y martilló con el
casco la mano del cadáver. Tomás
gritó horrorizado ante el sacrile-
gio... y luego se quedó con los
ojos clavados en la mano aplas-
tada.

No había sangre, no había lico-
res de embalsamamiento, no había
carne lastimada. No había más
que una piel desgarrada y debajo
una masa intrincada de tubos de
plástico y alambres.

El silencio fue largo. Al fin el
robasno dijo:

—Está bien que tú sepas. Sólo
tú naturalmente.

—Y todo este tiempo —jadeó Tomás— mi búsqueda del santo era sólo tu sueño. . . el robot perfecto con forma de hombre.

—Su creador murió y los secretos se perdieron —dijo el robasno—. No importa los encontraremos otra vez.

—Todo para nada. Para menos que nada. El "milagro" era una obra de la Tecnarquia.

—Cuando Aquino murió —siguió diciendo el robasno— y pon murió entre comillas fue porque tenía ciertos defectos mecánicos y no se atrevió a pedir que lo repararan pues eso hubiese revelado su naturaleza. Esto es algo que sólo tú debes saber. Tu informe por supuesto será que encuentre el cuerpo de Aquino intacto e incorrupto. Esto es la verdad y nada más que la verdad y si no es toda la verdad a quién le importa. Dejemos que tu amigo infalible utilice tu informe y verás que no se muestra desagrado contigo.

—Espíritu Santo, dame gracia y sabiduría —murmuró Tomás.

—Tu misión ha tenido éxito. La Iglesia crecerá y tu Dios ganará muchos nuevos adoradores que cantarán alabanzas para sus in-existentes oídos.

—¡Condenado seas! —exclamó Tomás—. Y esto sería en verdad una maldición si tuvieses una alma que pudiera ser condenada.

—Estás seguro que no la tengo —dijo el robasno—. Signo de interrogación.

—Sé quién eres. Eres en verdad el demonio que anda por el mun-

do buscando la destrucción de los hombres. Eres ese que acecha en las sombras. Eres un robot puramente funcional construido y preparado para tentarme, y la cinta grabadora donde tienes tu información es la cinta que lleva a los infiernos.

—No para tentarte —dijo el robasno—. No para destruirte. Para guiarte y salvarte. Nuestras mejores computadoras indican que hay una probabilidad del 51.5 por ciento de que en los próximos veinte años tú seas papa. Si logro comunicarte un poco de sabiduría y sentido práctico, la probabilidad puede llegar al 97.2 por ciento y ser casi una certeza. No deseas ver gobernada la Iglesia como tú podrías gobernarla. Si informas que esta misión ha sido un fracaso perderás el favor de tu amigo que es como tú mismo lo admites falible a veces. Perderás las ventajas de posición y relación que pueden llevarte al puratorio cardenalicio aunque no usarías ese color bajo la Tecnarquia y de ahí en adelante. . .

—¡Basta! —La cara de Tomás parecía iluminada con algo que el psi factor nunca había detectado allí antes.— Hemos dado una vuelta completa, ¿no entiendes? ¡Esto es el triunfo! ¡Esto es el fin perfecto de la búsqueda!

La pata articulada tocó la mano abierta.

—Esto. Signo de interrogación.

—Esto es tu sueño. Esto es tu perfección. ¿Y en qué termina esa perfección? El cerebro perfecta-

mente lógico, el cerebro útil para cualquier función, no funcionalmente especializado como el tuyo, sabía que había sido hecho por el hombre y su razón lo llevó a concluir que el hombre había sido hecho por Dios. Y entendió que su deber era honrar al hombre, su creador, y por encima del hombre a Dios. Su deber era celebrar al hombre, acrecentar la gloria de Dios. ¡Y convirtió a los hombres con la pura fuerza de su perfecto cerebro!

"Ahora entiendo el nombre de Aquino. Sabemos que hubo un santo Tomás de Aquino, el doctor Angélico, el razonador perfecto de la Iglesia. Sus escritos se han perdido, pero seguramente podremos encontrar un ejemplar en algún lugar del mundo. Enseñaremos a nuestros jóvenes a que desarrollen aun más su razón. Hemos confiado demasiado tiempo sólo en la fe. Esta no es una edad de fe. Tenemos que ayudarnos con los servicios de la razón, y Aquino nos ha mostrado que la razón perfecta puede llevar a Dios.

—Entonces —interrumpió el robasno— es aun más necesario que hagas todo lo posible para convertirte en papa y llevar adelante ese programa. Súbete a la montura de goma y en el camino te enseñaré ciertas cosas que te serán útiles para. . .

—No —dijo Tomás—. No soy tan fuerte como San Pablo que podía jactarse de sus imperfecciones y alegrarse de haber sido ten-

tado por un enviado de Satanás. No, prefiero rezar con el Salvador: "No nos dejes caer en la tentación." Me conozco un poco. Soy débil y hay en mí mucha incertidumbre, y tú eres en cambio muy listo. Vete. Encontraré solo el camino de vuelta.

—Estás enfermo. Tienes las costillas rotas y te duelen. Nunca podrás hacer el viaje solo necesitas mi ayuda. Si lo deseas puedes ordenar que me calle. Es indispensable para la Iglesia que vuelvas sano y salvo y lèves tu informe al papa no puedes ponerte a ti mismo por encima de la Iglesia.

—¡Vete! —gritó Tomás—. ¡Vete con Nicodemo. . . o con Judas! Es una orden. ¡Obedece!

—No crearás no es cierto que estoy realmente condicionado para obedecer tus órdenes. Esperaré en la aldea. Si llegas allí te alegraré verme.

Las patas del robasno resonaron alejándose en el pasadizo de piedra. Tomás cayó de rodillas junto al cuerpo de aquel a quien casi no podía dejar de llamar san Aquino el robot.

El dolor en las costillas lo atormentaba cada vez más. Sería terrible tener que viajar solo. . .

Rezó y sus oraciones se alzaron como nubes de incienso, tan informes como esas nubes. Pero en sus pensamientos resonaba una y otra vez el grito del padre del epiléptico en Caesarea Philippi:

Creo, Señor, ¡ayuda mi incredulidad!

Un nocturno con una lámpara Jablochkoff (1876) en un extraño futuro. Leiber (n. 1910) es autor del clásico Gather, Darkness!

LA ANCIANA SEÑORITA MACBETH

Fritz Leiber

LA PÁLIDA ESFERA DE LUZ DE LA lámpara eléctrica —sobre el cajón anaranjado— mostraba sólo la cama, la pared desnuda detrás, el piso de cemento debajo, y una jaula enfundada del otro lado. Sobre el cajón se amontonaban pilas gastadas y cajas vacías. Al lado de la lámpara y dentro de una caja había tres pilas nuevas.

La anciana se volvía y se agitaba en sueños bajo las mantas. Tenía una cara triste, y fruncía la boca en una línea delgada que se doblaba hacia abajo en las comisuras: una trágica máscara diminuta. A veces, sin despertarse, sacaba las manos de debajo de las mantas y se tapaba los oídos como si la molestara algún ruido.

Al fin y como si no pudiera aguantar más se incorporó lentamente. Abrió los ojos (pero no se había despertado) y miró fijamente sin ver. Se sentó en la cama y se calzó unas zapatillas de paño con un agujero en los dedos del pie izquierdo. Tomó una bata de lana de los pies de la cama y se la echó sobre los hombros. Sin mi-

rar, sentada aún, tomó la lámpara eléctrica. Luego se puso de pie y fue hasta una puerta con la lámpara en la mano, y la luz la siguió por el cielo raso con un círculo. La cara de la mujer era siempre una pequeña máscara trágica, de líneas precisas, y de ojos abiertos, y dormidos.

Llegó a la puerta, salió, y pisó apenas un escalón de hierro que resonó profundamente, como si arriba hubiera otros muchos escalones. Cruzó otra puerta, pesada, quejosa, como la puerta de un escenario, la cerró, y esperó.

Si usted hubiese estado allí, hubiera podido verla, con la lámpara en la mano, y hubiera podido ver el semicírculo en la pared de ladrillos, y la pared de hierro detrás de ella, y otro semicírculo de acera a sus pies, y nada más, ni calle ni acera de enfrente, nada... La débil luz no llegaba más allá. Luego, al cabo de un rato, usted hubiese visto allá arriba una cinta de débiles estrellas, una cinta estrecha, demasiado estrecha para mostrar alguna cons-

telación, como si las casas invisibles fuesen allí muy altas. Y si usted hubiera alzado los ojos una segunda vez, se hubiese preguntado si unas pocas estrellas no se habían movido o no habían cambiado de color, o si no habría más estrellas, o menos, y usted se hubiera quedado preocupado.

La anciana dama no esperó allí mucho tiempo. De pronto echó a caminar calle abajo, dentro del globo de luz de la lámpara, no apartándose nunca del borde de la acera (de modo que aun la pared de este lado de la calle estaba siempre en sombras), arrastrando suavemente las zapatillas de paño. No parecía haber ningún otro ruido en la ciudad. Pero dos manzanas más arriba empezó a oírse un leve zumbido colérico. Y en la próxima bocacalle, los contornos de la esquina resplandecieron con una luz roja muy débil, del color de un anuncio de neón.

La anciana dama dobló la esquina y entró en una calle por la que se arrastraban unos gusanos luminosos, cuarenta o cincuenta, gruesos como el pulgar y largos como un brazo, aunque algunos eran cortos. No brillaban tanto como para iluminar la calle y eran de todos los colores, pero el rojo neón era el más común. Se movían como orugas; un poco más rápidamente. Parecían viejos tubos de neón que se habían transformado en cosas vivas y habían bajado de los anuncios, aunque ennegrecidos y debilitados por edades de eones. Se arrastra-

ban en curvas sinuosas por las aceras y la calle, y unos pocos por las salientes de las paredes, y uno o dos por unos alambres sobre la calle. Y zumbaban al moverse, y los alambres cantaban.

Parecía que hubiesen advertido la presencia de la anciana, pues dos o tres gusanos se acercaron a ella y dieron vueltas a su alrededor, pero manteniéndose alejados del pálido globo de luz. Cuando la mujer dobló en la esquina, uno de color violeta la siguió un trecho, alzando la cabeza, zumbando y crujiendo, como un tubo de neón defectuoso.

La calle era negra otra vez, con su cinta de estrellas apenas visibles. Pero aunque la anciana caminaba siempre cerca de la calle, la acera era más estrecha y la lámpara eléctrica mostraba escarpates rotos, con bordes dentados, y algunos grandes trozos de vidrio que los marcos sostenían aún. Los ojos de la anciana, vueltos hacia algún sueño, no miraban a los lados, pero si usted hubiera estado allí hubiese vislumbrado unos maniqués detrás de los vidrios rotos, hombres vestidos con chaquetas largas y holgadas, y sombreros de alas anchas, y mujeres con faldas ceñidas y blusas iridiscientes, y aunque los maniqués estaban muy tiesos, usted se hubiera preguntado si los ojos no seguían a la mujer, y cuando el globo de luz se alejó, usted no hubiese podido saber si los maniqués no habían sido de los escarpates pisando cuidadosamente entre los

vidrios afilados, detrás de la anciana.

En la manzana siguiente una luz fantasmal giraba en un torbellino a lo largo de una saliente alta. Era como si algo se moviese por las diez mil lámparas de la vieja marquesina de un teatro, animando brevemente los viejos y secos filamentos en un resplandor desordenado, inquieto. Del otro lado de la calle, pero más arriba, se veían, apenas, unos anuncios rectangulares de lóbregos colores que se oscurecían y brillaban irregularmente, como si los vuelos de unos murciélagos gigantescos ocultaran casi completamente unos tableros luminosos. En un piso alto, junto a las indecisas estrellas, una ventanita derramaba una luz amarilla.

En la mitad de la próxima manzana la anciana dejó el borde de la acera y se volvió hacia una verja de hierro. Se apoyó contra la puerta de la verja, emitió un breve y quejoso gemido, y la puerta se abrió rascando la grava.

La mujer cerró la puerta detrás de ella y se adelantó aplastando hojas muertas, frunciendo la nariz ante el olor de las malezas y el polvo. Arriba un cuadrado de estrellas asomaba en la pálida cinta. La mujer subió unos escalones, cruzó un porche, y abrió una crujiente puerta de seis paneles.

Los pasillos de la casa estaban vacíos, la escalera no tenía alfombra, y los adornos en las maderas eran muy vulgares. Cuando la mujer llegó al tercer piso con el

débil globo de luz, sonó un crujido débil abajo, y luego un chirrido. La mujer tiró de una cuerda balanceándose y una escalera bajó del techo y golpeó el piso.

La mujer subió entonces por la escalera, deteniéndose, respirando un poco pesadamente, hasta llegar a una bohardilla baja. La lámpara mostró cajas y baúles y pilas de telas dobladas, un maniquí de costillas metálicas, y la corneta de un viejo fonógrafo.

Entonces, de pronto, se oyó un sonido: *plinc*, cuatro segundos, seis, siete, *plinc*, siete segundos más, *plinc* otra vez, *plinc*, *plinc*.

La expresión de tormento de la mujer se hizo más honda. Se abrió paso entre las pilas de telas hasta una pileta adosada a la pared. Mientras se acercaba, una gota se formó en el borde de un grifo enmohecido, y cuando llegó a la pileta cayó, *plinc*, y un rápido espasmo cruzó la cara de la mujer. Dejó la lámpara en el borde de la pileta, y tomó la llave del grifo con las dos manos. Hubo otro *plinc*, pero ninguno más. Pasó un dedo por el borde del grifo y lo retiró apenas húmedo. Esperó un rato, y no cayeron más gotas.

Entonces la cara se le ablandó en una máscara de desapasionamiento, de boca recta y delgada, y recogiendo la linterna salió del cuarto. En la escalera y afuera en la acera y en la calle no estaba sola esta vez. Sus presencias se agrupaban a su alrededor, irritadas y amenazadoras, al borde del resplandor de la linterna, y las ho-

jas crujían bajo unos pies que no eran los suyos. La luz de la elevada ventana junto a las estrellas latía con un verde color de veneno, y las formas aladas iban y venían bajo la gastada luminiscencia de los tableros, y las luces de la marquesina se encendían sólo en las lámparas bajas.

Los destrozados escaparates de los vestidos brillantes y los trajes holgados estaban todos vacíos.

En la calle de los gusanos de neón las formas reptantes se acercaron rápidamente a la anciana, zumbando intensamente, inamistosamente, crepitando como ruidos de abejas, apretándose a sus pies en cintas de ardientes arcos, y siguiéndola media cuadra.

Pero ni estas criaturas ni la luz ya débil de la lámpara perturbaban un instante la tranquila seguridad de la mujer.

Subió por las escaleras de hierro, cruzó el cuarto sin límites, se sentó en la cama y puso la lámpara sobre el cajón anaranjado.

Una de las pilas rodó y cayó al suelo con un ruido seco. La anciana se sobresaltó, torció la cabeza, y parpadeó rápidamente. Los ojos despertaron al fin.

La anciana se quedó sentada sin moverse durante un rato, recordando. Suspiró y sonrió un poco. Luego se enderezó y frunció las finas cejas plateadas en un gesto de determinación. Encontró una lapicera estilográfica y unas hojas de papel de seda entre las pilas. Puso un pedazo de papel

carbónico bajo la hoja superior y escribió rápidamente. Arrancó la hoja, la dobló, y la metió en un canuto de aluminio no más grande que una cerilla.

Se incorporó y caminó alrededor de la cama. Desfundó la jaula, abrió la puertita, y sacó una paloma negra. Murmurándole afectuosamente, le ató el cilindro a una pata, luego le besó el pico y soltó el pájaro en la oscuridad. Se oyó un aleteo, cada vez más débil, y que se interrumpió de pronto como si el pájaro hubiese volado a través de una ventana.

El pálido globo de luz era mucho más pequeño, pero aun bastaba para mostrar la cara de la mujer mientras se metía en cama y acomodaba las mantas. Tenía los ojos cerrados ahora. Suspiró una vez más y las comisuras de los labios se le doblaron en una leve sonrisa. Al fin se durmió —las mantas le subían y bajaban casi imperceptiblemente sobre el pecho— con la misma sonrisa.

La luz bastaba también para mostrar la copia de la nota:

Querida Evangelina:

Me ha alegrado recibir tu nota y saber que tú también tienes una ciudad propia y por supuesto tus propias cosas. ¿Cómo está Louisville desde la Destrucción? Tranquila, espero. Pittsburg es tan ruidosa. He pensado en mudarme a Cincinnati. ¿Sabes si tiene ya inquilino?

*Sinceramente tuya,
Señorita Macbeth*

El premio Kaluga de la Unesco a "la divulgación de la ciencia" fue otorgado en 1962 al novelista y hombre de ciencia inglés Arthur C. Clarke, sucesor así de Louis de Broglie, Julian Huxley, Augusto Pi Suñer, George Gamow, Bertrand Russell, Karl von Frish, Jean Rostand, Ritchie Calder. Clarke agradeció la recompensa con una "defensa e ilustración de la ficción científica" (véase El Correo de la Unesco, nov. de 1962) donde señaló lúcidamente a los enemigos del género: "los bracmanes literarios que no han aceptado aún la revolución de Copérnico". En las páginas de este artículo anuncia una nueva e inesperada revolución.

DE LA MENTE Y DE LA MATERIA

Arthur C. Clarke

DURANTE MILES DE AÑOS LA RAZA humana ha discutido, con singular falta de acuerdo, problemas tales como la existencia del alma, el significado de la personalidad, la relación entre la mente y el cuerpo, y —sobre todo— la posibilidad de sobrevivir a la muerte. El hecho de que la discusión sea tan acalorada hoy como en sus comienzos —la última fase del período neolítico— parece sugerir en verdad que los problemas no han sido correctamente enunciados. Ciertos descubrimientos espectaculares de esta última década indican por su parte —con idéntica elocuencia— que es tiempo de presentarlos en otra forma.

Esos descubrimientos son puramente científicos, hecho que tras-

turnará a mucha gente que tiene intereses creados en algunas de las pseudo respuestas hoy más comunes. Son descubrimientos que pertenecen casi exclusivamente a los campos de la biofísica, la neurología y la electrónica, y puede parecer improbable, a primera vista, que tales áreas de la tecnología moderna tengan alguna posible relación con los grandes problemas de la filosofía y la religión.

Sin embargo, hace cuatro siglos parecía igualmente improbable que varios miles de años de especulaciones cosmológicas, y que culminaron en fantasías poéticas tales como *El paraíso perdido* de Milton, pudieran ser borradas definitivamente por un par de len-

tes en un tubo. Hoy somos testigos de otra revolución científica, en un área que nos afecta más personalmente que cualquier descubrimiento astronómico.

Es evidente hoy que estamos muy cerca —a una distancia que nadie se hubiese atrevido a imaginar hace pocos años— de los secretos básicos de la vida misma. Herramientas tan fabulosas como el microscopio electrónico, que nos ha dado imágenes muy precisas de los elementos fundamentales del organismo vivo, nos están mostrando cómo se cruzó el puente que separa el mundo inorgánico del mundo de la vida. Unos años más, y el puente será cruzado otra vez en algún laboratorio. Que esos años sean diez o cien, poco importa. Muchos de los detalles de la electroquímica de la vida, fantásticamente compleja, nos eludirán aún durante generaciones, pero es ya indudable que no hay nada íntimamente misterioso, o fundamentalmente incognoscible, en los procesos que crean y animan nuestros cuerpos. No son tampoco por esto menos maravillosos; el conocimiento verdadero, cuando destruye la superstición, pocas veces reduce el sentido de lo maravilloso. ¿Puede acaso compararse el mezquino universo de Milton con la grandeza de nuestro universo?

Parece posible que el cerebro guarde sus secretos más tiempo que el cuerpo; pero la comprensión de los procesos del razonamiento y de la memoria, de todo

ese complejo de fenómenos que agrupamos en el término "pensamiento", ha progresado también notablemente. En este caso la revolución científica ha actuado en dos puntos distintos: por una parte investigando los mecanismos del cerebro, y por otra construyendo dispositivos electrónicos que muestran —a veces con sorprendente realismo— muchas de las formas de conducta de las criaturas sensibles. Y lo que es quizá más significativo, el desarrollo en gran escala de las computadoras gigantesca ha colaborado de modo notable en la destrucción de una ilusión; la de que hay algo trascendental en el cerebro, más allá de toda posibilidad de duplicación o imitación mecánicas.

Casi todas las actividades básicas de la mente han sido ya reproducidas, con mayor o menor éxito, por medios electrónicos. La memoria, la reacción intencional ante el ambiente, la habilidad de sacar conclusiones matemáticas o lógicas son hoy características comunes en máquinas de uso comercial. La capacidad de aprender de pasadas experiencias —de aprovechar los errores, evitando su repetición— ha sido reproducida ya en los laboratorios. Aun el atributo demasiado humano de la total impredecibilidad puede ser incorporado a la máquina si así se lo desea; y a veces es deseable, en cantidades cuidadosamente reguladas. Pues hay problemas que pueden volver locos a hombres y a máquinas, y la única solución

en estos casos es un poder de elección indeterminada.

Estas similitudes han sido oscurecidas de algún modo por la oposición de los diseñadores de computadoras a que sus criaturas sean designadas con el nombre popular de "cerebros electrónicos". Por una vez, sin embargo, es el público, y no el experto, quien tiene razón. Las computadoras actuales son cerebros electrónicos, dentro de ciertos razonables límites. Es cierto que tienen la inteligencia de una tenia solitaria (aunque también, comúnmente, una memoria muy superior), pero esto no altera la situación básica.

Las computadoras electrónicas son muy importantes para la ciencia, los negocios y la tecnología; pero lo que aquí nos interesa son sus profundas implicaciones filosóficas. Pues han mostrado —en principio al menos— que si la mente necesita un vehículo, ese vehículo puede tener muchas formas.

Antes de ver a dónde nos conduce esto, es necesario aclarar una confusión común. El abismo que separa la más adelantada computadora electrónica de la mente humana más simple parece tan hondo que mucha gente se ha negado a admitir la posibilidad de un puente. El cerebro de un hombre, se ha señalado, contiene aproximadamente diez billones de unidades operativas fundamentales, capaces de conectarse entre sí en un número casi infinito de combinaciones. Una "prueba"

muy citada de que no es posible ningún equivalente electrónico del cerebro afirma que una máquina semejante sería tan grande como el Empire State Building, y que necesitaría toda el agua del Niágara para enfriar sus billones de válvulas. Este mismo argumento sirve hoy para probar que la máquina es posible.

Desde la fecha en que se construyeron las primeras computadoras, la voluminosa válvula, generadora de calor, ha sido sustituida en gran parte por el transistor del tamaño de un grano de arroz. Ya no necesitamos todo el Empire State Building; un piso sería suficiente, y el servicio ciudadano de aguas corrientes bastaría como sistema de enfriamiento. Pero aun esta reducción ha sido superada; el mismo transistor podría ser sustituido por el cryotrón (un dispositivo del diámetro de un cabello que opera según el principio de la superconductividad), más pequeño y más eficiente. Se supone que cualquiera de las gigantes computadoras actuales podría caber en una valija de mano si se utilizase el cryotrón como elemento fundamental del circuito. Esto basta para replicar a las críticas de la escuela del Empire State.

No aseguramos, sin embargo, que en el futuro cercano o remoto podamos construir un equivalente electrónico del cerebro humano. Pero la empresa no es intrínsecamente imposible, y visto el progreso de la tecnología du-

rante los últimos cien años, sería muy tonto realmente declarar de modo categórico que nunca se llevará a cabo. La mayoría de los expertos en computadoras convendría probablemente en el hecho de que tarde o temprano nos encontraremos trabajando con entidades mecánicas capaces de pasar cualquier prueba concebible de inteligencia, y de conciencia de sí mismas, que pueda aplicarse al hombre. Estas máquinas tendrán menos unidades que muchos sistemas electrónicos actualmente en existencia —como la red telefónica de los Estados Unidos— aunque serán bastante más complicados.

A mucha gente le parece degradante que el cerebro humano, como el cuerpo humano, sea "sólo" una máquina electroquímica, y se niegan rotundamente a admitirlo. Esta actitud es completamente absurda. El Taj Mahal es "sólo" una masa de piedra; el techo de la Capilla Sixtina sólo yeso y pintura. *El material carece de importancia; es la estructura lo significativo.* ¿Sentirá un atleta que el deporte no tiene valor a causa del hecho innegable de que su cuerpo es un complicado artefacto de bombas, palancas y fibras elásticas? Por supuesto que no; en verdad, el hecho añadirá celo e interés a su performance. (No es una coincidencia que el primer hombre capaz de cubrir una milla en cuatro minutos haya sido un médico.) Pudierá ocurrir que aprendamos a pen-

sar adecuada y efectivamente cuando sepamos cómo pensamos.

No hemos de cometer el elemental error de suponer que los mecanismos del cerebro humano son necesariamente similares en todos sus detalles a los de las computadoras electrónicas de hoy o de mañana. Ciertamente no, aunque sólo sea a causa de los diferentes elementos estructurales de unos y otros. Esto, sin embargo, tiene escasa importancia; lo que importa es que la memoria, la personalidad, todo aquello que compone un ser humano y lo distingue de todos los otros hombres, vivos o muertos, son () el subproducto de los datos almacenados y los procesos de una computadora electrónica extremadamente compleja de cierta clase. El paréntesis en blanco, por otra parte, es para permitir que usted inserte la palabra "memorable"; si eso tranquiliza sus creencias. El aditamento alterará tanto la situación como "la aldea que decidió que la tierra era plana" de Kipling.

No sería una simplificación demasiado grave decir que un hombre es la suma de sus capacidades — el circuito que lo relaciona con el mundo exterior— y sus recuerdos —los depósitos de información que guardan la experiencia acumulada—. Puede haber otros componentes de la personalidad y la conducta de todos nosotros, pero estos son los principales, y quizá los únicos que importan.

El almacenaje de información

puede hacerse de muchos modos —marcas en un papel, surcos en un disco de cera, agujeros en un cartón— o, como parece hacerlo la naturaleza, utilizando un código de estructuras moleculares, como llaves Yale muy largas. La base física no tiene importancia; como se dijo antes, lo que cuenta es la estructura. Y de este simple hecho cabe concluir los más asombrosos resultados, asombrosos aun para aquellos de mis lectores que no han encontrado nada de sorprendente o discutible en lo que se ha dicho hasta ahora.

Una estructura se caracteriza, entre otras cosas, porque puede ser reproducida. Un buen ejemplo es la reproducción fonográfica: de la grabación matriz de una sinfonía puede sacarse un interminable número de copias idénticas. (¿Idénticas? No estrictamente hablando, pero las diferencias son tan pequeñas que carecen de importancia práctica.) La duplicación de la personalidad humana sería un problema inmensamente más difícil, *pero no fundamentalmente distinto*. No podemos, en esta etapa primitiva de nuestra tecnología, ni siquiera sospechar como podría lograrse, así como Beethoven no podía haber imaginado nunca la técnica con que sería posible arrebatar al tiempo una interpretación de la Novena Sinfonía y salvarla para la eternidad.

El problema básico es el de grabar y reproducir —empleando estos términos en su sentido gene-

ral— las vastas cantidades de información que definen la personalidad y la memoria. Sin embargo, el espacio requerido es realmente pequeño. Si la Naturaleza es capaz de comprimir la estructura del cuerpo humano en un par de células invisibles a simple vista, y los recuerdos de una vida en un pedazo de jalea de quince centímetros de largo, ¿es esperar demasiado que el hombre pueda un día hacer lo mismo con unos pocos metros cúbicos de electrónica? Al fin y al cabo, hoy podríamos meter la Biblioteca del Congreso en una caja de zapatos, si quisiésemos hacerlo, y la cantidad de información encerrada ahí sería comparable con la que define a un individuo humano.

En un sentido estrictamente científico, la reencarnación es, pues, teóricamente posible. Si se pudiese reproducir la estructura física de un individuo hasta en su composición molecular —la biblioteca de la mente— no habría modo de distinguir entre el original y el duplicado. No tendría ningún sentido preguntar entonces: “¿Quién es realmente Juan Pérez?”. Los dos lo serían.

Si usted cree que esto es una fantasía absurda, sin ninguna importancia práctica, le espera una sorpresa. Pues le ha ocurrido a usted durante los últimos pocos meses; me habrá ocurrido a mí cuando lea usted estas palabras. Es este un simple hecho, pero un hecho que nunca pudo haber sido imaginado con las herramien-

tas de la ciencia moderna no se habían vuelto aún hacia los mecanismos de la vida.

Los átomos de nuestro cuerpo cambian constantemente, son reemplazados tan rápidamente por otros —con materia obtenida de nuestros alimentos— que nos reconstruimos totalmente cada pocas semanas. Este incesante flujo de materia alcanza aún a los huesos. Todos nosotros nos movemos por el mundo como una llama, que se alimenta de su ambiente, expresándose en una momentánea estructura, y rechazando luego el humo y la ceniza. Sólo la llama no cambia —relativamente— hasta que se apaga al fin de la vida.

Se ha dicho que el hombre no se baña nunca dos veces en el mismo río; es igualmente cierto que el hombre que se mira en un espejo no se ve dos veces la misma cara. La corriente de la carne puede ser más lenta que el flujo del río hacia el mar, pero no es menos inexorable.

Vivimos por lo tanto en una especie de reencarnación continua, casi tan maravillosa como cualquier otra que se haya postulado alguna vez. Al mismo tiempo podemos advertir que otra idea popular de algunos místicos —la transmigración a través de animales inferiores— no tiene base lógica. La personalidad y la memoria de un ser humano desbordan la limitada capacidad de almacenamiento de cualquier otro vertebrado, y mucho más la de un in-

vertebrado, así como toda la herencia musical de la humanidad no puede ser encerrada en un disco de treinta centímetros.

El argumento que hemos expuesto nos permite dar ahora una respuesta definida y algo inesperada al viejo problema de la inmortalidad. Lo que nos ocurre cuando morimos no puede ser significativamente muy distinto de lo que le ocurre a la información registrada en una tarjeta IBM, cuando alguien quema la tarjeta. Pero supongamos que la información haya sido guardada en otro lugar y se la utilice para preparar una tarjeta nueva. No habría modo de distinguir entre las dos tarjetas.

Alguna gente puede consolarse con el pensamiento de que esas “tarjetas-prototipos” (empleando el término en un sentido completamente general, que pudiera aplicarse a cualquier técnica de almacenamiento) existan siempre de algún modo, en alguna parte; otros considerarán esa actitud ligeramente egocéntrica. Sin embargo, aunque no sepamos hoy cómo recrear a alguien vivo, esto no tiene porque ser siempre así. Parece absurdo hablar de conservar a un ser humano en unos pocos kilómetros de cinta grabadora, pero sólo por que no disponemos hoy de los dispositivos capaces de resolver el problema. Si un día esto es posible, la muerte habrá perdido su poder sobre las mentes de los hombres.

No dudo de que mucha gente

considerará estas especulaciones como ingenuamente mecanicistas, pues no pueden reconciliar tales imponderables como la personalidad, la inteligencia —aun el alma, si no se quiere renunciar a la palabra— con los conceptos de la electrónica o la teoría de la información. Tal actitud es un remanente del materialismo del siglo diecinueve, aunque algunos críticos rechazarán indignados esa acusación. Para muchas gentes, en otros sentidos cultas, la palabra "máquina" despierta imágenes de manivelas, engranajes y palancas; mentalmente están todavía en la edad de la máquina de vapor. Son incapaces de imaginar la sutileza y sofisticación de las grandes computadoras que se producen hoy en los laboratorios (con un circuito de un millón de unidades, y el tamaño de una casa) y que *no tienen prácticamente ninguna parte móvil*, aunque son capaces de realizar cien mil operaciones por segundo. Las máquinas que estamos construyendo ahora difieren en especie tanto como en grado de todo lo que la humanidad ha visto hasta ahora, y su evolución ha comenzado apenas.

Nadie puede decir a dónde nos

llevará esta evolución, pero en las nieblas del futuro se vislumbra vagamente un sueño —no digo una posibilidad— que ha asomado en casi todas las religiones del mundo. Cómo solo la estructura importa, ¿podrían existir la inteligencia y la mente sin materia? ¿En una relación, por ejemplo, de entidades puramente eléctricas o haces de radiación? Hay alguna evidencia de que el espacio mismo tiene una estructura fundamental, y podría utilizarse en principio como medio de almacenar y emplear información.

Y así la inteligencia, que nació de las interacciones de la materia, y la utilizó como vehículo durante tanto tiempo, quizá pueda al fin liberarse de sus orígenes, como una mariposa escapa de la prisión de la crisálida. Y como la mariposa que asciende en el cielo de verano, quizá explore campos de experiencia que estaban totalmente fuera de su alcance en las metamorfosis anteriores.

¿Nos encontramos ahora en un nivel que con el paso del tiempo culminará en algo que sólo la palabra "espíritu" puede describir? ¿Somos la crisálida, la larva, o quizá el huevo aún no incubado?

Título original: Of mind and matter. Traducción de Manuel Figueroa.

Kit Reed, 31 años, madre de dos hijos, ex reporter de Newsweek, publicó su primer relato. The wait, en 1958 en The Magazine of Fantasy & Science Fiction. El tema del tigre es común en la literatura anglosajona: el tigre que arde luminosamente en la floresta de la noche, del visionario William Blake; el llamado Shir Kan, del cantor del Imperio, Ruyard Kipling; el tigre de Yucatán de Hilaire Belloc. El destino de la bestia automática de Kit Reed es también el destino de su dueño, que se consume rápidamente en las florestas de su propia noche.

EL TIGRE AUTOMATICO

Kit Reed

HABÍA COMPRADO EL JUGUETE PARA su primo segundo Randolph, un muchacho de piernas nudosas y tan rico que a los trece años andaba todavía en pantalones cortos. Benedict había sido siempre pobre, y no tenía ninguna esperanza de heredar al tío James, pero de todas maneras pagó demasiado por el juguete. En sus dos últimas visitas se había sentido disminuido bajo las miradas diamantinas y acuosas de su tío, intimidado por aquellas opresivas habitaciones de paredes oscuras, y no quería volver desarmado a Syosset. Aquel costoso regalo para Randolph, nieto del anciano, le aseguraría al menos un poco de respeto. Pero había algo más. Desde que había descubierto la caja solitaria y hermosa, en el

sombrio escaparate de una juguetería no lejos del río, una curiosa sensación, casi de fiesta, crecía y crecía en él.

Era una caja de tamaño común con un dibujo anaranjado y negro; y las palabras TIGRE REAL DE BENGALA, en caracteres anaranjados, cruzaban la tapa. De acuerdo con las instrucciones, el niño hablaba en un micrófono, y el tigre obedecía. Benedict había visto ese año, por televisión, robots y monstruos parecidos. *Poséalo con orgullo*, ordenaba la caja. Edward Benedict, alejado de los juguetes más por razones de dinero que por inclinación, ni sospechaba que aquel tigre valía diez veces más que cualquiera de sus similares mecánicos. Aunque si lo hubiese sabido, no le habría impor-

tado quizás. Tenía que impresionar al muchacho, y los ojos amenazantes pintados en la caja lo decidieron al fin. Gastó en el juguete un mes de sueldo, pero aún a ese precio le pareció barato. Al fin y al cabo, se dijo, la piel es auténtica.

Hubiera querido abrir la caja en seguida y tocar la piel, pero el empleado lo estaba observando glacialmente. Así que desistió y dejó que el hombre acometiese la caja armado de cordeles y papel madera. El empleado le puso el paquete en las manos, antes que él pudiese pedir que se lo mandaran, y lo aceptó sin protestar, pues detestaba que le hiciesen escenas. En el ómnibus, mientras volvía a su casa, no hizo más que pensar en el tigre. Como cualquier otro hombre con un juguete, estaba seguro de no poder resistir a la tentación de abrir la caja y probarlo.

Cuando llegó y se sentó por fin en un rincón de la sala, le temblaban las manos.

—Sólo un momento para ver si funciona —murmuró—. Después lo envolveré de nuevo para Randolph.

Quitó el papel madera, y dio vuelta la caja para que la figura del tigre quedase arriba. No quería apresurarse, de modo que preparó la cena y comió, de frente al tigre. Después de levantar la mesa se sentó a cierta distancia, estudiando la figura. Las sombras se fueron acumulando en la habitación, y había algo en el dibujo

que parecía impulsarlo, arrastrarlo hacia el límite de algo importante, y mantenerlo allí, suspendido. Benedict no pudo dejar de sentir que él y ese animal eran algo más que un hombre y un juguete, el hombre que regala y el regalo; y como la imagen del tigre lo miraba, y esa mirada era cada vez más imperiosa, al fin se puso de pie, fue hasta la caja, y cortó la cinta.

Los lados de la caja se abrieron, y Benedict dejó caer los brazos, decepcionado. La piel floja y arrugada, parecía bastante tosca, y durante un instante Benedict se preguntó si los empaquetadores de la fábrica no se habrían equivocado. En seguida, al tocarla levemente con la punta del pie, escuchó un clic y el armazón metálico interior empezó a desplegarse. Benedict se echó hacia atrás, bruscamente, conteniendo el aliento, mientras la criatura tomaba forma.

Era un tigre de tamaño natural, de piel auténtica, hábilmente ajustada a una estructura interna de metal liviano, de modo que la bestia no parecía menos real que esos animales de miembros de acero que Benedict había visto en el zoológico. Los ojos eran de ámbar, ingeniosamente iluminados desde dentro por dos pequeñas lámparas eléctricas, y Benedict observó históricamente que los bigotes eran unos rígidos filamentos de nylon. El animal no se movió, envuelto en una atmósfera de ley de la selva y de po-

der, esperando que Benedict encontrara el micrófono e impartiera una orden. Un mecanismo independiente, interior, le hacía menear la larga cola, de franjas negras y doradas, que barría la mitad del cuarto.

Benedict retrocedió temerosamente hasta la cama y se sentó con la mirada fija en el tigre. Las sombras crecieron, y pronto no hubo más luz en la habitación que la de los soberbios ojos amarillos de la bestia. Allí estaba, como clavada en el rincón, agitando la cola, con esos ojos amarillos fijos en él. Benedict lo observaba abriendo y cerrando nerviosamente las manos, y mientras, pensaba en él mismo, allí, sentado en la cama, en el micrófono que transmitiría sus órdenes, en el tigre que esperaba, en la electricidad que flotaba en el cuarto. Se movió muy suavemente y tropezó con algo en el suelo. Lo levantó y lo examinó. Era el micrófono. Se quedó sentado, inmóvil, mirando a la bestia magnífica, a la luz de aquellos ojos dorados. Por último, en la muerte quietud de las últimas horas de la noche,

o las primeras de la mañana, curiosamente feliz, Benedict se llevó el micrófono a los labios y sopló apenas, estremeciéndose.

El tigre se sacudió.

Lentamente, Edward Benedict se puso de pie, y consiguió que la voz le subiera a la garganta.

—Aquí —dijo.

Y soberanamente, ampliamente, el tigre se movió.

—Sentado —dijo Benedict, y se apoyó en la puerta, temblando, incrédulo aún.

El tigre se sentó. Aun así, sentado, era tan alto como Benedict; y aun ahora, inmóvil, con la piel reluciente, suave y floja alrededor del cuerpo, todas sus líneas insinuaban el tenso acero interior.

Benedict susurró otra vez en el micrófono. El tigre levantó una zarpa, la apoyó en el pecho de Benedict, y lo miró. El animal parecía tan inmenso, tan fuerte, tan sumiso, que Benedict, en un acceso de confianza, dijo: —Vamos a dar un paseo —y abrió la puerta.

Evitando el ascensor, fue hacia la puerta de emergencia, al final del pasillo, bajó las escaleras, y notó complacido que el tigre lo seguía silenciosamente, resbalando como un agua por los manchados peldaños.

—Shhhh.

Benedict hizo una pausa en la puerta de calle y el animal se detuvo detrás. Benedict espía la calle. Estaba tan tranquila, parecía tan irreal. Eran seguramente las tres o cuatro de la mañana.

—Sígueme —susurró a la bestia, y se internó en la oscuridad. Caminaron por las aceras oscuras, el tigre siempre detrás de Benedict, escondiéndose en las sombras cuando parecía que un auto se acercaba demasiado. Al fin llegaron al parque, y cuando habían caminado unos metros por uno de los senderos, el tigre empezó a estirar las patas como un caballo en movimiento retardado, infatig-

gablemente, pisándole los talones a Benedict. Benedict lo miró y comprendió de pronto, tristemente, que una parte del tigre pertenecía todavía a la jungla, que el animal había estado demasiado tiempo en aquella caja, y que le gustaría correr.

—Adelante —ordenó indeciso, casi seguro de que nunca volvería a verlo.

De un salto, el felino salió a la carrera, alejándose a tanta velocidad que en un abrir y cerrar de ojos llegó hasta el pequeño lago artificial, lo traspuso dando un tremendo salto, y desapareció entre los matorrales de la otra orilla.

Benedict se desplomó en un banco, acariciando el chato micrófono de metal. Ahora el aparato era inútil, estaba seguro. Pensó en el fin de semana, cuando se presentase en la casa del tío con las manos vacías ("tenía un regalo para Randolph, tío James, pero se me escapó..."), y en el dinero que había despilfarrado

(luego, recordando al animal, los momentos que habían pasado juntos en la casa, la vida que había inundado su habitación por lo menos un instante, comprendió que el dinero no había sido gastado en vano). El tigre... Quería verlo otra vez. Se llevó el micrófono a los labios. ¿Por qué habría de volver, ahora que era otra vez libre, que era dueño de todo el parque, del mundo entero? No obstante, sin ninguna esperanza, murmuró la orden.

—Vuelve —rogó con fervor—. Regresa. —Y luego—: Por favor.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Benedict escudriñaba la espesura, tratando de sorprenden algún crujido, algún leve susurro, cuando una inmensa sombra cayó casi sobre él, salvando el banco que se atravesaba en su camino con un salto limpio y bajo. La sombra se echó, gigantesca y silenciosa, a los pies de Benedict. La voz de Benedict tembló.

—Volviste —dijo, conmovido.

Y el Tigre Real de Bengala, de ojos de ámbar, relucientes como joyas, que relampagueaban a la pálida luz, apoyó una zarpa en la rodilla de Benedict.

—Volviste —repetió él, y al cabo de una larga pausa puso una mano dubitativa en la cabeza del felino.

—Creo que es mejor irse a casa —anunció, advirtiendo que ya había empezado a amanecer—. Vamos —y la familiaridad le ahogó la voz—, Ben.

Y Benedict volvió a sus habitaciones, casi corriendo, feliz, y el tigre galopó detrás con largos y sedosos saltos.

—Ahora hay que dormir —le dijo cuando llegaron a la casa. Y después de haber acomodado a Ben, que se acurrucó en un rincón, la cola contra el hocico, llamó por teléfono a la oficina y dijo que estaba enfermo. Sin aliento, exhausto, se tiró después sobre la cama, sin preocuparle esta vez que los zapatos mancharan la colcha, y se durmió.

Cuando despertó, era ya casi la hora de salir para Syosset. El tigre estaba en su sitio como lo había dejado, inerte ahora, pero aún misteriosamente vivo, con ojos resplandecientes, y una cola que se agitaba de cuando en cuando.

—Eh —dijo Benedict con suavidad—. ¡Eh, Ben! —exclamó.

El tigre levantó la cabeza y lo miró. Benedict sonrió mostrando los dientes. Había estado pensando en cómo meter de nuevo el animal en la caja, pero cuando la inmensa cabeza se alzó, y los ojos de ámbar relampaguearon, decidió que le compraría otra cosa a Randolph. Este tigre era suyo. Moviéndose con arrogancia en la luz ambarina, empezó a prepararse para el viaje: puso ropa limpia en la valija, envolvió el cepillo de dientes y la navaja en papel higiénico, y los metió en el bolso de los zapatos.

—Tengo que irme, Ben —dijo luego—. Volveré el domingo a la noche. Espérame.

El tigre lo observaba atentamente, y una luz plateada le enmarcaba la cara. Benedict pensó un instante que había herido los sentimientos de Ben.

—Escúchame, Ben —le murmuró consolándolo—. Me llevaré el micrófono y si te necesito te llamaré. En ese caso, primero vas a Manhattan y sales por el Tribore Bridge...

El micrófono le cabía perfectamente en el bolsillo interior de la chaqueta y por motivos que Be-

nedict no alcanzaba a entender, le daba otro aspecto.

—¿Qué necesidad hay de un juguete para Randolph? —Y ensayó varios parlamentos que le endilgaría a tu tío James.— Tengo un tigre en casa.

En el tren, empujó a varias personas para conseguir asiento junto a la ventanilla, y luego, en vez de tomar un ómnibus o un taxi se sorprendió llamando por teléfono y pidiendo que fuesen a buscarlo a la estación.

Más tarde, entre las paredes oscuras de la biblioteca de su tío, le estrechó la mano con tanta energía que el viejo se sobresaltó. Randolph, de rodillas percudidas y rojas, lo miraba con hostilidad, apoyando un codo en la pared.

—No me trajiste nada —dijo, y adelantó la barbilla.

Benedict, por un instante, se sintió vencido. Luego el peso del micrófono en el bolsillo lo animó otra vez.

—Tengo un tigre en casa —murmuró.

—¿Eh? ¿Qué dices? —Randolph le clavó un dedo en las costillas.— Vamos, quiero verlo.

Con un gruñido ronco, Benedict le dio una cachetada.

Desde ese momento, Randolph fue la imagen misma del respeto. Había sido bastante simple... sólo que a Benedict nunca se le había ocurrido antes.

Cuando ya se despedía, el domingo a la noche, el tío James le puso un fajo de órdenes de pago en las manos.

—Eres un excelente muchacho, Edward —le dijo el viejo, sacudiendo la cabeza como si aún le costara aceptarlo—. Un excelente muchacho.

Benedict sonrió ufanamente.

—Adiós, tío James.

Tengo un tigre en casa.

Entró en sus habitaciones, y casi antes que la puerta se cerrara detrás de él, había sacado ya el micrófono. Llamó al tigre, que se echó a sus pies, y le palmeó la abultada cabeza. Luego retrocedió. El tigre parecía más grande, y hasta más resplandeciente. Era como si todos los pelos le vibrasen con una vida propia. El cuello era ahora de nieve. Benedict había empezado a cambiar también, y permaneció un largo, reflexivo momento frente al espejo, examinándose el pelo que parecía crepitar, y la mandíbula, que se le adelantaba un poco ahora.

Más tarde, cuando ya no era peligroso salir, fueron al parque. Benedict se sentó en un banco y observó los retozos del tigre, deleitándose con la gracia ágil del animal. Las incursiones de Ben fueron más cortas esta vez, y volvía a cada momento a apoyar el hocico en las rodillas de Benedict.

Con el primer resplandor de la mañana, Ben salió corriendo una vez más, alejándose con saltos bajos y rápidos. De pronto dio media vuelta y fue directamente hacia el lago, que era una sombra franja, y saltó. Benedict se puso de pie, con un grito de alegría.

—¡Ben!

El tigre dio otro espléndido salto y regresó junto a él. Y cuando Ben le tocó de nuevo las rodillas, Benedict se quitó la chaqueta, gritando, y rodó y corrió con la bestia. Saltaban juntos, precipitándose por los senderos estrechos, bebiendo la noche. Bajaban por el último sendero, que llevaba directamente a la salida, cuando una delicada figura de mujer apareció de pronto en un recodo. La mujer alzó los brazos, aterrizada, y cuando ellos ya se detenían, dio media vuelta, arrojando algo al mismo tiempo, y corrió, con la boca abierta, en un grito que no encontraba voz. Algo blando golpeó a Ben en la nariz, y el animal sacudió la cabeza y se detuvo. Benedict recogió el objeto. Era una cartera de mujer.

—Eh, olvidó la...

Benedict corrió tras ella, pero recordó que tendría que explicar la presencia del tigre y se detuvo, agobiado, impotente, hasta que Ben se acercó y lo hociqueó.

—Oh, Ben —dijo Benedict asombrado—. La asustamos. —Se enderezó, sonriendo.— ¿Qué te parece? —Luego, envalentonado, abrió la cartera de la mujer y sacó el dinero.— Haremos que parezca un robo, así los policías no le creerán cuando ella les hable de un tigre. —Dejó la cartera a la vista, y se metió distraidamente los billetes en el bolsillo, diciéndose mentalmente que un día devolvería el dinero.— Vamos, Ben —dijo con suavidad—. Volvamos a casa.

Agotado, durmió toda la mañana, con la cabeza apoyada en el sedoso lomo del tigre. Ben se quedó vigilando, con ojos ambarinos y fijos, y sacudiendo la cola: el único movimiento en la silenciosa habitación.

Benedict despertó ya pasadas las doce, asustado al principio porque llegaría tarde a la oficina. Luego se encontró con la mirada del tigre y se rió. *Tengo un tigre*. Se desperezó complacidamente, bostezando, y desayunó y se vistió sin prisas. Encontró sobre la cómoda las órdenes de pago que le había dado el tío, las sumó y descubrió que la cantidad era considerable.

Durante algunos días disfrutó del ocio, pasándose las tardes en el cine y las noches en bares y restaurantes, y hasta fue dos veces al hipódromo. El resto del tiempo lo dedicaba al tigre: se sentaba junto a él y lo miraba. Pasaron los días y empezó a frecuentar restaurantes cada vez mejores, sorprendiéndose al comprobar que los camareros lo saludaban con una reverencia, y que las damas elegantes lo miraban con interés. Todo, estaba seguro, porque tenía un tigre en la casa. Un día al fin se cansó de dar órdenes solitarias a los camareros, su propia confianza lo inquietó, y se propuso averiguar hasta dónde era capaz de ir. Había gastado ya todo el dinero de las órdenes de pago y también (con una pizca de remordimiento) el dinero de la mujer del parque. Empezó a leer

atentamente la sección financiera del *Times*, y un día anotó una dirección, y luego tomó el micrófono.

—Deséame suerte, Ben —dijo en voz baja, y salió.

Regresó una hora más tarde, sacudiendo todavía la cabeza, incrédulo.

—Ben, tendrías que haberme visto. Nunca había oído hablar de mí, pero me suplicó que aceptara el trabajo... yo lo tenía acorralado... yo era un tigre. —Benedict se ruborizó modestamente. —Te presento al vicepresidente segundo de la Pettigrew Works.

Los ojos del tigre centellearon, y brillaron todavía más.

El viernes Benedict trajo su primer sueldo, y a la mañana siguiente fue él quien corrió adelante hacia el parque. Corrió con el tigre hasta que el viento le llenó los ojos de lágrimas, y corrió con el tigre a la mañana siguiente y todas las otras mañanas, y mientras más corría más confianza tenía en sí mismo.

—Tengo un tigre en casa —se decía en los momentos de crisis, y avanzaba entonces sin temor. Llevaba siempre el micrófono consigo, como un talismán, sabiendo que en cualquier momento podía llamar al tigre a su lado. Pasaron unos pocos días y lo nombraron vicepresidente primero.

Benedict progresó y fue un hombre importante y ocupado, pero nunca olvidaba las carreras matinales. A veces se excusaba en una reunión o en un concurrido

club nocturno, y sacaba a pasear al tigre, corriendo con él, vestido de etiqueta, y con una pechera almidonada que brillaba en la oscuridad. Se hizo más audaz, más poderoso, y continuó siendo fiel.

Hasta el día en que hizo su mejor negocio. El jefe le pidió que almorzara con Quincy, el cliente más importante, y que tratara de venderle dieciséis gruesas.

—Quincy —dijo Benedict—, usted necesita veinte gruesas.

Estaban sentados en un amplio sofá, tapizado con una jaspeada piel de tigre, en un lujoso restaurante. Quincy, un hombre corpulento, colérico, hubiese aterrorizado a Benedict un mes atrás.

—Un momento —estalló Quincy—, ¿por qué se le ocurre que yo quiero veinte gruesas?

Durante un segundo Benedict se sintió perdido. En seguida la piel jaspeada del sofá lo animó otra vez y atacó impetuosamente.

—Por supuesto que usted no quiere veinte gruesas —rugió—. Usted las necesita.

Quincy compró treinta gruesas. Benedict fue ascendido a director general.

Decidió no trabajar ese día. Iba hacia la puerta con saltos de felino cuando un sonido inesperado y suave lo alcanzó en el aire.

—Bueno, Madeline —dijo Benedict.

La secretaria, morena, de piel sedosa, inalcanzable hasta entonces, estaba allí, a su lado. Parecía querer decirle algo... algo alentador.

Benedict dijo impulsivamente:

—Tú cenas conmigo esta noche, Madeline.

—Tengo una cita, Eddy —explicó Madeline con voz aterciopelada—. Mi tío millonario de Cambridge está en la ciudad.

—¿Qué tío dices? —resopló Benedict—. ¿Ese que te regaló el abrigo de visón? Ah, sí, lo conozco, es demasiado gordo. —Y añadió con un gruñido que desarmó a Madeline—: Pasaré a buscarte a las ocho.

—Pero, Eddy... Muy bien. —Madeline alzó los ojos mirándolo a través de unas espesas pestañas—. Bueno, quisiera advertirle algo... no soy una muchacha barata.

—Tú prepararás la cena, por supuesto. Luego daremos una vuelta. —Benedict se golpeó brevemente el bolsillo de la billetera, y luego le dio un pequeño tirón de orejas a Madeline.— Prepara unos biftecs.

Esa noche, mientras revolvía con la mano el cajón de los calcetines, Benedict tropezó con algo duro y se sintió de pronto culpable y débil. El micrófono... de algún modo lo había olvidado esa mañana. Se le había caído sin duda entre los calcetines, mientras se vestía, y había andado todo el día sin él. Todo el día. Lo sacó del cajón, con un estremecimiento de alivio, e iba a metérselo ya en el bolsillo de la chaqueta, cuando se detuvo, pensando. Lo puso otra vez cuidadosamente en el sitio de antes, y cerró el cajón.

Ya no lo necesitaba. Ahora el tigre era él.

Esa misma noche —sintiendo aún el calor de la bebida, de la música impetuosa, y del aliento intermitente de Madeline en la oreja— se echó en la cama, sin desvestirse, y durmió hasta que el sol entró en el cuarto. Cuando se despertó, y se arrastró en calcetines hasta la sala vio a Ben en el rincón, disminuido de algún modo, que lo miraba. Benedict había olvidado el paseo.

—Lo lamento, viejo —le dijo al tigre al salir para la oficina, y le dio una palmada pesarosa.

—Tengo prisa —se excusó al día siguiente, con una caricia precipitada—. Hoy llevo a Madeline de compras.

Pasaron los días, Benedict se veía con la muchacha cada vez más, y al fin dejó de disculparse. El tigre no se movía de su rincón, reprochando a Benedict, que llegaba y se iba.

Benedict le compró a Madeline un Oleg Cassini.

En el rincón de la sala, el polvo empezó a posarse sobre la piel de Ben.

Benedict le compró a Madeline un brazalet de diamantes.

En el rincón, una colonia de polillas se instaló en la pelambre del pecho de Ben.

Benedict y Madeline fueron a Nassau a pasar una semana. De regreso, Benedict le compró un Jaguar a Madeline.

Las raíces de los tiesos bigotes de nylon de Ben se aflojaron un

poco. Los bigotes se doblaron, y uno o dos cayeron.

Benedict volvía un día de casa de Madeline en taxi, cuando se le ocurrió examinar detenidamente su libreta de cheques. El viaje y el adelanto por el coche habían reducido su cuenta a cero. Y al día siguiente había que pagar una cuota del brazalet. ¿Pero qué importaba? Se encogió de hombros. Era poderoso. Cuando llegaron a la casa, le dio un cheque al chófer, y añadió generosamente una propina de cinco dólares. Luego subió, se detuvo un momento a mirarse la cara bronceada en un espejo, y se acostó.

Se despertó a la tres de la mañana, cercado por las sombras y la hora, inquieto por primera vez, y a la fría luz del velador revisó de nuevo sus cuentas. Le quedaba muy poco dinero. Tenía que ir al banco y depositar el dinero para el taxi, pues si no devolverían el cheque del Jaguar. Pero había entregado otro cheque para la última cuota del brazalet, que sería presentado en cualquier momento, y estaba atrasado en el pago del alquiler.

Necesitaba dinero en seguida. Se sentó en la cama, recogiendo las piernas, y pensó y se acordó de la mujer que él y Ben habían asustado aquel primer día, y de los billetes de la cartera, y se le ocurrió que conseguiría dinero en el parque. Recordó cómo había corrido él hacia la mujer, los gritos de ella, y aquella primera travesura accidental con el tigre le

pareció ahora un robo audaz a la luz del día. ¿Acaso no se había gastado el dinero? Olvidando que el tigre había estado con él, y olvidando mientras se ponía un sweater rayado y se ataba un pañuelo al cuello que él no era el tigre, fue hacia la puerta, ni siquiera vio a Ben en el rincón, y con largos y arrastrados pasos corrió hacia el parque.

El parque estaba oscuro aún, y Benedict recorrió los senderos con furtivos pasos felinos, acechando, con una creciente impresión de poder. Una figura sombria cruzó la entrada —su presa— y Benedict emitió un débil gruñido, riendo entre dientes —era aquella misma apesadumbrada mujer, la que se había asusado de un tigre— y gruñó de nuevo, pensando mientras arremetía: *La asustaré otra vez.*

—¡Eh! —gritó la mujer cuando Benedict se precipitó sobre ella.

Benedict se detuvo bruscamente, pues la mujer no había retrocedido, y lo esperaba con las piernas un poco separadas, esgrimiendo la cartera.

Benedict corrió alrededor de la mujer, con los ojos fijos en la cartera, y arremetió de nuevo.

—Démela —rugió.

—¿Cómo dice? —preguntó la mujer con frialdad, y cuando Benedict se precipitó hacia ella con otro gruñido añadió—: ¿Qué le pasa?

—La cartera —dijo Benedict, con el cabello crizado.

—Ah, la cartera.

La mujer alzó de pronto la cartera y golpeó la cabeza de Benedict.

Atónito, Benedict retrocedió, tambaleándose, y antes que pudiera reponerse y preparar otra embestida, la mujer le dio la espalda con un indignado resoplido, y salió del parque.

Había demasiado luz ahora para buscar otra víctima. Benedict se quitó el sweater y dejó el parque en mangas de camisa, caminando lentamente, meditando en aquel robo fracasado. Entró así en una cafetería cercana y pidió un biftec con huevos. El rugido no le había salido bien, decidió al fin, y enderezándose la corbata, aunque era muy temprano, fue hacia la oficina.

Madeline llegó una hora más tarde.

—La compañía del Jaguar me llamó por teléfono —le dijo a Benedict—. Les devolvieron el cheque.

—¿Sí? —dijo Benedict. Algo en los ojos de Madeline le impidió rebelarse. —Oh —murmuró—, me ocuparé de eso.

—Sería conveniente —dijo ella. Tenía una mirada helada.

Comúnmente, Benedict hubiera mordido a Madeline en el cuello, aprovechando que los otros no habían llegado aún, pero aquella mañana la muchacha parecía muy distante —tal vez porque él no se había afeitado, decidió— de modo que regresó a su oficina y se quedó mirando unas columnas de números en un anotador.

—Esto tiene mal aspecto —murmuró—. Necesito un aumento.

El dueño de la compañía se llamaba John Gilfoyle... el señor Gilfoyle, o señor, para la mayoría de los empleados. Benedict había notado en seguida que el uso de iniciales confundía a Gilfoyle, y las empleaba en su provecho, como un arma.

Acaso porque Benedict había olvidado la chaqueta, Gilfoyle ni siquiera parpadó.

—Hoy no tengo tiempo para eso —dijo rápidamente.

—Creo que usted no entiende...

Benedict alzó la cabeza, y se paseó silenciosamente por la alfombra, frente al escritorio, descubriendo de pronto con inquietud que el fiasco del parque le había ensuciado los zapatos de barro... Pero aún era el tigre.

—Necesito más dinero —dijo.

—No hoy, Benedict.

—Puedo ganar dos veces más en cualquier otra parte —dijo Benedict.

Le hablaba a Gilfoyle en el tono de siempre, pero algo no marchaba bien —quizá se había quedado un poco ronco luego de correr en el aire frío del alba—, pues Gilfoyle comentó en vez de ofrecerle un aumento:

—No se lo ve muy desenvuelto esta mañana, Benedict. No parece un hombre de esta casa.

—La Welchel Works me ha ofrecido... —dijo Benedict.

Gilfoyle golpeó el escritorio con la palma de la mano, fastidiado.

—¿Por qué no va entonces a la Welchel Works?

—Usted me necesita —dijo Benedict.

Adelantó la mandíbula como siempre, pero el fracaso del parque parecía haberlo afectado demasiado, y quizá no lo dijo como debía.

—No lo necesito —ladró Gilfoyle—. Salga de aquí antes que decida también que no lo aguanto.

—Usted... —dijo Benedict.

—¡Fuera!

—Síseñor.

Totalmente acobardado, Benedict salió retrocediendo de la oficina.

En el pasillo tropezó con Madeline.

—Acerca de ese adelante... —dijo ella.

—Ya, ya. Si me desocupo temprano...

—Esta noche no —replicó Madeline. Parecía advertir un cambio en Benedict—. Estaré bastante ocupada.

Benedict se sentía demasiado desanimado y no protestó.

De vuelta en su oficina, revisó una y otra vez sus cuentas. Llegó la hora del almuerzo y no se movió del sillón. Acariciaba distraíentemente el pisapapeles, una piedad atigrada que había comprado en días más prósperos, cuando se acordó de Ben. Por primera vez en muchas semanas pensó en el tigre, y sintió una nostalgia abrumadora e inesperada. Pasó miserablemente el resto de la tarde, sin atreverse a dejar la oficina an-

tes que el reloj dijese que era la hora. A tan pronto como pudo irse tomó un taxi —con cinco dólares que había encontrado en un cajón inferior del escritorio— pensando continuamente que por lo menos el tigre no lo abandonaría, que sería bueno sacarlo a pasear otra vez, que se consolaría corriendo con su viejo amigo por el parque.

Olvidando el ascensor, se lanzó escaleras arriba, y entró en la sala, deteniéndose sólo a encender una pequeña lámpara junto a la puerta.

—Ben —dijo, y se abrazó al cuello del tigre.

En seguida entró en el dormitorio y buscó el micrófono. Lo encontró en el ropero, bajo una pila de ropa sucia.

—Ben —susurró en el micrófono.

Pasó un tiempo antes que el tigre pudiera incorporarse. El ojo derecho le brillaba tan débilmente que Benedict apenas podía verlo. La luz del izquierdo se le había apagado. Cuando Benedict lo llamó desde la puerta, el tigre se adelantó lentamente. Al fin llegó junto a la lámpara, y Benedict vio que Ben movía apenas la cola, y que tenía los ojos cubiertos de polvo. La soberbia piel plateada del cuello era ahora amarillenta, y aquí y allí había sido devorada por la polilla. El tigre se acercó con un ruido de metal oxidado y apretó la cabeza contra las piernas de Benedict.

—Hola, compañero —le dijo Be-

nedict con un nudo en la garganta, y acariciándole el pelo, ralo ahora—. Eh, escucha. Apenas oscuridad daremos una vuelta por el parque. Un poco de aire fresco —dijo, y se le quebró la voz— y te sentirás como nuevo. —Benedict se sentó a esperar, con un desaliento que no estaba de acuerdo con sus palabras. El tigre se acercó, y Benedict tomó un cepillo de mango de plata y le repasó la animada pelambre. El pelo se desprendió en mechones, adhiriéndose a las cerdas suaves, y Benedict dejó el cepillo, enristricado.— Todo se arreglará, amigo —dijo palmeando la cabeza del tigre y dándole ánimo. En cierto momento los ojos de Ben reflejaron la luz de la lámpara y Benedict se dijo que ahora brillaban más.

—Es hora —dijo al fin—. Vamos, Ben.

Fue hacia la puerta, lentamente. El tigre lo siguió rechinando, y así iniciaron el doloroso viaje hacia el parque.

Poco después la tranquilizadora entrada de los jardines se alzó a lo lejos, y Benedict apuró el paso, convencido, de algún modo, de que el tigre recobraría las fuerzas tan pronto como entraran en el refugio del parque. Y así pareció al principio, pues la oscuridad sostenía delicadamente a Ben. Benedict se volvió hacia él, dijo: —Vamos —y el tigre se puso a trotar.

Benedict se alejó rápidamente algunos metros, diciéndose que el tigre le pisaba los talones, y al fin

se detuvo, comprendiendo que el tigre no lo alcanzaría nunca. Corrió entonces más lentamente, y el animal consiguió mantenerse a su lado; pero luego Benedict amonó el paso todavía más pues descubrió que el tigre movía las suaves patas en una parodia de carrera.

Al fin se sentó en un banco y llamó al tigre, agachando la cabeza para que él no viese que estaba a punto de echarse a llorar.

—Ben —dijo—, perdóname.

La cabezota de Ben lo embistió suavemente, y cuando Benedict se volvió, la débil luz del ojo sano le iluminó la cara. Ben comprendió aparentemente qué ocurría, pues le tocó una rodilla con la zarpa, y lo miró enternecido con el indomable ojo ciego. Luego arqueó el cuerpo, se estiró, imitando su vieja y poderosa gracia, y echó a correr hacia el lago artificial. Miró hacia atrás una vez, dando un saltito extra, como para mostrarle a Benedict que era el mismo de siempre, que no había

nada que perdonar, y saltó. El impulso fue espléndido, pero era demasiado tarde, el mecanismo había estado demasiado tiempo sin uso, y falló ahora, cuando Ben estaba ya en el aire, y el cuerpo orgulloso se endureció allá arriba, y cayó rígidamente en las aguas del lago.

Cuando se le aclaró la vista, Benedict fue hacia el lago secándose las lágrimas con los nudillos. En el agua flotaban unos pocos pelos, y polvo. Nada más. Ben había desaparecido. Pensativamente, Benedict sacó el micrófono del bolsillo y lo tiró al lago. Se quedó allí un rato, mirando, hasta que la luz desgarrada del alba atravesó el follaje, en busca de agua. Benedict no tenía prisa. Sabía que había perdido el empleo, aunque nadie se lo había dicho. Tendría que vender probablemente los trajes nuevos y los cepillos de plata, para pagar las deudas, pero no se preocupaba mucho. Parecía apropiado, ahora, que lo dejases sin nada.

Título original: Automatic tiger. Traducción de Alberto Yanasco.

En el próximo número...

cuatro clásicos de la ciencia-ficción: Ararat, de Zenna Henderson; El hombre que se casó con la hija de Maxill, de Ward Moore; Nacido de hombre y mujer, de Richard Matheson; Cántico por Leibowitz, de Walter M. Miller. En venta en kioscos y librerías el 15 de setiembre.

Poul Anderson nació en Bristol, Pennsylvania, en 1926, vive actualmente en la costa del Pacífico, estudió física en la Universidad de Minnesota, y es una autoridad en historia: medieval, moderna, y futura. La característica más evidente de sus relatos es la variedad: aventuras de capa y espada deliberadamente anacrónicas, sutiles estudios de carácter, parodias, sátiras, y tensas disecciones de los más urgentes problemas de nuestra época. El campamento cuenta la dramática aventura de unos pocos hombres enviados a la edad jurásica en busca de petróleo, amenazados por plesiosaurios y tiranosaurios, y atados de algún modo a la inestable sociedad del siglo veinte.

EL CAMPAMENTO

Poul Anderson

LLOVÍA OTRA VEZ. ERA UNA LLUVIA caliente y pesada que caía de un cielo oscuro, y el aire olía a ciénaga. Herries sólo veía las torres de los pozos a un kilómetro de distancia, a la luz resplandeciente de los proyectores, y sólo oía el murmullo de las bombas. Más allá gritó un brontosaurio, y un trueno cruzó la noche.

Las botas de Herries resonaron en el muelle de madera. Tenía las ropas empapadas de sudor, bajo el impermeable, y la lluvia le chorreaba del sombrero y le entraba en el cuello. Lanzó una maldición con una voz cansada y entró en la pasarela.

La luz de la cabina se filtraba entre las tablas empapadas. Her-

ries vio el cuello retorcido justo a tiempo, cuando se doblaba sobre la baranda y caía sobre él. Dio un salto atrás, buscando la carabina Magnum que le colgaba del hombro. El plesiosaurio seseó monstruosamente y sus aletas golpearon el agua, como cañonazos.

Herries se llevó el rifle al hombro y disparó. El largo cuello recibió la bala —en alguna parte— y la bestia aulló roncamente lastimándole los oídos a Herries.

En el embarcadero resonaron unas pisadas. Dos guardias llegaron junto a Herries y dispararon sus armas en el agua oscura. La puerta de la cabina se abrió de par en par y en el rectángulo

amarillo se recortó una figura con un rifle automático que tartamudeó como un idiota.

—¡Basta! —chilló Herries—. Suiciente. ¡Alto el fuego!

Durante unos instantes sólo se oyó la grave voz de la lluvia. Luego el brontosaurio mugió otra vez, lejos, y algo se agitó y gruñó en el agua.

—Se fue —dijo Herries—. O más probablemente sus colegas están dejándolo en los huesos. Huele a sangre. —Sintió que crecía en él una ira sorda, se volvió y tomó por la solapa al guardia más próximo.— ¿Cuántas veces le dije que cerca de cada pasarela tiene que haber un hombre con granadas?

—Sí, señor. Lo siento, señor. — Herries era un hombre corpulento, y el otro alzó hacia él una cara asustada, blanca a la pálida luz eléctrica.— Sólo había ido a...

—Su puesto está aquí —dijo Herries—. Nuestra presencia los atrae, y usted ya debía saberlo. Se han llevado dos hombres de este puente. Casi se llevan a otro esta noche... a mí. Tan pronto como sospeche algo, tira una granada al agua, ¿entiende? Otro error igual y está despedido... No.

—Herries se interrumpió, sonriendo sin humor.— Eso no sería un castigo, ¿no es cierto? Una semana a pan seco.

—Oiga, señor Herries —intervino el otro guardia—. Tenemos nuestros derechos. El sindicato...

—Su preciado sindicato está a un millón de años en el futuro

—ladró el ingeniero—. El trabajo es peligroso, estamos bajo la ley marcial, y puedo castigar a cualquiera que se salga de la línea. Muy bien, recuérdelo.

Se volvió y caminó pesadamente por el tablón hacia la cubierta de la barcaza. La excitación había terminado y habían cerrado otra vez la puerta de la cabina. Herries entró despojándose del impermeable.

Cuatro hombres jugaban al póker bajo una lámpara desnuda. En el brumoso aire del cuarto, pequeño y desordenado, flotaba humo de tabaco y niebla jurásica. Un quinto hombre estaba tirado en uno de los camastros, leyendo. Las paredes brillaban con coloreadas fotografías de mujeres.

Olson barajó los naipes alzando los ojos.

—Pronto es mi turno, jefe —dijo con una voz indiferente—. ¿Quiere sentarse?

—No ahora —dijo Herries. Sentía que el cansancio le distendía la cara, grande y cuadrada—. Estoy agotado. —Saludó con un movimiento de cabeza a Carver que había vuelto de un viaje de exploración al norte.— Perdimos otra torre hoy.

—¿Eh? —dijo Carver.— ¿Qué ocurrió esta vez?

—Parece que es la época de celo. —Herries encontró una silla, se sentó, y empezó a sacarse las botas.— Cómo distinguen entre una estación y otra, no lo sé; por la duración del día quizá. Pero de cualquier modo los brontosaurios

ya no nos tienen miedo. Están volviéndose locos. Galopan alrededor derribando cercas electrizadas y todo lo que encuentran. Han aplastado tres aparatos hasta hoy, y un hombre.

Carver alzó una ceja en aquella cara achocolatada que era casi una broma de mal gusto; los negros tenían aquí mejor aspecto que los otros. Un hombre blanco podía pasarse la vida entera al aire libre sin perder su color de masilla.

—¿No han tratado de dispararles? —preguntó.

—¿Alguna vez intentó matar un brontosaurio con un rifle? —gruñó Herries—. Podemos estropearlos un poco con una ametralladora calibre 50 o una bazuka, lo suficiente como para que decidan alejarse. Pero como son menos inteligentes que una gallina siguen en cualquier dirección, haciendo el mismo alboroto, y los mismos estragos. —La bota izquierda de Herries golpeó apagadamente el suelo.— He pedido un par de obuses atómicos, pero no hay aún autorización. ¡Autorización! —Herries hablaba con furia ahora.— ¡Quinientos seres humanos metidos en este mundo de pesadilla y hay que esperar autorización!

Olson empezó a dar cartas. Polansky le lanzó al hombre del camastro una ojeada fría.

—Usted es la clave, Symonds —dijo—. ¿Por qué diablos no les habla a los de la Compañía Petrolera Transtemporal?

—Tonterías —dijo Carver—. El benevolente y sabio gobierno de los Estados Unidos es lo que cuenta. ¿Qué dice, Symonds?

Nunca lograban alterarlo a Symonds; la cinta grabadora humana; el registro de la última línea oficial. Symonds dejó el libro a un lado y se sentó en el camastro. Herries notó que el volumen era de Marcus Aurelius, en latín.

Symonds miró a Carver a través de sus anteojos de armazón de acero y dijo en un tono fatigado:

—Soy sólo oficial de control y supervisor de abastecimientos. El señor Herries es el responsable de las operaciones.

Era un hombre pequeño y encogido, de fino pelo grisáceo sobre una delgada cara grisácea. Aun aquí llevaba corbata y camisa de cuello duro. Una de las cosas más insoportables en él era la larga nariz, que se le movía cada vez que hablaba.

—¡Responsable! —Herries le disparó al piso un hábil escupitajo.— Sí, dirijo las exploraciones y perforaciones, y hasta la cocina. ¿Pero quien maneja los papeles, los informes y recibos y pedidos? Usted. —Dejó caer la bota derecha.— No sé de que vale el título de jefe si no puedo defender a mis hombres.

Algo golpeó la barcaza del supervisor. El casco se estremeció y las tablas chillaron. Como no hubo ningún grito de alerta de los guardias, Herries ignoró el asunto. Alguna bestia acuática gigante. Y excepto los plesiosaurios y

los torpes e inocentes brontos, los grandes dinosaurios encontrados hasta ahora no eran muy peligrosos. Podían ponerle un pie encima a uno, distraídamente, pero eran casi todos pacíficos, y uno podía escaparse de los que no lo eran. Los culpables de la mayoría de las pérdidas eran los pequeños carnívoros, del tamaño de un hombre, de cráneos espinosos, que aparecían de pronto detrás de un matorral o un terraplén. Tenían una vida de reptiles, casi sin centro vital; aun mortalmente heridos por un rifle de caza mayor o una granada seguían luchando durante horas. Era el motivo que obligaba a los hombres a dormir en estas barcazas amarradas a la costa cenagosa, a lo largo del golfo que un día sería Oklahoma.

Symonds habló con su tensa voz ecética.

—Mandé su recomendación, por supuesto. La oficina de proyectos se la pasó a ellos.

—Seguro que sí —murmuró el joven Greenstein irreverentemente.

—Por favor, no me acusen —instó Symonds.

No sé. Herries lo miró fijamente. Symonds estaba de algún modo adentro. Era obvio. Un simple empleado no sería llamado a Washington para conferencias no especificadas, con gente no especificada, tan a menudo como Symonds. ¿Pero qué era entonces? ¿Un pariente favorecido? No... A pesar de los altos sueldos, la operación no era un regalo político.

¿FBI? Difícil. Los servicios de seguridad estaban todos ocupados en el futuro. ¿Un alquilon de la burocracia? Era lo más probable. Symonds estaba aquí para cuidar de que se extrajera el petróleo y que se mantuviesen alejados a los dinosaurios, y que la selva espantosamente fecunda no traspasara la cerca de acuerdo con la última coma de las últimas instrucciones de la oficina central.

—Ya se les explicó oficialmente —continuó el hombrecito— ellos necesitan las armas más pesadas. La situación internacional es crítica. Pueden dar gracias de encontrarse a salvo en el pasado.

—Calor, lagartos de tamaño económico, y ni una mujer en cien millones de años —gruñó Olson—. Preferiría saltar en pedazos. ¿A quién le toca jugar?

—A tí —dijo Polansky—. Dame dos cartas, y que sean buenas.

Herries se desnudó descubriendo un cuerpo ancho y velludo, fue hacia el fondo de la cabina y se metió en el cubículo de la ducha. Dejó la puerta abierta, para oír la conversación. Un jefe era siempre un hombre solitario. Quizá hubiera debido casarse, cuando había tenido la oportunidad. Pero entonces no estaría aquí. Excepto Symonds, que era viudo, y en todo caso más del gobierno que de la compañía, los hombres de la Transtemporal eran todos jóvenes solteros.

—Es bastante cómico eso de hablar de la situación internacional —señaló Carver—. Diablos, no ha-

brá situación internacional durante varios períodos geológicos.

—El efecto de inercia hace que la simultaneidad sea un concepto aproximadamente válido —declaró Symonds pedantemente. Su costumbre de dictar clase a hombres de ciencia e ingenieros no le habían ganado muchas simpatías. — Si pasamos un año en el pasado cuando volvemos a nuestro tiempo de origen ha transcurrido también un año. El proyector principal opera sólo en el punto de su propia existencia que...

—Oh, por favor —dijo Greenstein—. Yo también leí el manual de instrucciones. —Esperó a que todos tuviesen cartas, adelantó algunas fichas, y añadió—: Me hubiese gustado pasar mi tiempo un poco más cerca, digamos con Cleopatra.

—Imposible —dijo Symonds—. Otra vez el efecto de inercia. Para enviar un cuerpo al pasado, el proyector ha de acumular tanta energía que la mínima distancia-tiempo que puede cubrir es precisamente la que hemos cubierto nosotros: cien millones trescientos veintisiete mil etcétera de años.

—¿Pero por qué no saltar al futuro? No hay atascamiento de entropía en esa dirección. Es decir, supongamos que haya efecto de inercia ahí también, pero tendría que ser mucho más reducido, así que uno podría ir al futuro...

—...en saltos de cien años según el manual —adelantó Polansky.

—¿Por qué no van a mirar al siglo veintiuno? —preguntó Greenstein.

—Entiendo que eso es información secreta —dijo Symonds en un tono que parecía implicar que Greenstein había proferido alguna inimaginable obscenidad.

Herries sacó la cabeza de la ducha.

—Claro que es información secreta —dijo—. La rueda también lo sería, si pudiesen. Pero usen la cabeza y verán que el viaje al futuro no es práctico. Spongane que saltan cien años adelante. ¿Cómo vuelven para contar lo que han visto? El proyector los llevará cien millones de años atrás, menos el tiempo que han ido hacia adelante.

Symonds se hundió de nuevo en su libro. De algún modo daba la impresión de que se había quedado tieso de asombro al descubrir que los hombres seguían pensando luego que él pronunciara la frase tabú.

—Ah... sí, ya entiendo —asintió Greenstein.

Lo habían reclutado un mes atrás para reemplazar a un hombre que se había ahogado en una ciénaga oculta, cubierta de hierbas. Antes de eso, como casi todos los habitantes del mundo, no había imaginado que existiesen los viajes por el tiempo. Luego había estado muy ocupado, y no había podido estudiar las posibles implicaciones.

Para Herries era una vieja y gastada historia.

—Oí decir que enviaron una expedición cien millones de años adelante, para que pudiese volver a la misma semana de la partida —dijo—. No me pregunten qué descubrieron. Clasificación: secreto máximo. Informe destruido antes de ser leído.

—Bueno —dijo Polansky—, he estado pensando, también. ¿Por qué estamos aquí? Quiero decir, el petróleo es necesario para la defensa y todo eso, pero me parece que sería más cómodo para el ejército venir al pasado, cruzar el océano e instalarse donde van a estar las naciones enemigas. Luego reapareceríamos apuntándoles con un fusil a las cabezas.

—Buena teoría —dijo Herries—. Yo también lo soñé algunas veces.

Pero sólo hay un proyector principal. Y para construirlo se necesitaron casi todas las reservas mundiales de ciertos minerales raros. En fin, su capacidad es limitada. El envío de unidades militares al pasado sería una operación dificultosa y lenta. No soy agente del servicio secreto, y no estoy seguro de que ellos no sepan que hemos descubierto el viaje por el tiempo, pero Washington recibiría, probablemente, algún ultimátum: "Empiecen a mandar al pasado material de guerra, y responderemos con todas nuestras armas." Pero evidentemente el hecho de que nos pongamos a sacar petróleo de nuestro propio suelo, o de lo que será un día nuestro suelo, no puede parecerles un... *casus belli*.

—Así como no creemos que esa base satélite del siglo veinte sea tan peligrosa para nosotros —dijo Greenstein—, pero por eso seguramente aceptaron la neutralización de la luna. Hay que mantener el equilibrio de fuerzas.

—Me pregunto cuánto podrá durar —murmuró Polansky.

—No mucho —dijo Olson—. Lee tu manual de historia... Veo, Greenstein y subo dos más.

Herries dejó que el agua le corriera por el cuerpo. Por lo menos no había escasez de agua caliente. La Transtemporal había enviado toda una pila atómica. Pero la civilización y la guerra dependían todavía del petróleo, pensó, y el petróleo escaseaba allá terriblemente.

El tiempo, reflexionó, era algo paradójico. Los hombres de ciencia le habían dicho que era completamente rígido. Quizá —pero por supuesto, a nadie se le escaparía una palabra —los muchachos de capa y espada habían pensado en probar la teoría, intentando adelantarse a la revolución bolchevique retrocediendo en el pasado histórico. Podía hacerse, sospechaba Herries, aunque dando un rodeo que consumía fabulosas cantidades de energía. Sin embargo, ni el pasado ni el futuro podían cambiarse, sólo podían descubrirse. Algunos de los hombres de la Transtemporal habían descubierto la muerte un eón antes de nacer... Pero no hubiera habido escasez de petróleo en el futuro si la compañía no lo hu-

biese extraído del pasado. Un futuro que se causaba a sí mismo...

Materia primordial, el petróleo. La idea de Hoyle parecía acertada, no se había formado con la descomposición de los dinosaurios. Había estado presente desde el principio. Era la goma que había pegado los planetas.

Y ahora, pensó Herries, se le estaba pegando a él. Extendió la mano hacia el jabón.

La tierra giró lúgubramente, pasaron las horas, y la mañana se alzó sobre anchas aguas castañas. No había realmente día, tal como lo entendían los hombres; el cielo era una sabana plomiza, con nubes de lluvia de un sucio color negro que se deslizaban bajo las perennes capas de niebla.

Herries se levantó temprano, pues ese día llegaba un cargamento. Salió de la cabaña de los jefes y se quedó mirando un rato la barrosa bahía y los pocos kilómetros cuadrados de tierra desbrozada, frágiles construcciones y delgadas torres de perforación rodeadas por la cerca electrificada. La automatización reemplazaba a miles de trabajadores, de modo que quinientos hombres bastaban para manejarlo todo, pero el campamento no era más que un rasguño en aquel mundo y la jungla seguía siendo un terrorífico muro negro. Y no porque los árboles fuesen tan totalmente extraños... Además de la arcaica y grotesca vegetación de helechos y musgos de enorme tamaño, había

cidadáceas, pinos gigantes, y unos pocos prototipos de robles, sauces y abedules. Pero Herries añoraba las flores silvestres.

Un equipo de trabajadores reparaba con sus máquinas la cerca que el brontosaurio había destruido el día anterior, y el pozo que había estropeado, y eliminaba las irrupciones viciosamente persistentes de hierbas y lianas. En la tierra desnuda y roja un tractor arrastraba una hilera de vagones. Arriba zumbaba un helicóptero, en busca de dinosaurios. No había nada más en el aire. Hacía un tiempo había habido allí cerca un nido de pterodáctilos, pero los hombres lo habían eliminado en seguida.

Greenstein se unió a Herries. El nuevo asistente era alto, delgado, de rizado pelo castaño, y con la cara indefensa de la juventud. Se había puesto unas botas, y una camisa azul. Era una suerte de desafío a aquel mundo terrible.

—¿Fuma? —invitó.

—Gracias. —Herries aceptó el cigarrillo, con los ojos vueltos aún hacia las torres. Los móviles balancines subían y bajaban, subían y bajaban como en una cúpula indiferente. Quizá un hombre pudiese acostumbrarse a las húmedas florestas jurásicas y hasta quizá pudiese descubrir en ellas, eventualmente, alguna oscura belleza, pues por lo menos allí había vida; pero este campamento sería siempre algo espantoso, un sitio muerto donde se bombeaba la muerte de los hombres.

—¿Cómo van las cosas, Sam? —preguntó cuando el tabaco le suavizó el paladar.

—Muy bien —dijo Greenstein—. Estoy habituándome. Pero, Dios, es bueno saber que hoy llega correo.

Caminaron juntos hacia la estación transmisora. Las botas aplastaban el barro con un ruido líquido. Herries vio a sus pies unos penachos que no podían ser hierbas. Demasiado pálidos. Demasiado carnosos. La patrulla tendría que arrancarlos pronto o en una semana invadirían el campamento.

—Una amiga, supongo —dijo—. Un mes sin cartas es endemoniada mente largo, ¿eh?

Greenstein enrojeció y asintió gravemente.

—Nos casaremos cuando terminen mis dos años aquí —dijo.

—Los planes de casi todos. Sueldos ahorrados y valiosa experiencia. Sí, una vida sin problemas.

Herries tuvo ganas de añadir que la vida podía ser corta, pero calló.

Sintió su soledad de pronto. Nadie lo esperaba en el futuro. Era quizá mejor, se decía en las noches interminables. Bastante costaba dormir aun sin preocuparse por una mujer que vivía en la época de la bomba de cobalto.

—Tengo una fotografía aquí, si quiero verla —ofreció Greenstein tímidamente.

Ya se llevaba la mano a la cartera cuando una cansada sonrisa le torció la boca a Herries.

—Muy cerca del corazón, ¿eh? —murmuró.

Greenstein parpadeó, echó atrás la cabeza, y se rió. Era una risa divertida, una risa que se oía poco en el campamento. Le mostró a Herries la fotografía de una muchacha común, de rostro agradable.

Allá en el pantano algo ululó y se agitó.

Herries preguntó de pronto, impulsivamente:

—¿Qué opina usted de esta operación, Sam?

—¿Eh? Bueno, es un trabajo... interesante. Y todos son buenos muchachos.

—¿Aun Symonds?

—Oh, tiene buenas intenciones.

—Nos divertiríamos un poco más si no viviese con nosotros.

—No puede impedir ser... viejo —dijo Greenstein.

Herries le echó una ojeada al muchacho.

—Bueno —dijo—, usted es el primer hombre en el período jurásico que tiene unas palabras amables para Ephraim Symonds. Me parece bien. No digo que yo comparta sus sentimientos, pero me parece bien. —Las botas de Herries se adelantaron en el barro, cada vez más pesadas.— Todavía no contestó a mi primera pregunta —dijo al cabo de un rato—. No le pregunté si le gustaba el trabajo. Le pregunté qué le parecía. Qué propósito le encuentra usted a todo esto. Problemas que la ciencia ha planteado, planteará, durante siglos pueden resolverse

aquí. Y sin embargo, excepto un par de paleobiólogos incipientes, que no están autorizados a publicar sus descubrimientos, no hacemos otra cosa que saquear la tierra en una época en que ni siquiera nos había concebido.

Greenstein titubeó. Luego dijo, con una sorprendente sequedad:

—Está usted poniéndose demasiado psicoanalítico para mí, me parece.

Herries rió entre dientes. El día de pronto le pareció más vivo.

—*Touché*. Bueno, le daré otra forma a la pregunta de Polansky de anoche. ¿Le parece a usted que el equilibrio atómico de nuestra era, en el que esta operación tiene potencialmente cierta importancia, es estable?

Greenstein meditó un momento.

—No —admitió—. La política de disuasión es como un tapón de trapos, hasta que se encuentre algo mejor.

—Eso dijeron cuando empezó. Nada se ha hecho. Es improbable que se haga algo. Ole Olson describe la situación internacional como el choque de una irresistible fuerza del mal con un objeto inmoviblemente estúpido.

—A Ole le gustan las exageraciones —dijo Greenstein—. Pero dígame, ¿qué puede hacer nuestro bando?

—Ojalá yo tuviese una respuesta —suspiró Herries—. Perdón. Evitamos la política aquí, todo lo posible, somos evadidos, en muchos sentidos de la palabra. Pero

francamente, yo examino a mis nuevos hombres. Y esto es lo que he estado haciendo con usted. Porque a pesar de lo que cree Washington, para trabajar aquí se necesita algo más que inteligencia.

—¿Y yo pasé el examen? —preguntó Greenstein con fingida ligereza.

—Sí, señor. Con exceso. Quizá hubiese sido mejor que no lo pasara. Hoy lo importante aquí no es tolerar un "neutralismo privilegiado" o lo que sea allá el lema de moda. Hay algo más importante: conseguir el armamento que he estado pidiendo.

La estación transmisora se alzó ante ellos. Era una construcción de zinc acanalado, empuñecida por los tanques que brillaban detrás. Todos estaban llenos, sabía Herries. Hoy bombardearían el petróleo crudo al futuro. Es decir, si se quería ser exacto, el gigantesco proyector del siglo veinte, en contacto con la pequeña unidad temporal del campamento, "absorbería" el líquido. Y como compensación, ellos recibirían alimentos, herramientas, armas, suministros, y correspondencia. Herries rogó que hubiese al menos un obús... ¡Aquel senador de hacía unos meses!

Mientras contemplaba la desnuda fealdad de los tanques, las bombas y los cobertizos, Herries sintió de pronto la presencia del tiempo. Abandonarían el sitio algún día, cuando los pozos se agotarán, y la lluvia y la jungla de-

vorarían rápidamente los últimos rastros del hombre. Más tarde llegaría el mar, y luego asomaría otra vez la tierra firme, una pradera fría atravesada por vientos glaciales, y que luego se calentaría y... así durante años hasta que inventaran el proyector principal y la gran máquina se alzase en este mismo sitio. ¿Y luego? Herries no quiso pensar en lo que vendría luego.

Symonds ya estaba allí. Había salido del edificio como un conejo de un sombrero, con unos papeles en código en una mano y un lápiz detrás de la oreja.

—Buenos días, señor Herries —dijo, con el tono habitual en él, de tesa superioridad.

—Buenos días. ¿Todo listo?

Herries entró en el depósito. Una nueva ráfaga de lluvia cayó ruidosamente sobre el techo de zinc. Los técnicos estaban en sus puestos. Afuera, uno a uno, llegaron los otros hombres. Era día de correo, y ya no se trabajaría mucho.

Herries dejó la saca de cartas al futuro en el lugar indicado. Su cronómetro indicaba que faltaba un minuto.

—¡Háganse a un lado! —dijo.

En el momento preciso se oyó un débil silbido y un oscuro resplandor latió en el aire. Los medidores se animaron. Las bombas comenzaron a golpear trayendo petróleo crudo al extremo abierto de un oleoducto que terminaba en el cobertizo. Herries no vio que saliera nada. Bien. Todo en

orden. El otro extremo del oleoducto estaba en el futuro, a cien millones de años. La saca de correspondencia se desvaneció con un leve ruido sordo, y el aire se precipitó a ocupar su sitio. Herries salió.

—Eh... perdón.

Herries se volvió bruscamente. Estaba cada vez más nervioso.

—¿Sí? —gruñó.

—¿Puedo hablarle un momento? —preguntó Symonds—. ¿A solas?

Y detrás de los cristales los ojos pálidos dijeron que no era un pedido sino una orden.

Herries asintió cortésmente con un movimiento de cabeza, les lanzó un juramento a los hombres que andaban por ahí ociosos cuando aún faltaban horas para que llegase la carga de vuelta, y fue hacia un porche que se abría a un lado de la estación transmisora. Había algunos taburetes allí. Symonds se remangó los kakis como si fuesen los pantalones de un traje de calle y se sentó cuidadosamente con las manos en las rodillas.

—Hoy esperamos un cargamento especial —dijo—. No estoy autorizado a informar hasta último momento.

Herries torció la boca.

—Vaya y dígame a los servicios de seguridad que el Kremlin no será construido hasta dentro de cien millones de años. Quizá no se enteraron aún.

—Lo que nadie sabe no puede ponerse en una carta.

—Censuran la correspondencia, de cualquier modo. Nuestros amigos y parientes piensan que estamos trabajando en algún lugar de Asia. —Herries escupió en el barro y dijo:— Y dentro de un año el primer contingente será repatriado. ¿Piensan fusilarlos a medida que vayan saliendo, así no podrán hablar en sueños?

Symonds parecía demasiado falto de humor aun para reconocer el sarcasmo. Frunció los labios y declaró:

—Habrá que guardar algunos secretos, un mes solamente, pero en ese período hay que guardarlos.

—Muy bien. Muy bien. Oigame lo de hoy.

—No estoy autorizado a decirse lo. Pero la mitad aproximadamente del cargamento vendrá marcado "secreto máximo". Los cajones quedarán en el cobertizo, vigilados día y noche por hombres armados. —Symonds sacó del bolsillo un trozo de papel.— La misión estará a cargo de estos hombres, ocho horas por semana cada uno.

Herries echó una ojeada a la lista.

—Valientes, discretos, y suscritores de la *National Review* —murmuró—. Los mimados del maestro. Muy bien. Tendré que reducir las exploraciones. O sacar a algunos guardias de sus puestos y sacrificar unas pocas vidas.

—Me parece que no. Déjeme continuar. Recibirá usted estas órdenes en el correo de hoy, pero

quiero prepararlo. Se construirá un cobertizo especial para esta carga, tan rápidamente como sea posible, y se la llevará allí inmediatamente. Tengo las características en la caja fuerte de mi oficina. Esencialmente, ha de tener aire acondicionado, y ha de ser seguro y bastante fuerte para resistir los azares naturales.

—¡Eh! —Herries dio un paso adelante.— Eso exige cemento armado y...

—Se proveerán los materiales —dijo Symonds sin apartar los ojos de la jungla que se alzaba al otro lado del nublado y lluvioso campamento. Tenía una cara sin expresión, y el reflejo de la luz sobre los anteojos le daba un raro aspecto de ciego.

—¡En nombre de Judas! —Herries arrojó su cigarrillo al suelo, donde desapareció en el agua y el barro. Sintió que el calor lo envolvía como una manta.— Cómo diablos podré ampliar esta operación si...

—Habrá un alto temporario —interrumpió Symonds—. Se mantendrán simplemente los trabajos comunes con unos pocos trabajadores. La mayoría pasará a trabajos de construcción.

—¿Qué?

—La cerca del campamento será extendida y reforzada. Se construirán nuevos almacenes para los materiales que llegarán pronto. Necesitaremos también más barcas para otros quinientos hombres. Esto significa por supuesto más enfermerías, cuarto de re-

creo, comedores, lavanderías y otras comodidades.

Herries, estupefacto, miraba a Symonds. Unos relámpagos pálidos brillaban en el cielo.

Lo peor era que Symonds ni siquiera se molestaba en mostrarse arrogante. Hablaba como un maestro de escuela.

—Oh, no —murmuró Herries al cabo de un rato—. No irán a instalar esa base militar jurásica.

—Los propósitos del plan son secretos.

—Sí. Claro. Secreto. Arriba, ciudadanos de la democracia y poned vuestros votos en asuntos secretos, que vuestros jefes con nombres secretos y funciones secretas... Libre. Derecho. Al. Voto. De. Miércoles. —Herries tragó saliva. Sintió vagamente que apretaba los puños.— Iré allá —dijo—. Iré a protestar personalmente a Washington.

—No está permitido —dijo Symonds en un tono seco y cortante—. Lea su contrato. Se encuentra usted sujeto a la ley marcial. Por supuesto —concluyó con una voz que no era más suave ni más dura—, puede presentar un pedido por escrito.

Herries se quedó quieto un momento. Del otro lado de la cerca había una draga arruinada y abandonada. Las lianas la habían tapado casi del todo, y ahora vivían allí unos pequeños marsupiales. Quizá eran sus propios remotos antecesores. Un día tomaría un 22 y acabaría con ellos a tiros.

—No se me permite saber nada —dijo al fin—. ¿Pero se me permite al menos ser curioso? Quinientos hombres más no es mucho. Supongo que con unos pocos aeroplanos y lo demás un millar de nosotros podríamos sembrar bombas atómicas en los emplazamientos de las futuras ciudades enemigas. ¿O no? No podríamos localizarlas sin estudios astronómicos, y aquí está siempre nublado. Sí, las armas de destrucción masiva serían algo más práctico. Unas pocas bombas de cobalto, por ejemplo. Pero hay cohetes para esas bombas en el siglo veinte. Entonces... no sé.

—Lo sabrá a su debido tiempo —respondió Symonds—. Por el momento el gobierno tiene ciertas necesidades militares.

—¡Ja! —dijo Herries, cruzándose de brazos y apoyándose en el poste que sostenía el porche. El poste se movió un poco... Trabajo falso, mundo falso, destino falso.— ¡Militares! Me gustaría que uno de esos parásitos de ojos de camarón se pasara aquí una semana con sus papeles secretos y un hermoso brontosaurio. Pero me mandaría probablemente a ese senador de cabeza de tocino que se paseó por aquí dos días investigando las posibilidades de poner una chacra. ¡Una chacra!

—El senador Wien es de un Estado agrícola, y le interesa...

... que nadie se ponga aquí a producir alimentos y bajen los precios en casa permitiendo que algunos no se mueran de hambre.

Sí. Nos costó por lo menos mil horas de trabajo probar este suelo y decirle sí, con la maquinaria apropiada aquí se podría cultivar algo. Por supuesto, quizá soy injusto con él. El senador Wien pertenece también a la comisión de asuntos militares, ¿no? Quizá nos visitó como tal, y pronto nos dirán que preparemos el jardincito de la victoria.

—Le advierto que ese lenguaje es casi subversivo —dijo Symonds arrugando la boca—. El senador Wien es un famoso estadista.

La cara del legislador asomó un momento en la memoria de Herries. Era la cara más vieja y más cansada que hubiera visto nunca. Algo se había consumido en aquel hombre que durante una década había luchado por una paz honorable. El conocimiento de que no había paz y de que no podría haberla había sido para él una especie de muerte. El senador había abandonado la lucha por un mundo unido para dedicarse a armar a los suyos. Brevemente, y ya sin ira, Herries compadecía al senador Wien. Y al presidente, y al vicepresidente, y al secretario de Estado. Matar dinosaurios era más fácil.

Hasta compadecía a Symonds. Le preguntó si el pedido del arma atómica había sido autorizado al fin.

—No, por supuesto que no —respondió Symonds.

Herries lanzó un escupitajo a los pies del funcionario y se alejó en la lluvia.

Luego de haber recibido el campamento, y haber dispuesto las guardias, Herries despidió a sus hombres. Hubo algunos murmullos intranquilos a propósito de la anomalía de lo que había llegado, pero después de todo aquel era día de correo, y no meditaron mucho en el asunto. Herries no anunciaría las nuevas órdenes hasta el día siguiente. Tomó las revistas y periódicos a los que estaba suscrito (nadie de allá arriba mostraba interés "ahora" en escribirle, aunque sus padres habían existido en una sección de espacio-tiempo que había concluido sólo un año antes que él tomara este trabajo), y fue hacia la barcaza mayor para leer un poco.

El siglo veinte tenía peor aspecto que el mes anterior. Las naciones sentían el cosquilleo del orgullo y no encontraban modo de retroceder. La guerra de Medio Oriente estaba tomando un curso decisivo, que no convenía a ninguna de las grandes potencias. Herries se preguntó si no estaría condenado a quedarse en el juráico. Una sola explosión podía destruir el proyector principal. Quinientos hombres, sin mujeres, en un mundo de reptiles... Prefería el futuro, aun con bombas de cobalto.

Luego del almuerzo hubo en el campeonato una tranquila atmósfera de domingo. Los hombres se quedaron echados en sus camas, leyendo sus cartas una y otra vez. Herries fue a mirar las máquinas, la cocina, la enfermería.

—Creo que podremos dar de alta a O'Connor mañana —dijo el doctor Yamaguchi—. Ya puede hacer trabajos livianos con ese brazo. La próxima vez dígame que no se acerque a la excavadora.

—¿Qué clase de enfermos ha habido últimamente? —preguntó el jefe.

Yamaguchi se encogió de hombros.

—Lo común, nada importante. Nunca hubiera pensado que estos pantanos pudiesen ser tan saludables. Imagino que los gérmenes de los mamíferos placentarios no han aparecido aún.

Cuando Herries dejaba la enfermería se le acercó el padre González, uno de los tres capellanes del campamento.

—¿Puede concederme un minuto?

—Naturalmente, padre. ¿Qué pasa?

—Quisiera organizar algunos equipos de béisbol. Necesitamos más distracción. Este mundo no es para los hombres.

—El matasanos me estaba diciendo...

—Sí, ya sé. Nada de gripes, nada de malaria. Sí. Pero un hombre no es sólo cuerpo.

—No estoy seguro a veces —dijo Herries—. He visto los últimos titulares. Los dinosaurios tienen más sentido común que nosotros.

—¿Qué no podríamos hacer? —dijo el padre González—. En este momento, quiero decir en el siglo veinte, estamos haciendo magníficamente el mal. Podríamos

hacer el bien, si se nos diese la oportunidad.

—¿Y quién nos la niega? —preguntó Herries—. Sólo nosotros mismos. El *Homo Sapiens*. Así que me pregunto si seremos realmente capaces de hacer el bien.

—No confunda el pecado con la condenación —dijo el sacerdote—. Quizá nuestros éxitos no han sido afortunados. Y sin embargo, aun nuestras más amenazadoras hazañas tienen algo de sublime. El proyector temporal por ejemplo. Si las mentes que modelan de ese modo el metal emplearan la misma inteligencia en resolver los problemas humanos, ¿qué no ocurriría?

—Pero ese es justamente mi argumento —dijo Herries—. No hacemos las cosas mejores. Hacemos cosas triviales y malvadas, tan consistentemente que me pregunto si no será esa la naturaleza humana. Hasta este de los viajes por el tiempo... Pienso a veces que hay aquí algo de fundamentalmente erróneo. Un invento que sólo una mente poco madura pudo haber ideado primero.

—¿Primeró?

Herries alzó los ojos hacia el cielo humeante. Un viento maloliente le rozó la cara.

—Hay estrellas sobre esas nubes —dijo—, y la mayor parte de las estrellas han de tener planetas. No sé cómo funciona el proyector, pero un cálculo diferencial elemental demostraría en seguida que viajar al pasado es lo mismo que alcanzar momentánea-

mente una velocidad infinita. En otras palabras, la ley natural básica en que se funda el proyector va más allá, de algún modo, de la teoría de la relatividad. Si un proyector temporal es posible, también lo es una nave del espacio capaz de llegar a las estrellas en pocos días, quizá en minutos o segundos. Si fuésemos gente cuerda; padre, no nos hubiésemos preocupado tanto por un poco de gaza orgánica, y la pequeña ventaja militar que eso supone, hasta el extremo de venir al pasado muerto a buscarla. No, hubiésemos inventado esa nave del espacio primero, y hubiésemos ido a las estrellas, donde hay sitio para todos. El proyector de tiempo hubiese venido luego, como una herramienta de investigación científica —Herries calló, embarazado, y trató torpemente de sonreír.— Lo siento. Los sermones son más su especialidad que la mía.

—Era interesante —dijo el padre González—. Pero usted piensa demasiado. Como casi todos estos hombres, por otra parte. Aunque no están muy atados al futuro, y fue bueno tenerlo en cuenta al elegirlos, son todos de una inteligencia poco común, y saben lo que pueden esperar del futuro. Me gustaría quitarles esa preocupación. Si tuviésemos más comodidades para deportes...

—Seguro. Ya veré qué puedo hacer.

—Por supuesto —dijo el sacerdote—, el problema es principalmente filosófico. No se ría. Usted

también se estuvo metiendo en filosofías, y seguramente se considera usted un hombre común, de poca imaginación. Quizá no hayan leído ustedes a Aristóteles, pero son gente que piensa, de algún modo. Mi creencia personal es que esta herejía de un tiempo fijo, rígido, es la fuente de todas nuestras tristezas, aunque ustedes mismos no lo sepan quizá.

—¿Herejía? —El ingeniero alzó unas pobladas cejas rubias.— Ha sido probado. Es la base de la teoría que ayudó a construir el proyector, creo. ¿Cómo podríamos estar aquí si el mesozoico no fuese tan real como el cenozoico? Pero si los tiempos coexisten, entonces tienen que ser fijos, inalterables, pues todo instante es el pasado inmutable de algún otro instante.

—Quizá sea así, desde el punto de vista de Dios —dijo el padre González—. Pero somos hombres mortales. Y tenemos un libre albedrío. El concepto de tiempo fijo no conduce necesariamente al fatalismo. Al fin y al cabo, la libre voluntad de Herries es un eslabón de esa cadena causal. Sospecho que este fatalismo irracional es una de las razones por las que el siglo veinte está suicidándose. Si pensamos que el futuro es inmutable, si todos nuestros actos están predeterminados, ¿qué importa lo que hagamos? ¿Para qué pensar y luchar por una respuesta y querer que otros la acepten? Si creyésemos realmente en nosotros mismos, buscaríamos una solución, y la encontraríamos.

—Quizá —dijo Herries, incómodo—. Bueno, deme una lista de los equipos que necesita y haremos el pedido en el próximo correo.

Mientras se alejaba se preguntó si habría realmente un próximo correo.

Cuando pasaba por la sala de entretenimientos, notó que en la puerta había un pequeño grupo y se acercó a ver qué ocurría. No podía permitir que los hombres se reuniesen a intercambiar temores y dudas, o toda la operación estaría amenazada. En simples palabras, se dijo a sí mismo con creciente y amarga sinceridad, *no puedo permitir que piensen*.

Pero los sonidos que llegaron a él bajo el sutil y extraño murmullo de las hojas de la floresta y el del trueno, fueron sólo los de una guitarra. Las cuerdas bailaban bajo dedos expertos, y una voz joven entonó:

—Mucho fui por el mundo, más de un millar de kilómetros, pero una vaca lechera ensillada nunca había visto hasta hoy...

Mirando por encima de algunos hombros, Herries descubrió a Greenstein que tocaba y cantaba sentado en un banco. Los oyentes reían entre dientes. Risas mercedas; el chico cantaba bien. A Herries le hubiese gustado descansar y disfrutar de la música, pero lo primero que se le ocurría pensar era que aquellos hombres estaban contentos, que no pensaban en las ciénagas y en la guerra.

La canción terminó. Greenstein se puso de pie.

—Hola, jefe —dijo.

Unas caras de contornos duros, cortidas por el viento, se volvieron hacia Herries y un murmullo de bienvenida pasó de boca en boca. Los hombres lo querían bastante, lo sabía, hasta donde puede quererse a un jefe. Pero no era demasiado. Un jefe puede inspirar confianza, lealtad, lo que se quiera, pero no puede ser querido como un ser humano, o no es un jefe.

—Muy bien —dijo Herries—. No sabía que usted tocaba.

—No traje la guitarra conmigo porque no sabía a dónde iba —contestó Greenstein—. La pedí a casa y llegó hoy.

—Tendrías que estar en el comité de recreo —dijo un hombre musculoso de pelo corto.

Herries reconoció a Worth, uno de los patriotas profesionales que iban a vigilar los cajones de Symonds. Un hombre no muy insoportable realmente, cuando uno aprendía a ignorar sus bastante tediosas opiniones.

Greenstein dejó escapar una palabra poco delicada.

—Estoy cansado de comités. Parece que no podemos perder la costumbre de que nos arreen. Todos en el siglo veinte hacen lo mismo. Como si no pudiésemos divertirnos un rato sin comités.

Worth pareció ofendido, pero no replicó. Comenzó a llover otra vez, un poco.

—Vamos —dijo Joe Ala de Aguila.— No nos tomemos tan en serio. ¿Otra canción?

—No bajo la lluvia.

Greenstein metió la guitarra en la caja. El grupo empezó a disolverse; algunos entraron en la sala, otros se alejaron hacia las barcasas.

Herries se demoró, con pocas ganas de quedarse solo.

—Acerca de ese comité —dijo—. Habría que pensarlo. Lo que usted dice quizás sea cierto, pero estamos en una situación particular. Si no les dice a los muchachos: "Ahora hay que estar contentos" nunca lo estarán.

Greenstein frunció el ceño.

—¿Quizás. ¿Pero a nadie se le ocurrió intentar otra cosa? ¿Olvidar los viejos hábitos?

—No puede hacerlo en el cuadro de una sociedad en decadencia —dijo Herries—. ¿Y cómo va a salirse usted del cuadro?

Greenstein lo miró largamente. —¿Cómo diablos consiguió este empleo? —preguntó—. Si los de arriba lo oyeran... No lo aceptarían ni como pinche de cocina.

Herries se encogió de hombros. —El totalitarismo me ha gustado siempre menos que eso que llaman democracia. Me metieron en un par de guerras menores y... No importa. Posiblemente no me darían el puesto si yo lo pidiera ahora. Llevo aquí más de un año, y eso me ha cambiado un poco.

—Era inevitable —dijo Greenstein echándole una ojeada a la jungla.

—¿Cómo andan las cosas en casa? —dijo Herries, cambiando de tema.

El muchacho sonrió.

—Oh, muy bien —dijo—. Miriam, mi muchacha, bueno, es una artista, y la han contratado para... .

El altoparlante tosió y trompeteó a través del campamento y la lluvia que ahora arreciaba.

—Atención. Helicóptero a tierra. Atención. Gran dinosaurio bípedo se acerca en dirección noreste.

Herries lanzó una maldición y echó a correr. Greenstein lo siguió, chapoteando.

—¿Qué pasa? —llamó.

—No sé todavía... pero tiene que ser... un carnívoro... realmente grande.

Herries llegó al cuartel central y abrió la puerta de par en par. Junto a su escritorio había un panel de palancas. Golpeó una con la palma de la mano y la voz de la sirena se alzó en el campamento.

—No sé qué interés podemos tener para ese bípedo, a no ser que haya oído la sangre de la bestia que matamos ayer. Los carnívoros más pequeños no son peligrosos. La cerca electrificada los mantiene apartados. Pero a un dinosaurio no creo que le haga otra cosa que enfurecerlo. Sígame.

Cuando Herries y Greenstein salieron, los jeeps ya dejaban los cobertizos. El barro saltaba bajo las ruedas, y caía de los guardabarros. La lluvia creció, hasta ocultar la floresta más allá de la cerca. La tierra humeaba. El helicóptero volaba sobre las torres co-

mo el esqueleto de un buitre que otea un ejército de esqueletos, y en el aire oscuro chillaban las sirenas de alarma.

—¿Sabe manejar esas carretillas? —preguntó Herries.

—Lo hice en el ejército —dijo Greenstein.

—Bueno, iremos en el de adelante. Lo principal es detener a esa criatura antes que se meta entre los pozos.

Herries tiró de la portezuela derecha y se dejó caer en los empapados cojines de material plástico. Sobre la capota del jeep habían montado una ametralladora calibre 50, y en el tablero colgaba un micrófono. Greenstein arrojó, seguido por otros cinco jeeps. El resto de los hombres —hormigas ridículas en esos anchos y mojados espacios— corrió con sus armas a defender las instalaciones vitales.

Alzaron la barrera del norte y los coches chapotearon más allá de la cerca. Había allí una cinta de tierra desnuda de varios metros de ancho. Luego se alzaba el muro de la jungla, negro, castaño, anaranjado, verde y amarillo. Aquí y allí, a lo largo de la cerca, asomaba en el barro un hueso brillante: algún animal electrocutado o muerto por un guardia. Era raro, recordó Herries no muy a propósito, que esos cadáveres atrajeran a bastantes insectos como para que los limpiaran en menos de un día, pero que fuesen en cambio ignorados por los desagradables dinosaurios carnívoros,

del tamaño de un hombre, que merodeaban escurriéndose por las cercanías. A los reptiles no les interesaba la carroña. Sin embargo, seguían el olor de la sangre.

—Más al este —dijo la radio del helicóptero—. Ahí. Paren. Frente a los árboles. Aparecerá en un minuto. Buena suerte, jefe. La próxima vez deme algunas bombas y yo mismo acabaré con el bicho.

—Nada de armas pesadas, dicen. —Herries se pasó la lengua por los labios resecos. El corazón le latía pesadamente. Nadie había enfrentado antes un tiranosaurio.

Los jeeps se pusieron en fila y durante un momento sólo se movieron los limpiaparabrisas. Luego la maleza cedió, y el monstruo apareció ante ellos.

Era realmente un tiranosaurio, pensó Herries confusamente. Un pariente cercano por lo menos. Se acercó tambaleándose con ese peso excesivo, esa torpe tesitura de que habían hablado los paleontólogos, y que según algunos indicaba que había sido una especie de hiena gigantesca, devoradora de carroña. Habían olvidado que como la serpiente o el cocodrilo del cenozoico era demasiado poco inteligente para reconocer un posible alimento en la carne muerta, que los brontosaurios de que se alimentaba eran todavía más estúpidos, y que sus largos pasos podían llevarlo por la tierra desnuda con bastante rapidez.

Herries vio una rígida cabeza a más de cinco metros de altura, y una cola de quince metros.

Unas escamas de un color gris acerado, inapropiadamente hermosas, brillaban en la lluvia, que caía en pequeñas cascadas por los flancos y el retorcido pescuezo y las diminutas e inútiles patas delanteras. El animal avanzó sacudiendo el pesado vientre con cada paso, y entrechocando los dientes en un involuntario reflejo. Cada vez que dejaba caer una pata erizada de garras, el suelo se estremeaba con el peso de las toneladas de carne. La bestia no prestó atención a los jeeps, y fue hacia la cerca con movimientos bruscos. La mera inercia la llevaría del otro lado de los alambres.

—¡Córtele el paso, Sam! —aulló el ingeniero.

Tomó la ametralladora, apretó los dientes, y disparó. La línea de balas abrió una grieta sangrienta a lo largo del vientre blanco. El tiranosaurio se detuvo, balanceando la cabeza a un lado y a otro, y lanzó un rugido hueco y entrecortado. Greenstein acercó el jeep.

Los otros atacaron por los costados. La línea de fuego atravesó la cola de lagarto y las patas de pájaro. Una granada estalló sordamente sobre el muslo derecho, abriendo un cráter en la carne, como una úlcera roja. El tiranosaurio giró lentamente hacia uno de los coches. El jeep lo esquivó.

—¡Acérquense! —gritó Herries. Greenstein se precipitó hacia adelante a través de una fuente de barro. Herries se permitió unaojeada. El muchacho sonreía mos-

trando los dientes. Bueno, sería algo para contarle a los nietos.

El jeep pasó junto al tiranosaurio, resbaló en dos ruedas, y fue alcanzado por un martillazo de lluvia. El reptil se detuvo. Herries disparó otra vez. El monstruo que se alzaba allí balanceándose un poco, rugiendo y sangrando, no era enteramente real. Esto ha ocurrido cien millones de años atrás, pensó Herries. La lluvia siseó sobre el caño caliente de la ametralladora.

—De los costados otra vez —gritó Herries en el micrófono—. El dos y el tres a la derecha. Cuatro y cinco a la izquierda. El seis detrás, y que plante una granada en la base de la cola.

El tiranosaurio inició otra torpe media vuelta. Debajo el agua era roja.

—¡Apúntenle a los ojos! —aulló Greenstein, y volvió el jeep hacia el perfil del animal.

La granada estalló debajo de la cola. Con una repentina e increíble rapidez el tiranosaurio dio media vuelta. Herries vislumbró un instante la cola que se alzaba como una serpiente, y luego golpeaba. Alzó un brazo protegiéndose la cara de la lluvia de vidrios del parabrisas. Luego el metal del jeep cedió, y aunque el ruido no fue muy grande Herries lo sintió en todo el cuerpo. El jeep siguió avanzando. Herries se arrojó instintivamente al piso. Sintió el impacto terrible del coche contra la pata izquierda del tiranosaurio, que se elevó en el

aire. Abrió los ojos y vio el monstruoso talón que llenaba el cielo, y descendía. La capota se hundió, y el motor fue arrancado del chasis.

Luego el tiranosaurio continuó su marcha. Herries se arrastró hasta el asiento, doblado en un ángulo raro.

—San —llamó—. Sam. Sam.

La cabeza de Greenstein era materia cerebral y esquilas, con media mandíbula inferior en las rodillas. Un globo ocular miraba a Herries desde el asiento.

Herries se puso de pie. Vio la ametralladora destrozada en el barro. A cien metros, a orillas de la jungla, el tiranosaurio luchaba con los jeeps. La bestia arremetía torpemente, y el coro de jeeps lo esquivaba escupiando, y mordisqueando. Herries pensó confusamente, remotamente: *Esto no puede seguir así. Un hombre muere con facilidad. Un coletazo y todas sus canciones son unos restos rojos bajo la lluvia. Pero un reptil muere difícilmente, pues está menos vivo. No veo el fin de esta lucha.*

El jeep número cuatro corrió adelantándose. Un hombre saltó a tierra y retrocedió. —Párate, idiota —murmuró Herries en un micrófono muerto—. Párate, idiota.— El hombre se metió entre las patas traseras. Se movía pesadamente con las botas embarradas, pero tenía una rapidez increíble y hermosa bajo aquella masa traqueteante. Herries reconoció a Worth. Llevaba una granada en

la mano. Sacó la espiga y esquivó las garras un momento. El vientre fofo y ensangrentado era como una bóveda sobre su cabeza. Las mandíbulas buscaban ciega-mente allá arriba.

Worth tiró la granada y corrió. La granada explotó contra el vientre del tiranosaurio. El monstruo gritó. Una pata subió y bajó. El talón rozó apenas a Worth, pero el hombre rodó por el suelo, cayó entre los matorrales a tres metros de distancia, y trató inútilmente de levantarse.

El tiranosaurio se alejó tambaleándose, desparramando entrañas. Sus gritos tenían algo de horriblemente humano. Alguien se detuvo y recogió a Worth. Otro se acercó a Herries y le dijo algo rápidamente. El tiranosaurio tropezó con unos metros de intestino, cayó lentamente, y forcejeó, enredándose.

Aun entonces costó matarlo. Los coches lo acometieron durante media hora; el animal tendido en el suelo respondía con coletazos y siseos. Herries no estaba seguro de que hubiese muerto cuando él y sus hombres decidieron alejarse. Pero los insectos habían comenzado su trabajo hacía tiempo, y algunos de los huesos ya estaban limpios y blancos.

El teléfono chilló en el escritorio. Herries tomó el aparato.

—¿SÍ?

—Yamaguchi en la enfermería —dijo la voz—. Pensé que quería saber algo de Worth.

—¿Bien?

—Vertebra lumbar fracturada. Vivirá, y no habrá parálisis probablemente, pero tendrá que volver para el tratamiento.

—Y lo tendrán comunicado un año, hasta que el contrato termine. No sé qué clase de patriota será en ese entonces.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Puede esperar hasta mañana? Todo está tan desorganizado. No es momento de activar el proyecto.

—Oh, sí. Le di un sedante de todos modos. —Yamaguchi hizo una pausa.— Y el hombre que murió...

—Sí. Lo embarcaremos mañana también. El gobierno proveerá un lindo ataúd. La muchacha sabrá apreciarlo.

—¿Se siente bien? —preguntó Yamaguchi secamente.

Herries tomó otro trago de whiskey. Había oscurecido y ya casi no veía la botella.

—Como de cualquier modo el patriotismo... en el futuro quiere decir... en nuestro hogar, dulce hogar... como el patriotismo es necesariamente aliado de la necrofilia, y se espera que el leal ciudadano se regocije cada vez que el gobierno consigue un nuevo aparato para la producción en masa de cadáveres, estoy seguro de que a esa muchacha le gustará tener un lindo ataúd. Mucho más lindo que un simple marido. Un ataúd seguramente enchapado en cromo.

—Un momento...

—Con alas de plata.

—Oiga —dijo el doctor—, parece usted un caso de neurosis de guerra. Sé que tuvo un shock hoy. Venga a verme y le daré un tranquilizador.

—Gracias —dijo Herries—. Ya tengo uno. —Tomó otro sorbo y trató de hablar en un tono firme.— Los mandaremos mañana a la mañana entonces. No me moleste ahora. Estoy escribiendo una carta para explicarle al gran padre blanco que esto no habría ocurrido si nos hubiesen mandado un hediondo obús atómico. No porque espere sacar algo en limpio. Las normas dicen que aquí no podemos tener armas pesadas, ¿y quién ha oído hablar de hechos que alteren las normas? Caramba, los hechos pueden ser antipatrióticos.

Herries colgó el tubo, puso la botella en su regazo y los pies en el escritorio, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando por la ventana. La oscuridad entraba solapadamente en el campamento, como un humo. Había dejado de llover, y la luz amarilla de los faros y las ventanas se quebraba en los charcos, pero la noche era tan negra que aislaba las luces. No había nadie en las oficinas a esta hora. Herries no había encendido la lámpara.

Al diablo con todo, pensó. Al diablo con todo.

La punta del cigarrillo se estremeaba pálidamente con cada bocanada, como una pequeña estrella moribunda. Pero el humo no

—¿Por qué? —preguntó Herries.

—¿Por qué? Porque, porque...

—Ya sé. Porque Washington lo

sabía bien en la oscuridad. ¿O había brindado tantas veces por los hombres muertos que se le había entumecido la lengua? No podía saberlo, y no importaba mucho.

El teléfono chilló otra vez. Herries tanteó en la oscuridad y alzó el tubo.

—Jefe de operaciones —dijo con humor—. Váyase al diablo, sea quien sea.

—¿Qué? —La voz de Symonds sonó un poco desafinada.— He estado buscándolo. ¿Qué está haciendo ahí tan tarde?

—A ver si acierta. ¿Jugando a las cartas? No. ¿Un sordido romance con una señora iguanodonte? No. ¿Nada que le importe? ¡Muy bien! Denle al caballero una caja de cigarrros.

—Oiga, señor Herries —refunfuñó Symonds—, no es hora de bromas. He sabido que Worth quedó malherido. Le tocaba guardia esta noche... el cargamento secreto. Esto ha desarreglado todos mis planes.

—Caramba. Qué triste me pone usted.

—Hay que revisar los horarios. De acuerdo con mis notas, Worth tenía que montar guardia desde media noche hasta las cuatro. Como no sé a qué trabajos están asignados los demás no puedo elegir el reemplazante. ¿Quiere hacerlo usted? ¿Un hombre que pueda dormir hasta tarde mañana?

—¿Por qué? —preguntó Herries.

—¿Por qué? Porque, porque...

—Ya sé. Porque Washington lo

dice. Washington teme que algún sucio dinosaurio venga del lugar donde estará Rusia, se meta aquí, espíe el cargamento, y corra a casa con la información. Bueno, me ocuparé. Sólo quería oírlo farfullar.

—Muy bien —dijo el funcionario—. Haga los arreglos necesarios para esta noche, y mañana ordenaremos otra vez los turnos.

Herries colgó el tubo.

La lista de hombres de mente cerrada y boca cerrada estaba en algún lugar de su escritorio, creía saber. Una copia por lo menos. Symonds tenía una copia, y sin duda había copias también en el Pentágono y el FBI y la oficina de personal de la Transtemporal y... bueno, había que buscar la lista, compararla con los turnos, ver quién no tenía nada importante que hacer mañana al mediodía y ponerlo como centinela. Simple.

Empinó otra vez la botella. Podía renunciar, pensó. Podía abandonar toda aquella operación, fantásticamente estúpida, y fantásticamente disparatada. No estaba obligado a trabajar. Por supuesto, podían encerrarlo hasta que terminara el contrato. Sería un año de soledad. O quizá no. Quizá algunos otros irían con él y le harían compañía. Claro que estaría bajo vigilancia el resto de su vida. ¿Pero quien no lo estaba en un siglo dividido en dos bandos?

La mayor dificultad, pensó, era que un hombre no podía cambiar

la situación. Uno podía convertirse en un pacifista a-toda-costa, o uno podía responder peleando, exponiéndose de cualquier modo a los azares de una incineración planetaria. No. Era probablemente demasiado tarde. Aunque hombre importantes de ambos bandos desearan un arreglo, ¿qué podían hacer contra los fanáticos, los intereses comprometidos, la gente asustada, el momentum mismo de la historia?

Todo se irá al diablo, pensó Herries. Estamos condenados, ¿pero por qué entrar como tontos en el negocio?

En alguna parte gritó un brontosaurio, hundiéndose ciegamente en un pantano nocturno.

Bueno, sería mejor que... No.

Herries clavó los ojos en la punta de su cigarrillo. Estaba casi quemándole los dedos. Por lo menos, pensó, por lo menos podía averiguar qué ocurría ahora. Una mirada a esos cajones, que debían haber traído las armas que necesitaban, y quizá algunos instrumentos musicales, o algunos instrumentos científicos... y que en cambio guardaban vaya a saber qué idiotéz característica del Pentágono... Una mirada sería algo más que un puñetazo en la relamiada cara de Symonds. Sería la confirmación de que él aún era Herries, un hombre libre, cuya existencia no había sido destruida insensatamente por un cráneo destrozado. El, el individuo, sabía lo que planeaba el Equipo, y sí resultaba ser un crimen contra

la razón, podía por lo menos renunciar, y aguantar lo que siguiese.

—Sí. Por la dudosa existencia de la misericordia divina, sí.

Lloviznaba ahora. Sólo un leve roce sobre la cara, como lágrimas. Herries llegó enlodado al edificio del transportador y se detuvo a la luz repentina de una linterna. Al fin, de la oscuridad, salió la voz:

—Oh, es usted, señor.

—Ajá. ¿Sabe que lastimaron a Worth? Yo tomaré su turno.

—¿Qué? Yo creía...

—Órdenes.

La fórmula de encantamiento fue suficiente. El otro hombre se adelantó y puso el rifle en las manos del ingeniero.

—No vino nadie —comentó.

—¿Qué hubiera hecho usted si alguien hubiera tratado de entrar?

—Bueno, detenerlo, claro.

—¿Y si no se hubiese detenido?

Bajo el chorreante sombrero a la cara pálida miró estupefacta a Herries. El ingeniero suspiró.

—Lo siento, Thorton. Es demasiado tarde para hacer preguntas filosóficas. Váyase a la cama.

Herries se quedó en el umbral, fumando un cigarrillo húmedo, y mirando como el otro se alejaba. Todas las luces estaban apagadas ahora, salvo algunos faroles remotos que brillaban aquí y allá. Herries, de pie en un pozo de sombra, se preguntó en qué fase estaría la luna, y qué constelaciones formarían las estrellas.

Esperó. Había tiempo de sobra para su rebelión. Demasiado tiempo, realmente. Un hombre de pie en la lluvia, con nieblas a sus pies, respirando un aire que olía a repites. Recordó anémonas en primavera, bajo árboles todavía fríos y sin hojas, con un poco de nieve entre las raíces. Un día de otoño en Nueva Inglaterra, con una botella de cerveza en una mesa, y la puerta que se abría de par en par a unas flores rojas y a una playa amarilla y un lejano cielo azul. Recordó un hombre caído en los negros tembladerales jurásicos, un hombre abierto en un jeep con la cabeza abierta y la fotografía de una mujer. Y se preguntó qué sentido tenía todo aquello, y decidió en seguida que no tenía ningún sentido, pues no, las cosas no podían haberse ordenado así para que no hubiese anémonas o tabernas a orillas del mar.

Al fin Herries se volvió, abrió la puerta del cobertizo, y entró. Adentro el calor era sofocante. Cerró otra vez la puerta y encendió su linterna sintiendo que el sudor le corría por el cuerpo. La lluvia golpeaba ruidosamente el techo de zinc. Allí estaban los cajones, uno sobre otro, bastantes grandes algunos para contener un dinosaurio. Se había necesitado mucha energía para traer todo este tonelaje al pasado. No era raro que los impuestos aumentasen. ¿Y qué podía haber en los cajones? Unos cuantos tanques, quizá... algunas bombas de petróleo... No era posible saber qué idea ha-

bían concebido aquellos hombres que vivían en oficinas, aislados del cielo. Y Symonds había insinuado que era sólo un principio. A este cargamento seguirían probablemente otros, y otros...

Herries buscó el estante de las herramientas. Tenía que tomar precauciones; no había necesidad de ir a la cárcel. Puso la linterna sobre una barrica y se inclinó a mirar. El cajón era de madera dura, con tablas atornilladas. Sería difícil abrirlo, pero luego no se notaría. Por supuesto, quizá había una trampa adentro. No era posible saber a qué extremos podían llegar aquellos oficinistas, acólitos de la religión del secreto.

Oh, bueno, si vuelo con el cajón no perderé mucho. Herries se quitó el impermeable. La camisa se le había pegado al cuerpo. Se puso en cuclillas y empezó a trabajar.

Avanzó lentamente. Luego de sacar varias tablas, descubrió una armazón de madera de pino. Adentro había algo envuelto en arpilleras; una superficie curva de metal sobresalía ligeramente. ¿Qué diablos era aquello? Herries buscó una palanca e hizo saltar una tabla. Los clavos chillaron. Se quedó tieso un instante, escuchando, pero sólo se oía la lluvia, cada vez más ruidosa. Metió la mano y tironeó de la arpilleras. Dios, hacía calor.

No reconoció la hoja metálica hasta que sacó toda la arpilleras. Y aun entonces su pensamiento se negó a funcionar; se quedó mi-

rando boquiabierto largo rato antes que la mente registrara las palabras.

Un arado de reja.

—Pero allá no saben qué hacer con los excedentes agrícolas —dijo en alta voz, tontamente.

Empezó a poner las tablas en su sitio con manos que no parecían suyas. No podía entenderlo. Ya nada era real. Por supuesto, reflexionó oscuramente, podía haber cualquier cosa en las otras cajas; pero sospechaba que encontraría más arados, tractores, discos... ¿Y por qué no sacos de semillas? *¿Qué piensan hacer?*

—Ah.

Herries dio media vuelta. La luz de la linterna lo alcanzó como una espada.

Buscó a ciegas el rifle. Detrás de la luz una voz seca dijo:

—No le recomiendo la violencia.

Herries dejó caer el fusil, que golpeó el piso.

Symonds cerró la puerta, y dio un paso adelante con esos movimientos afectados de siempre, una sombra entre otras sombras móviles y deformadas. Sólo se había puesto unos pantalones y una camisa, pero las rayas de oscuridad parecían sugerir una corbata, un chaleco, una chaqueta.

—Verá usted —explicó sin pasión—, todos los guardias tenían la orden *sub rosa* de avisarme si ocurría algo insólito, aunque no hubiesen tenido que actuar. —Señaló el cajón.— Por favor, continúe.

Herries se agachó otra vez. Había un vacío en él, y sólo se preguntaba cuál sería el mejor modo de morir. Pues si lo enviaban de vuelta al siglo veinte, seguramente, sí, seguramente, lo encerrarían y perderían la llave, y el color gris de la muerte era mejor que eso. Era raro, pensó, como sus dedos manejaban las herramientas, con una segura habilidad.

Symonds de pie a sus espaldas iluminaba el cajón con su linterna. Luego de un largo rato preguntó muy lentamente:

—¿Cómo se le ocurrió esto?

Podía matarlo, pensó Herries, No tiene armas. Podría retorcerle el flaco pescuezo con estas dos manos, y tomar un fusil, y hundirme en la marisma a vivir unos días... Pero sería mucho más fácil volver el rifle contra mí mismo.

Buscó con cuidado las palabras, pues tenía que tomar una decisión, aunque ahora esa decisión pareciese poco real y escasamente importante.

—No es pregunta fácil de contestar —dijo.

—Las preguntas significativas nunca lo son.

Asombrado, Herries alzó rápidamente los ojos y miró hacia atrás. Era sorprendente sobre todo que aun pudiera sentir sorpresa. Pero la cara del hombrecito estaba en la oscuridad. Herries vio sólo un pálido brillo inexpresivo en los lentes.

—Expliquémoslo de este modo —dijo—. Aun el derecho de matar

en defensa propia tiene sus límites. Si un asesino me ataca, puedo contestarle con lo primero que encuentre a mano. Pero no estaría bien que utilizase un niño como escudo.

—Así que usted quiso estar seguro de que no había nada ilegal en los cajones —comentó Symonds académicamente.

—No sé. ¿Qué es legal o ilegal en estos tiempos? Yo... me sentía asqueado. Me gustaba Greenstein, y murió porque Washington ha decidido que no tengamos obuses o bombas atómicas. Yo no sabía hasta dónde resistiría. Tenía que descubrirlo.

—Ya veo —asintió el funcionario—. Para su información le diré que *todo* es equipo agrícola. Los cargamentos siguientes incluirán material industrial y científico, grandes cantidades de alimentos envasados, y toda la cultura terrestre que pueda traerse en microfilms.

Herries dejó de trabajar, se volvió y se incorporó. Las rodillas no lo sostenían. Se apoyó en el cajón y pasó un minuto antes que pudiese decir:

—¿Por qué?

Symonds no respondió en seguida. Extendió una mano precisa, tomó la linterna que Herries había dejado en el barril y se sentó con los tubos de luz sobre las piernas. El resplandor le recortaba la cara en sombras, y sus lentes eran dos círculos oscuros. Luego dijo, como si estuviese enumerando los puntos de una agenda:

—Usted hubiese sido informado a su debido tiempo, cuando llegaran las otras quinientas personas. Ahora llevará una carga que hubiera podido evitarse durante meses. Sólo nos queda esperar que sabrá guardar el secreto sin sentirse demasiado agobiado. Por lo menos esa presunción es necesaria.

Herries sintió que su propio aliento le quemaba la garganta.

—¿Quién es esa otra gente? —preguntó.

El rostro del color del papel, visible a medias, estaba vuelto hacia los pozos de sombra del cobertizo.

—Ha caído usted en un error común —dijo Symonds, como si le hablara a un alumno—. Ha supuesto que unos hombres obligados por las circunstancias a actuar de cierto modo, son necesariamente malvados o estúpidos. Le aseguro que el senador Wien y los otros responsables no son ni una cosa ni otra. Han tenido que ocultarle la verdad aun a gente comprometida en el proyecto, y que respondería con furia o terror en vez de pensar en salvar algo. Como no disponen de ilimitados poderes, no se pusieron a gritar. Esa misma división de esfuerzos y conocimientos a que obliga la seguridad nacional los ha ayudado a ocultar sus proyectos y a confundir a aquellos que han de recibir necesariamente alguna información.

Symonds hizo una pausa. Frunció levemente el ceño, y golpeó

impacientemente con el borde de una uña el metal de una linterna.

—No me interprete mal —continuó—. El senador Wien y sus socios no han olvidado sus juramentos ni pretenden atribuirse poderes divinos. Todos sus esfuerzos tienen como única meta tratar de resolver los problemas del siglo veinte. No son ellos quienes ocultan el dato realmente significativo, un dato que, incidentalmente, podría ser descubierto por cualquiera, mediante un simple razonamiento. No, los responsables aquí son las autoridades legalmente constituidas, autorizadas para señalar ciertas informaciones como secreto máximo. Por supuesto, el senador ha utilizado toda su influencia para salirle al paso de este modo a la presente eventualidad, pero esto pertenece al mecanismo normal de la política.

—¡Vaya al grano, maldita seal! ¿De qué demonios habla? —gruñó Herries.

Symonds sacudió la delgada cabeza gris.

—Tiene miedo de saberlo, ¿no es cierto? —preguntó serenamente.

—Yo... —Herries se volvió, miró el cajón, y le descargó un puñetazo. La voz resaca continuó en la noche:

—Sabe usted que un proyector temporal puede dar un salto de un siglo en el futuro, pero sólo puede retroceder en períodos aproximados de cien millones de años. Usted mismo ha hablado de la técnica que podría utilizarse

para explorar ciertos sectores del pasado histórico, a pesar de este handicap, dando suficientes saltos de un siglo hacia adelante antes de dar el gran salto hacia atrás. ¿No se le ocurre cómo podría predecirse el futuro? ¿Saber qué va a ocurrir dentro de un siglo? Vamos, vamos, es usted un hombre inteligente. Conteste.

—Sí —dijo Herries—. Ya entiendo.

—El equipo A, un grupo de bien provistos voluntarios, fue al siglo veintiuno —prosiguió Symonds—. Anotaron sus observaciones y las pusieron en una caja químicamente inerte, dentro de un gran bloque de cemento reforzado, en un lugar ya decidido, y que según una expedición que había saltado cien millones de años en el futuro permanecería estable. Presumo que pusieron también material radiactivo en el cemento, para ayudar a encontrar el sitio. Por supuesto, los saltos en el tiempo son de tal naturaleza que esos hombres no podrán volver al siglo veinte. Pero el equipo B dio luego un salto de cien millones de años en el futuro, recogió los documentos, y regresó.

Herries endureció el cuerpo y miró de frente al hombrecito. Se sentía interiormente vacío, tan fatigado que no podía hacer otro esfuerzo que el de seguir manteniéndose en pie.

—¿Qué encontraron? —preguntó con una voz sin tono.

—Ha habido varias expediciones al año 100000000 —dijo Sy-

monds—. La energía requerida para visitar el año 200000000, antes o después de nuestra era, es prohibitiva. Pero en el año 100000000 la vida evolucionaba otra vez en la Tierra. Sin embargo, las plantas no habían liberado aún bastante oxígeno para que la atmósfera fuese respirable. Recordará usted que las rocas fijan oxígeno de modo que si no hay procesos biológicos para reemplazarlo continuamente... Pero usted tiene una educación técnica superior a la mía.

—Muy bien —dijo Herries, con una voz seca y dura—. La tierra es estéril en el futuro, por lo menos durante mucho tiempo. ¿También en el siglo veintiuno?

—Sí. La radiactividad había disminuido, mucho, de modo que el equipo A dijo que no había corrido peligro, pero aun podían medirse algunos de los isótopos de más larga vida. Por medio de distintas mediciones el equipo A pudo calcular cuando habían caído las bombas.

—¿Y?

—Aproximadamente un año después de la fecha actual del siglo veinte.

—Un año... después de ahora.

Herries alzó los ojos, y encontró la oscuridad. Oyó la lluvia jurásica en el techo metálico, como un redoble de tambor.

—Posiblemente menos —dijo Symonds—. Hay un factor de incertidumbre. Es necesario completar este proyecto antes que llegue la guerra.

—Que llegue la guerra —repitió Herries—. ¿Tiene que llegar? Tiempo fijo o no fijo, ¿tiene que llegar? ¿No puede informarse al enemigo? ¿No podríamos nosotros... capitular si es necesario?

—Se están haciendo todos los esfuerzos posibles —dijo Symonds como una máquina—. Aparte de la teoría del tiempo rígido, parece improbable que tengamos éxito. La situación es demasiado inestable. Un solo hombre que pierda la cabeza y apriete erróneamente un botón, escribirá el fin, y hay muchos botones. La sola revelación de la verdad, a unos pocos líderes escogidos o a los pueblos del mundo, provocaría el pánico. ¿Y quizá puede decir de lo que es capaz un hombre dominado por el pánico? A eso me refería cuando dije que el senador Wien y sus compañeros no han olvidado sus juramentos. No han pensado en buscar refugio, saben que son hombres viejos. Tratarán de salvar el siglo veinte, hasta el fin. Pero no saben si será posible, así que tratan de salvar a la raza humana.

Herries se enderezó tomándose del cajón donde había estado apoyado.

—Esos quinientos que vienen —murmuró—, ¿mujeres?

—Sí, y se traerá más gente si hay tiempo. Pero por lo menos habrá un millar de adultos jóvenes y sanos aquí en el jurásico. No sé cómo se las arreglará usted cuando llegue el momento de decirles la verdad. Ya ve por qué

hay que guardar el secreto hasta entonces. Es muy posible que alguien pierda la cabeza. Por eso no han enviado armas pesadas: una sola persona fuera de sí no alcanzará para matar a todos. Pero usted tiene que recobrase. Es necesario.

Herries abrió la puerta de par en par y clavó los ojos en la rugiente oscuridad.

—Pero no hay huellas de nosotros... en el futuro —dijo, en un tono alto y lastimoso, como un niño.

—¿Qué huellas piensa usted que podrían encontrarse luego de varias eras geológicas? —preguntó Symonds. Era aún el maestro de escuela, pero sentado en la barriaca miraba fijamente las grandes y móviles sombras de un rincón.— Se supone que ustedes se quedarán aquí durante varias generaciones, hasta que hayan crecido suficientemente en número y recursos. El equipo A de que le hablé se unirá a ustedes dentro de un siglo. Está compuesto también de hombres y mujeres en cantidades iguales. Pero un planeta en esta época no es un lugar adecuado para el hombre. Confiamos en que los

descendientes de ustedes perfeccionen la nave del espacio que según sabemos es posible construir, y tomen en cambio posesión de las estrellas.

Herries se apoyó en el marco de la puerta, doblado por el cansancio y la monstruosa obligación de sobrevivir. Una ráfaga de lluvia le golpeó los ojos. Oyó la voz de unos dragones que llamaban en la noche.

—¿Y usted? —preguntó, sin saber por qué.

—Llevaré el último mensaje que ustedes quieran mandar al futuro —dijo aquella voz seca.

Unos pasos precisos y breves resonaron en el piso y Symonds se detuvo junto al ingeniero. Durante un momento no se oyó otro ruido que la lluvia.

—Seguramente merezco ir a casa —dijo Symonds. Y de pronto tomó aliento, y el aire le silbó entre los dientes apretados, y alzó los dedos como garras y chilló: —¡Me dejarán ir entonces!

Symonds echó a correr hacia la barcaza del supervisor, y desapareció en la oscuridad. Herries se quedó un rato apoyado en la puerta.

Título original: *Wildcat*. Traducción de Gregorio Lemos.

Minotauro. Fantasía y Ciencia - Ficción

Suscripción anual (6 números):

Argentina \$ 500.— Otros países 4 dls.

Giros y cheques a Ediciones Minotauro, Departamento de suscripciones, Humberto I, 545, o personalmente en Alsina 500, Buenos Aires.

Los relatos de Bester tienen a menudo como tema principal el crimen. En esta ocasión las consecuencias son inesperadas: el crimen se resiste a ser cometido, y las posibles paradojas de los viajes por el tiempo se resuelven en la desaparición de toda paradoja.

LOS HOMBRES QUE MATARON A MAHOMA

Alfred Bester

HUBO UNA VEZ UN HOMBRE QUE mutiló la historia. Arrasó imperios y derrocó dinastías. Mount Vernon no fue un monumento nacional, y la ciudad de Columbus (Ohio), se llamó Gaboto (Ohio). El nombre de Marie Curie fue maldecido en Francia y nadie juró nunca por las barbas del Profeta. En realidad, todo esto no ocurrió, pues el hombre era un profesor loco; o, para decirlo con otras palabras, sólo logró que el mundo actual fuese irreal para él mismo.

El paciente lector está sin duda muy familiarizado con el profesor loco convencional, menudo y ceñido, creador de monstruos que invariablemente se vuelven contra su hacedor y amenazan a su encantadora hija. Esta historia no habla de ese hombre imaginario. Su protagonista es Henry Hassel, del mismo nivel que otros hombres muy conocidos como Ludwig Boltzmann (véase la "ley del gas

ideal"), Jacques Charles, y André-Marie Ampère (1775-1836).

Nadie ignora que el amperio eléctrico fue bautizado así en honor de Ampère. Ludwig Boltzmann fue un distinguido físico austríaco, tan famoso por sus estudios de las radiaciones del cuerpo negro como por los gases ideales. Pueden encontrarlo en el volumen tercero de la Enciclopedia Británica, BALT a BRAI. Jacques Alexandre César Charles fue el primer matemático que se interesó en la teoría del vuelo, e inventó el globo de hidrógeno. Los dos fueron hombres reales.

Fueron también profesores realmente locos. Ampère, por ejemplo, iba en coche de punto a una importante conferencia científica cuando se le ocurrió una idea brillante (de naturaleza eléctrica, presumo). Sacó un lápiz y escribió la ecuación en una de las paredes del coche. Reducida a lo esencial la ecuación decía $dH = \text{ipdl}/r^2$,

donde p es la distancia perpendicular de P a la línea del elemento dl ; o también: $dH = \sin \phi \, dl/r^2$. Esta ecuación es a veces conocida como ley de Laplace, aunque Laplace no asistió a esa conferencia.

De todos modos, el coche llegó a la Academia. Ampère bajó de un salto, pagó al cochero, y se precipitó en la sala de conferencias hablándole a todo el mundo de su idea. De pronto advirtió que no tenía la nota consigo, recordó dónde la había dejado, y tuvo que correr por las calles de París detrás del coche para recobrar la ecuación fugitiva. A veces imagino que así perdió también Fermat su famoso "último teorema", aunque Fermat no estuvo tampoco en la conferencia ya que había muerto doscientos años antes.

O Boltzmann, por ejemplo. Mientras daba un curso sobre los gases ideales matizaba su charla con unos complicados cálculos que sacaba rápidamente y casualmente en su cabeza. Tenía esa clase de cabeza. Los estudiantes perdían tanto tiempo tratando de entender aquella matemática que no podían seguir el curso, y le pidieron a Boltzmann que escribiera sus ecuaciones en el pizarrón.

Boltzmann pidió perdón y prometió ser más didáctico en el futuro. En la próxima clase comenzó diciendo: "Caballeros, combinando la ley de Boyle con la ley de Charles, llegamos a la ecuación $p v = p_0 v_0 (1 + \alpha t)$. Ahora obviamente si $S^0 = \int (x) dx \phi (a)$, entonces $p v = RT + \int S f(x, y, z)$

$dV = 0$. Tan simple como dos y dos son cuatro."

En este momento Boltzmann recordó su promesa. Se volvió hacia el pizarrón y escribió lentamente $2 + 2 = 4$, y siguió con su charla, y sus cálculos mentales.

Jacques Charles, el brillante matemático que descubrió la ley de Charles (conocida a veces como ley de Gay-Lussac) que Boltzmann mencionó en su conferencia, tenía una pasión lunática: la de convertirse en un famoso paleógrafo, es decir descubrir manuscritos antiguos. Pienso que la obligación de compartir honores con Gay-Lussac le hizo perder la chaveta. Charles le pagó una vez a un transparente granuja llamado Vrain Lucas 20 mil francos por cartas holografas supuestamente escritas por Julio César, Alejandro Magno y Poncio Pilato. Un hombre capaz de ver a través de cualquier gas, ideal o no, creyó en la realidad de esas supercherías a pesar de que Vrain Lucas las había escrito en francés moderno y en un papel moderno con modernas líneas de agua. Charles hasta trató de donar las cartas al Louvre.

Pues bien, estos hombres no eran idiotas. Eran genios que pagaron por la genialidad un alto precio: el resto de sus pensamientos estaba siempre en otro mundo. Un genio es un hombre que llega a la verdad por un camino inesperado. Lamentablemente los caminos inesperados conducen al desastre en la vida cotidiana. Esto

fue lo que le ocurrió a Henry Hassel, profesor de compulsión aplicada de la Universidad Desconocida en el año 1980.

Nadie sabe dónde esta la Universidad Desconocida o qué enseñan allí. Tiene unos doscientos profesores excéntricos y un cuerpo de alumnos de dos mil inadaptados... esa gente que no sale del anonimato hasta que gana algún premio Nóbel o se convierte en El Primer Hombre En Marte. No es difícil descubrir a un graduado de la U. D. cuando usted le pregunta a la gente dónde ha estudiado. Si le dan una respuesta evasiva como: "Una universidad del Estado" o "Un instituto que usted no conoce" puede usted apostar que han pasado por la Desconocida. Algún día espero hablarles más detenidamente de esta universidad que es un centro de estudios sólo en el sentido pickwickiano.

Sea como sea, una tarde, temprano, Henry Hassel salió de sus oficinas en el Pcentro Psicótico, y cruzó las arcadas de Cultura Física, camino de su casa. No es cierto que quisiese observar a las jóvenes desnudas que practicaban Eurltmia Arcana. No, a Hessel le gustaba admirar los trofeos que se exhibían en la arcada en memoria de los grandes equipos que habían ganado los campeonatos que suelen ganar los de Desconocida... deportes como estrabismo, oclusión y botulismo. (Hassel mismo había sido campeón de

frambesia tres años seguidos.) Bien, el profesor llegó a su casa muy animado, cruzó la puerta muy alegremente, y descubrió a su mujer en brazos de un hombre.

He ahí pues la escena: una encantadora mujer de treinta y cinco años, de aureolado pelo rojo y ojos de almendra, abrazada con entusiasmo por una persona de bolsillos abultados, repletos de aparatos microquímicos y un martillito para medir los reflejos de la rúcula... un personaje típico de U. D. El abrazo era tan concentrado que ninguna de las partes ofensoras notó que Henry Hassel los miraba furiosamente desde el pasillo.

Recuerden ahora a Ampère y a Charles y a Boltzmann. Hassel pesaba casi noventa kilos. Era fuerte, y no tenía inhibiciones. Hubiese sido un juego de niños para él separar a los amantes, y alcanzar simple y directamente la meta deseada: el fin de la vida de su mujer. Pero Henry Hassel pertenecía a la especie de los genios; la mente no le funcionaba de ese modo.

Hassel tomó aliento, se volvió, y se precipitó en su laboratorio privado como un camión de carga. Abrió un cajón titulado DUDOTUM y sacó un revólver 45. Abrió otros cajones, con nombres más interesantes, y juntó algunos aparatos. En exactamente siete minutos y medio (tal era su furia) armó una máquina del tiempo (tal era su genio).

El profesor Hassel dispuso a su

alrededor los dispositivos de la máquina del tiempo, señaló con un dial el año 1902, recogió el revólver, y apretó un botón. La máquina sonó como una cañería atascada y Hassel desapareció. Reparació en Filadelfia el 3 de junio de 1902, fue directamente al número 1218 de Walnut Street, una casa de ladrillos rojos con escalinata de mármol, y tiró de la campanilla. Un hombre que se parecía al tercero de los hermanos Smith abrió la puerta y miró a Hassel.

—¿El señor Jessup? —preguntó Hassel con una voz sofocada.

—¿Sí?

—¿Es usted el señor Jessup?

—Sí.

—¿Tiene usted un hijo llamado Edgar? ¿Edgar Allan Jessup... así llamado a causa de la lamentable admiración de usted por Poe?

El tercero de los hermanos Smith pareció estupefacto.

—No que yo sepa —dijo—. No me casé aún.

—Se casará —dijo Hassel agríamente—. He tenido la desgracia de casarme con la hija de su hijo, Greta. Excúseme.

Alzó el revólver y disparó contra el que sería el abuelo de su mujer.

—Ella ya no existe —murmuró Hassel, soplando el humo que salía del revólver—. Seré soltero. Hasta puedo estar casado con alguna otra... ¡Dios! ¿Con quién?

Hassel esperó impacientemente a que la máquina del tiempo lo

devolviera automáticamente a su laboratorio. Fue corriendo al vestíbulo. Allí estaba aún su mujer pelirroja, en brazos de un hombre. Hassel se sintió anonadado.

—Aja —gruñó—. Tradición familiar de infidelidad. Bueno, ya lo arreglaremos. Hay muchos caminos.

Se permitió una hueca carcajada, regresó al laboratorio y se envió a sí mismo al año 1901 donde mató de un tiro de revólver a Emma Hotchkiss, la que sería abuela materna de su mujer. Volvió luego a su casa en su propio tiempo y allí estaba su mujer pelirroja, todavía en brazos de otro. —Pero sé que la vieja bruja era su abuela —murmuró Hassel—. El parecido es evidente. ¿Qué demonios ha andado mal?

Hassel se sintió confundido y desalentado, pero no sin recursos. Fue a su estudio, tomó el teléfono con manos torpes, llamó, y al fin consiguió comunicarse con el Laboratorio de Errores.

—¿Sam? —dijo—. Habla Henry.

—¿Quién?

—Henry.

—Hable más alto.

—¡Henry Hassel!

—Oh, buenas tardes, Henry.

—Dime todo lo que sepas acerca del tiempo.

—¿El tiempo? Este... —La Computadora Simplex y Multiplex carraspeó mientras esperaba que los circuitos de información se intercomunicaran.— Ejemplo. Tiempo. (1) Absoluto. (2) Relativo. (3) Recurrente. (1) Absolu-

to: período, contingencia, duración, diurnidad, perpetuidad...

—Lo siento, Sam. Respuesta equivocada. Retrocede. Háblame de tiempo, sucesión de, viaje por.

Sam movió unos engranajes y empezó otra vez. Hassel escuchó atentamente. Asintió con movimientos de cabeza. Gruñó.

—Ajá. Ajá. Muy bien. Ya entiendo. Así me parecía. ¿Un continuum, eh? Los actos del pasado alteran el futuro. Entonces estoy en el buen camino. ¿Pero los actos tienen que ser significativos, eh? Efectos de masa. Las trivialidades no alteran la corriente actual de los fenómenos. Hm. ¿Pero hasta que punto es trivial una abuela?

—¿Qué estás tratando de hacer, Henry?

—Matar a mi mujer —dijo Henry, y colgó el tubo. Volvió al laboratorio, y pensó un rato, todavía furioso de celos.

—Hay que hacer algo significativo —murmuraba—. Borrará a Greta del mapa. Borrará todo lo de alrededor. Bien. Ya verán.

Hassel volvió al año 1775, visitó una granja de Virginia y mató a un joven coronel de un tiro en el pecho. El nombre del coronel era George Washington, y Hassel comprobó que estaba muerto. Volvió a su propio tiempo y a su propio hogar. Allí estaba su esposa pelirroja, todavía en brazos de otro.

—¡Maldición! —dijo Hassel. Se le estaban acabando las balas. Abrió una caja nueva, volvió en

el tiempo y masacró a Cristóbal Colón, Napoleón, Mahoma y media docena de otras celebridades.

—¡Ahora sí! —gritó.

Regresó a su propio tiempo y encontró a su mujer como antes.

Sintió que se le aflojaban las rodillas, que le faltaba el suelo bajo los pies. Fue de nuevo a su laboratorio como caminando por unas arenas movedizas de pesadilla.

—¿Pero qué diablos es significativo? —se preguntó quejosamente—. ¿Cuánto cuesta cambiar el futuro? Dios, lo cambiaré de veras esta vez.

Viajó al París de principios del siglo veinte, y visitó a madame Curie en el laboratorio de una boharedilla, cerca de la Sorbona.

—Madame —le dijo en un francés execrable—. Soy totalmente desconocido para usted, pero un verdadero hombre de ciencia. Habiendo oído hablar de sus experiencias con el radio... ¿Oh? ¿No ha descubierto el radio todavía? No importa. Estoy aquí para enseñarle todo lo que concierne a la fisión nuclear.

Hassel recitó su lección y tuvo la satisfacción de ver cómo París se alzaba en un hongo de humo poco antes que el sistema automático lo llevara de vuelta a su casa.

—Eso le enseñará a las mujeres a ser infieles —gruñó—. ¡Ouuu!

Esto último fue proferido cuando vio que su mujer pelirroja estaba aún... Pero no hay por qué repetir lo obvio.

Hassel cruzó un mar de nieblas,

llegó a su estudio, y se sentó a pensar. Mientras Hassel piensa convalida que yo le advierta a usted que esta no es una de esas historias convencionales que tienen como tema la máquina del tiempo. Si usted ha pensado un momento que Henry va a descubrir que el hombre abrazado a su mujer es él mismo, está usted muy equivocado. La vibora no es Henry Hassel, su hijo, un pariente, y ni siquiera Ludwig Boltzmann (1844-1906). Hassel no dio una vuelta entera en el tiempo, terminando donde la historia comienza, para satisfacción de nadie y furia de todos... Y esto por la simple razón de que el tiempo no es circular, o lineal, o serial, o discoide, o sizigoso, longiquitoso, o pandicartado. El tiempo es una dimensión subjetiva, como descubrió Hassel.

—Quizá pasé algo por alto —murmuró Hassel—. Será mejor que investigue.

Luchó un rato con el teléfono, que parecía pesar cien toneladas, y al fin logró comunicarse con la biblioteca.

—Hola, ¿la biblioteca? Habla Henry.

—¿Quién?

—Henry Hassel.

—Hable más alto, por favor.

—¡Henry Hassel!

—Oh, buenas tardes, Henry.

—¿Qué tienes sobre George Washington?

La biblioteca cloqueó mientras sus dispositivos escudriñadores buscaban en los catálogos.

—George Washington, primer presidente de los Estados Unidos, nació en...

—¿Primer presidente? ¿No fue asesinado en 1773?

—Realmente, Henry. Qué pregunta absurda. Todo el mundo sabe que George Wash...

—¿No sabe nadie que le dispararon un tiro?

—¿Quién?

—Yo.

—¿Cuándo?

—En 1775.

—¿Cómo conseguiste hacerlo?

—Yo tenía un revólver.

—No, quiero decir cómo lo hiciste hace doscientos años.

—Tengo una máquina del tiempo.

—Bueno, no hay ninguna información aquí —dijo la biblioteca—. Sigue sano y salvo en mis archivos. Quizá le erraste.

—No le erré. ¿Y Cristóbal Colón? ¿Alguna noticia de su muerte en 1489?

—Colón descubrió América en 1492.

—No. Murió en 1489.

—¿Cómo?

—Con una bala 45 en el estómago.

—¿Tú otra vez, Henry?

—Sí.

—No hay nada registrado —insistió la biblioteca—. Parece que tienes muy mala puntería.

—No perderé la cabeza —se dijo a sí mismo Hassel con una voz temblorosa.

—¿Por qué, Henry?

—¡Porque ya la he perdido! —

gritó Hassel—. ¡Muy bien! ¿Y qué hay de Marie Curie? Descubrió o no la bomba de fisión que destruyó a París a principios de siglo?

—No la descubrió. Fermi...

—La descubrió.

—No la descubrió.

—Yo personalmente le enseñé cómo. Yo, Henry Hassel.

—Todo el mundo dice que eres un teórico maravilloso, pero un maestro torpe, Henry. Tu...

—Vete al diablo, vieja bruja. Tiene que haber una explicación.

—¿Cuál?

—Me olvidé. Yo tenía algo en la cabeza... pero no importa ahora. ¿Qué sugieres?

—¿Tienes realmente una máquina del tiempo?

—Por supuesto que tengo una máquina del tiempo.

—Entonces vuelve y verifica.

Hassel volvió al año 1775, visitó Mount Vernon, e interrumpió la siembra de primavera.

—Perdón, coronel —dijo.

El hombre corpulento lo miró curiosamente.

—Habra usted de un modo raro, extranjero —dijo—. ¿De dónde viene usted?

—Oh, de un instituto que usted no conoce.

—Tiene un aspecto raro, también. Un poco nublado, si usted me permite.

—Dígame, coronel, ¿que ha oído decir de Cristóbal Colón?

—No mucho —respondió el coronel Washington—, pues murió hace doscientos años.

—¿Cuándo murió?

—No recuerdo bien, pero creo que allá por el año 1500.

—No. Murió en 1489.

—Sus fechas están equivocadas, amigo. Colón descubrió América en 1492.

—Gaboto descubrió América. Sebastián Gaboto.

—De ningún modo. Gaboto vino mucho más tarde.

—¡Tengo pruebas infalibles! —comenzó a decir Hassel, y se interrumpió cuando vio que se acercaba un hombre rechoncho y algo fornido, con la cara cómicamente roja de rabia. Estaba vestido con unos pantalones grises de formados, y una chaqueta de lana dos medidas demasiado pequeña para él. En la mano traía un revólver 45. Henry Hassel tardó un rato en descubrir que estaba mirándose a sí mismo, y que no disfrutaba del espectáculo.

—¡Dios mío! —murmuró—. Soy yo que vengo a matar a Washington aquella primera vez. Si hubiese hecho este segundo viaje una hora más tarde hubiese encontrado a Washington muerto.

¡Eh! —llamó—. Un momento. Tengo que arreglar algo antes.

Hassel no se prestó atención a sí mismo; en verdad no parecía que hubiera advertido su propia presencia. Fue directamente hacia el coronel Washington y le disparó un tiro en el vientre. El coronel Washington se desplomó enfáticamente muerto. El primer asesino examinó el cuerpo, y luego, ignorando los esfuerzos de Hassel que intentaba detenerlo y

discutir con él, se volvió y se alejó murmurando entre dientes.

—No me oyó —dijo Hassel asombrado—. Ni siquiera me sintió. ¿Y cómo yo no me acuerdo de mí mismo tratando de impedir que le disparara al coronel? ¿Qué diablos pasa?

Considerablemente perturbado, Henry Hassel visitó Chicago y se metió en los laboratorios de la universidad. Era a principios de 1940. Allí, entre ladrillos de grafito y cubierto por una capa de grafito encontró a un hombre de ciencia italiano llamado Fermi.

—¿Copiando a Marie Curie, eh, *dottore*? —rugió Hassel.

Fermi miró alrededor como si hubiese oído algún ruido.

—¿Copiando a Marie Curie, *dottore*? —rugió Hassel.

Fermi lo miró de un modo raro.

—¿De dónde sale usted, *amico*?

—De un lugar que usted no conoce. ¿Es cierto, *dottore*, no es así, que Marie Curie descubrió la fisión nuclear a principios de siglo?

—No, no, no —murmuró Fermi—. Somos los primeros, y todavía no hemos llegado. ¿Eh? ¿Policía! ¡Policía! ¡Un espía!

—Esta vez dejaré mi huella —rezongó Hassel. Sacó su infalible 45, la vació en el pecho del doctor Fermi, y esperó el arresto y la inmolación en las columnas de los periódicos. Pero, asombrosamente, el doctor Fermi no cayó al suelo. Se pasó una mano distraída por el pecho, y a los hombres que respondían a sus gritos les dijo:

—No es nada. Sentí de pronto

como una quemadura. Fue una neuralgia del nervio cardíaco, quizá, o casi seguramente un gas.

Hassel estaba demasiado agitado para esperar a que la máquina del tiempo lo llevara automáticamente de vuelta. En cambio volvió en seguida a Universidad Desconocida por sus propios medios. En otro momento esto lo hubiera ayudado a abrir los ojos. Fue entonces cuando yo (1913-1975) lo vi por primera vez... una figura pálida que pasaba tambaleándose a través de coches estacionados, puertas cerradas y paredes de ladrillo, con una expresión de determinación lunática en la cara.

Hassel se escurrió en la biblioteca, y se preparó para una discusión exhaustiva, pero no pudo hacerse oír o sentir por los catálogos. Fue entonces al laboratorio de las Malas Prácticas donde estaba Sam, la computadora Simplex y Multiplex, que tenía dispositivos sensibles a 10,700 angstroms. Sam no pudo ver a Henry, pero llegó a oírlo por no sé qué fenómeno de interferencia de ondas.

—Sam —dijo Hassel—, he hecho un descubrimiento endemoniado.

—Te pasas la vida haciendo descubrimientos, Henry —se quejó Sam—. No tengo más espacio para ti. ¿Tendré que dedicarte otra cinta grabadora?

—Pero necesito ayuda. ¿Quién es la autoridad máxima en el tiempo, sucesión de, viaje por?

—Israel Lennox quizá, mecánica espacial, profesor de, Yale.

—¿Cómo podría ponerme en contacto con él?

—No es posible, Henry. Está muerto. Murió en 1975.

—¿Y cuál es la máxima autoridad viviente en el tiempo, viaje por?

—Wiley Murphy.

—¿Murphy? ¿De nuestro propio departamento de Trauma? Es una posibilidad. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Para decirte la verdad, Henry, fue hace un rato a tu casa a preguntarte algo.

Hassel se trasladó inmediatamente a su casa, sin dar un solo paso, buscó en su estudio y en su laboratorio sin encontrar a nadie, y al fin entró flotando en el vestíbulo donde su mujer pelirroja estaba aún en brazos de otro hombre. (Todo esto, como entienden ustedes, ocurrió en unos pocos instantes, luego de la construcción de la máquina del tiempo... tal es la naturaleza del tiempo y de los viajes por el tiempo.) Hassel carraspeó una vez o dos y trató de tocarle el hombro a su mujer. Los dedos pasaron a través del hombre.

—Excúsame, querida —dijo—. ¿Ha venido Wiley Murphy a verme?

Miró entonces desde más cerca y vio que el hombre abrazado a su mujer era el mismo Murphy.

—¿Murphy! —exclamó Hassel—. Justo el hombre que estaba buscando. He tenido la experiencia más extraordinaria. —Hassel acometió inmediatamente una lúcida

da descripción de su extraordinaria experiencia, que era algo así:— Murphy, $u - v = (u \frac{1}{2} - v \frac{1}{4}) (u' + u' + v')$ pero cuando George Washington F (x) $y^2 \phi dx$ y Enrico Fermi F (u $\frac{1}{2}$) dt una mitad de Marie Curie, ¿entonces que pasa con la raíz cuadrada de menos uno de Cristóbal Colón?

Murphy ignoró a Hassel lo mismo que la señora Hassel. Yo escribí rápidamente las ecuaciones de Hassel en la capota de un taxi que pasaba en ese momento.

—Escúchame, Murphy —dijo Hassel—. Greta, querida, ¿no te molestaría dejarnos solos un momento? Yo... por amor de Dios, ¿quieren interrumpir un instante esa tontería? Esto es serio.

Hassel trató de separar a la pareja. No pudo tocarlos más de lo que había podido hacerse oír. Se le puso otra vez roja la cara, y golpeó muy enojado a la señora Hassel y a Murphy. Era como golpear un gas ideal. Me pareció que había llegado el momento de intervenir.

—¡Hassel!

—¿Quién está ahí?

—Venga un momento. Quiero hablar con usted.

Hassel salió a través del muro.

—¿Dónde está usted?

—Por este lado.

—No se lo ve mucho.

—A usted tampoco.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lennox. Israel Lennox.

—¿Israel Lennox, mecánica espacial, profesor de, Yale?

—El mismo.

—Pero usted murió en el 75.

—Desaparecí en el 75.

—¿Qué quiere decir?

—Inventé una máquina del tiempo.

—¡Dios santo! Yo también —dijo Hassel—. Esta tarde... la idea se me ocurrió de pronto... no sé cómo... y he tenido la más extraordinaria experiencia. Lennox, el tiempo no es un continuum.

—¿No?

—Es una serie de partículas independientes... como perlas engarzadas.

—¿Sí?

—Cada perla es un "ahora". Cada "ahora" tiene su pasado y su futuro propios. Pero ninguno de esos "ahoras" tiene relación con los otros. ¿Entiende? Si $a = a_1 + a_2$ $j_i = \phi_{ax}(b_1)$...

—Olvídese de la matemática, Henry.

—Es como una forma de transferencia cuántica de energía. El tiempo fluye en partículas independientes o cuantos. Podemos visitar cada cuanto individual y hacer cambios en él, pero los cambios en un corpúsculo no afectan a los otros corpúsculos, ¿cierto?

—Falso —dije tristemente.

—¿Qué quiere decir con eso de "falso"? —dijo Hassel agriamente, gesticulando a través de la figura de una estudiante—. Si toma usted las ecuaciones trocoides...

—Falso —repetí firmemente—.

¿Me escuchará usted, Henry?

—Oh, adelante —dijo él.

—¿Ha notado que se ha vuelto usted bastante insustancial? ¿Borroso? ¿Espectral? El espacio y el tiempo ya no lo afectan.

—Ajá.

—Henry, he tenido la desgracia de construir una máquina del tiempo en el 75.

—Éso le oí decir. Bueno, ¿y que me dice de la energía? Yo utilizo unos 7.3 kilovatios por...

—Olvídese de la energía, Henry. En mi primer viaje al pasado visité el pleistoceno. Estaba ansioso por fotografiar el mastodonte, el perezoso gigante, el tigre dientes de sable. Mientras retrocedía para enfocar exactamente a un mastodonte en un campo de 1/6.3 a 1/100 de segundo, o en la escala LVS...

—Olvídese de la escala LVS —dijo Hassel.

—Mientras yo retrocedía, pisé y maté inadvertidamente un minúsculo insecto del pleistoceno.

—¡Ajá! —dijo Hassel.

—El incidente me aterrorizó. Me imaginé volviendo a un mundo completamente cambiado a causa de esa sola muerte. Volví a mi mundo, y todo era igual.

—¡Ajá!

—Se me despertó la curiosidad. Volví al pleistoceno y maté al mastodonte. Nada cambió en 1975. Volví otra vez al pleistoceno y diézmé la vida salvaje. Nada. Corrí por el tiempo, matando y destruyendo, en un intento de cambiar el presente.

—Entonces hizo usted lo mismo que yo —exclamó Hassel—. Es ra-

ro que no nos hayamos encontrado.

—No es nada raro.

—Yo maté a Colón.

—Yo a Marco Polo.

—Yo a Napoleón.

—Yo pensé que Einstein era más importante.

—Mahoma tampoco cambió mucho las cosas... Yo esperaba más de él.

—¿Qué? ¿Usted también mató a Mahoma? —preguntó Hassel.

—Lo maté el 16 de setiembre de 599. Viejo calendario.

—Pero si yo le acerté el 5 de enero de 598.

—Lo creo.

—¿Pero cómo puede haberlo matado usted después de haberlo matado yo?

—Querido mío —le expliqué—, el tiempo es enteramente subjetivo... Es un asunto privado, una experiencia personal. No hay tiempo objetivo, como no hay amor objetivo, o alma objetiva.

—¿Quiere decir usted que los viajes por el tiempo son imposibles? Pero nosotros viajamos.

—Claro que sí, y muchos otros seguramente. Pero todos viajamos a nuestro propio pasado, sin entrar en el pasado de los otros. No hay un continuum universal, Henry. Sólo hay billones de individuos, cada uno con su continuum propio, y un continuum no puede afectar a otro. Somos como millones de cintas de tallarines en

la misma olla. Ningún viajero puede encontrarse con otro viajero del tiempo en el pasado o en el futuro. Cada uno de nosotros tiene que viajar hacia arriba o hacia abajo por su propio camino.

—Pero ahora nosotros nos hemos encontrado.

—Ya no somos viajeros del tiempo, Henry. Nos hemos convertido en salsa de tallarines.

—¿Salsa de tallarines?

—Sí. Usted y yo podemos andar por cualquier camino porque nos hemos destruido.

—No entiendo.

—Cuando un hombre cambia el pasado, afecta sólo su propio pasado... ningún otro. El pasado es como la memoria. Cuando usted destruye la memoria de un hombre, le borra la vida, pero sólo la de él. Usted y yo hemos borrado nuestros pasados. Los mundos individuales de los otros siguen ahí, pero nosotros ya no existimos.

—¿Qué es eso de "ya no existimos"?

—Con cada acto de destrucción nos disolvimos un poco. Ahora hemos desaparecido totalmente. Hemos cometido un crimen de cronicidio. Somos fantasmas. Espero que la señora Hassel sea feliz con el señor Murphy... Bueno, demos un paseito por la Academia. Ampère está contando una historia formidable sobre Ludwig Boltzmann.

Una de las características más curiosas del Judío Errante, y quizás la menos observada, es la de que el personaje, obviamente, no era judío, sino persa, como bien lo indica su nombre, un nombre que ningún judío ha tenido ni tendrá nunca. ¿Qué lo había llevado a Jerusalén en aquel día infortunado? Luego de leer este alucinante relato el lector mirará quizá con mayor atención algunos cuadros de los viejos —y nuevos— maestros. El autor, el inglés J. G. Ballard, "uno de los astros más brillantes de la ficción de postguerra" de acuerdo con la opinión del "iracundo" Kingsley Amis, ha escrito cinco libros. Publicó su primera obra, *The wind from Nowhere* (El viento de ninguna parte) en 1962.

EL LEONARDO PERDIDO

J. G. Ballard

LA DESAPARICIÓN O —PARA DECIRLO de modo menos eufemístico— el robo de la *Crucifixión* de Leonardo, del Louvre de París, descubierto en la mañana del 19 de abril de 1965 desencadenó un escándalo sin precedentes. Una década de importantes robos de arte, como el de *El duque de Wellington* de Goya, de la National Gallery, o el de cuadros impresionistas, de las casas de millonarios del Sur de Francia y California, como también los precios obviamente excesivos pagados en las subastas de Bond Street y de la Rue de Rivoli, tendrían que haber acostumbrado al público en general a pérdidas semejantes, y

sin embargo, la noticia de esta desaparición fue recibida en todo el mundo con una indignación y una congoja genuinas. De todas partes del globo llegaban diariamente miles de telegramas al Quai d'Orsay y al Louvre, en Bogotá y en Guatemala fueron apedreados los consulados franceses, y los agregados de prensa de todas las embajadas desde Buenos Aires a Bangkok tuvieron que recurrir a todas sus reservas —bastante considerables— de *panache* y *finesse*.

Llegué a París unas veinticuatro horas después de lo que se llamaba "el gran escándalo del Leonardo", y la atmósfera de indignación y desconcierto era allí evi-

dente. A lo largo de todo el camino desde el aeropuerto de Orly los titulares de los diarios proclamaban en los quioscos la misma historia. Como decía el *Daily Mail* sucintamente:

ROBAN LA CRUCIFIXIÓN DE LEONARDO

Obra maestra de cinco millones de libras desaparece del Louvre

El París oficial estaba realmente alterado. El infortunado director del Louvre había sido llamado desde Brasilia donde asistía a una conferencia de la Unesco, y estaba ahora en el Palacio de los Eliseos, informando personalmente al presidente. El *Deuxième Bureau* había sido puesto en estado de alerta, y por lo menos tres ministros sin cartera habían sido encargados del caso, de modo que el futuro político de estos hombres dependía ahora de la recuperación de la obra. Como el mismo presidente había subrayado en su conferencia de prensa de la tarde anterior, el robo de un Leonardo no sólo concernía a Francia sino al mundo entero, y en una arenga apasionada había solicitado la colaboración de todos. (A pesar de la atmósfera emocionalmente tensa, algunos cínicos observadores no dejaron de señalar que el Gran Hombre, por primera vez, no había rematado su perorata con un *Vive la France*.)

Mis sentimientos, a pesar de mi relación profesional con las bellas artes —yo era, y soy, director de

Northeby, la mundialmente famosa casa de subastas de Bond Street— coincidían enteramente con los del público. Cuando el taxi pasó por el jardín de las Tullerías, vi en los diarios las groseras reproducciones de la magnífica obra maestra de da Vinci, y recordé el inmenso esplendor de la tela, con esa composición única, ese tratamiento del *chiaroscuro* y esa técnica insuperable que habían señalado la iniciación del Alto Renacimiento mostrando un nuevo camino a los escultores, pintores y arquitectos del Barroco.

A pesar de los dos millones de reproducciones que se vendían anualmente —para no mencionar los innumerables pastiches y las imitaciones inferiores— el cuadro conservaba aún toda su maravillosa sugestión. Terminado dos años después que *La Virgen y Santa Ana*, también en el Louvre, era no sólo uno de los pocos Leonardos que habían sobrevivido intactos a las mil manos ansiosas de los restauradores de cuatro siglos, sino también su única obra maestra —salvo *La última cena*, ya apenas visible— que incluía un vasto paisaje y toda una galería de figuras.

Era tal vez esto último lo que daba al cuadro ese poder terrible y alucinante. La enigmática, casi ambigua expresión del Cristo moribundo, los velados y esquivos ojos de la Virgen y Magdalena, estos signos característicos del arte de Leonardo no parecían más

que amaneramientos comparados con ese vasto cortejo que describiendo una espiral se confundía en un torbellino con el cielo distante, transformando la imagen misma de la crucifixión en una visión apocalíptica de la resurrección y el juicio de la humanidad. De este solo lienzo habían nacido los grandes frescos de la Capilla Sixtina, y las escuelas del Tintoretto y del Veronese. Que alguien hubiera tenido la audacia de robarlo era como un comentario trágico al respeto que tenía la humanidad por sus mayores monumentos.

Y sin embargo, me preguntaba yo mientras llegábamos a las oficinas de las Galleries Normande et Cie, en la Madeleine, ¿habrían robado realmente la pintura? Su tamaño —4 metros y medio por 5 y medio aproximadamente— y su peso considerable —lo habían trasladado del marco original a un panel de roble— descartaban la intervención de un fanático o un psicópata solitario, y ninguna banda de ladrones de obras de arte hubiera perdido el tiempo robando una pintura para la que luego no habría mercado. Acaso el gobierno francés esperaba distraer la atención pública de algún suceso inminente, aunque sólo la restitución de la monarquía y la coronación en Notre Dame del pretendiente Borbón hubieran podido justificar una cortina de humo tan complicada.

En la primera oportunidad le hablé de mis dudas a Georg de

Stael, director de las Galleries Normande y mi anfitrión en París. Aparentemente yo había llegado para asistir esa tarde a una conferencia de directores de galerías y de *marchands* a quienes les habían robado también importantes obras de arte, pero cualquier observador ajeno al ambiente hubiese atribuido en seguida nuestra euforia y nuestro excelente estado de ánimo a otro motivo. Y esto, por supuesto, era la verdad. Cada vez que alguien arroja una piedra a las turbias aguas del arte internacional, hombres como yo y Georg de Stael tomamos en seguida nuestras posiciones en la orilla atentos a cualquier onda insólita o a alguna burbuja maloliente. El robo del Leonardo revelaría mucho más que la identidad de un simple ratero de ocasión. Muchos peces gordos nadaban ya frenéticamente tratando de esconderse. En el ambiente profesional el golpe tendría sin duda consecuencia saludables.

Evidentemente, eran esos sentimientos de venganza los que animaban a Georg de Stael cuando dejó su escritorio y se acercó a saludarme con paso ágil y vivaz, vestido con un traje de verano de seda azul, que se anticipaba a la estación, y que era tan refulgente como la brillantina de su peinada cabeza. La sutil rapacidad del rostro se le deshizo en seguida en una sonrisa de encantada complicidad.

—Puede asegurarte categóricamente, mi querido Charles, que

el cuadro ha desaparecido de veras. —Georg adelantó los brazos, exhibiendo diez centímetros de los elegantes puños de su camisa, de color azul, y batió palmas. — ¡Puff! Por una vez todo el mundo dice la verdad. Y algo más asombroso: el cuadro era auténtico.

—No sé si eso me alegra o no —admitió—. Pero es más de lo que puede decirse de muchas obras del Louvre... y de la National Gallery.

—Así es. —Georg se sentó en el escritorio, y sus zapatos de cuero centellearon a la luz—. Yo pensé que esta catástrofe induciría a las autoridades a confesar la verdad sobre algunos de sus supuestos tesoros, disipando así de paso algo de la magia que rodea al Leonardo. Pero están realmente confundidos.

Durante un momento nos detuvimos a imaginar las consecuencias de esas posibles confesiones en el mercado internacional del arte —los precios de cualquier obra remotamente auténtica se irían a las nubes— y en la imagen popular de la pintura del Renacimiento, que era para todos sacrosanta y única. Sin embargo, nada hubiese menoscabado el genio del robado Leonardo.

—Una pregunta, Georg —dije—. ¿Quién la robó?

Presumí que él lo sabía.

Por primera vez en muchos años vi que Georg vacilaba buscando una respuesta. Al fin se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente, querido Charles. Es un misterio profundo. Todos estamos tan despiadados como tú.

—Entonces el trabajo lo hizo gente de adentro.

—Definitivamente no. El personal actual del Louvre es irreprochable. —Georg golpeó el teléfono con la punta de los dedos.— Hablé esta mañana con dos de nuestros más dudosos contactos, Antweiler en Messina, y Kokoscha en Beirut, y parecían perplejos. Dicen que es una maniobra del gobierno, o que el Kremlin mismo está complicado.

—¿El Kremlin? —repetí atónito. La atmósfera se enrareció, y en la media hora siguiente hablamos en voz baja.

La conferencia de esa tarde, en el Palais de Chaillot, no reveló nada nuevo. El inspector Carnot, jefe de Investigaciones, hombre corpulento y sombrío que vestía un desteñido traje azul, se sentó flanqueado por dos agentes del Deuxième Bureau. Todos parecían cansados y deprimidos; estaban investigando ya una docena de pistas falsas por hora. Detrás, como un jurado hostil, se instaló un grupo de investigadores de la Lloyds de Londres y de la Morgan Guaranty Trust de Nueva York. Al pie de la plataforma, los agentes daban en cambio un animado espectáculo, cambiando impresiones en doce idiomas y remontando decenas de especulativas cometas.

Al cabo de un conciso resumen, emitido en un tono de sepulcral resignación, el inspector Carnot presentó a un alemán fornido que tenía al lado, el superintendente Jurgens de las oficinas de la Interpol en La Haya, y luego llamó a M. Auguste Pecard. Pecard describió simplemente los dispositivos de seguridad del Louvre, que descartaban cualquier posibilidad de robo. Advertí que Pecard no estaba aún enteramente convencido de que se hubiesen llevado la tela.

... nadie tocó los paneles móviles del piso, al pie del cuadro, ni nadie cruzó tampoco los dos rayos infrarrojos del frente. Señores, puedo asegurarles que es imposible sacar la tela sin desmontar previamente el marco de bronce, un marco que pesa quinientos kilos y está atornillado a la pared. Y nadie interrumpió el circuito de la alarma eléctrica...

Yo miraba en las pantallas, detrás del estrado, las dos fotografías de tamaño natural de la pintura. La segunda mostraba la cara posterior del panel de roble, con sus seis varillas de aluminio, las conexiones para el circuito eléctrico, y los *graffiti* de tiza acumulados durante años en los laboratorios del museo. Las fotografías habían sido tomadas durante la última limpieza del cuadro, y tras una andanada de preguntas se supo que el robo había ocurrido dos días después.

Estas noticias cambiaron la atmósfera de la conferencia. Un

centenar de conversaciones privadas se interrumpió, y los pañuelos de seda de color volvieron al bolsillo superior de las chaquetas. Le di un codazo a Georg.

—Ahí está la explicación. —La pintura había desaparecido obviamente en el laboratorio, donde los servicios de seguridad habían sido menos estrictos. —El cuadro no fue robado en la galería.

El alboroto estalló otra vez a nuestro alrededor. Doscientas narices se alzaron de nuevo olfateando el rastro. La pintura había sido robada, y estaba en algún lugar de la tierra. La recompensa a quien descubriera al ladrón —y que no era quizá la legión de honor o un título nobiliario, pero sí por lo menos una exención total de impuestos y de investigaciones en el mercado de moneda extranjera— flotó como un fantasma ante nosotros.

Sin embargo, mientras volvíamos, Georg miraba sombríamente por la ventanilla del taxi.

—El cuadro fue robado de la galería —me dijo, preocupado—. Yo lo vi ahí mismo, exactamente doce horas antes que desapareciera. —Me tomó del brazo y apretó con fuerza. — Pero Dios mío, Dios mío, ¡el ladrón no es de este mundo!

Así empezó la búsqueda del Leonardo perdido.

Volví a Londres a la mañana siguiente, pero Georg y yo nos habíamos regularmente por telé-

fono. Al principio, como todos los que siguen una pista, nos limitamos a escuchar, a poner el oído en el suelo en espera de una rara pisada. En las galerías y salas de subasta aguardábamos la palabra indiscreta, la clave reveladora. Los negocios, por supuesto, estaban en alza, y los museos y coleccionistas privados con un Rubens o un Rafael de tercera categoría habían ascendido un peldaño. Con un poco de suerte la renovada actividad del mercado podía traer a la superficie a algún cómplice lejano del ladrón, o un sustituto del Leonardo —tal vez un pastiche de la Mona Lisa de algún discípulo del Verocchio— sería arrojado como lastre por el ladrón y aparecería en un mercado lateral. Si en el mundo exterior la búsqueda del cuadro desaparecido se llevaba a cabo con tanto alboroto como al principio, en el círculo profesional todo era en cambio tranquilidad y expectativa.

Demasiada tranquilidad realmente. Lo lógico era que se hubiese materializado algo, que en los finos filtros de las galerías de arte y las salas de subasta hubiese aparecido alguna débil pista. Pero no se supo nada. Cuando la ola de actividad levantada por el Leonardo pasó y murió, y los negocios recuperaron su ritmo anterior, el cuadro no fue más que otro nombre en la lista de obras maestras perdidas.

Sólo Georg de Stael parecía capaz de conservar algún interés en

la búsqueda. De cuando en cuando me llamaba por teléfono pidiendo información sobre el comprador anónimo de un Tiziano o un Rembrandt a fines del siglo XVIII, o la historia de alguna copia deteriorada de algún discípulo de Rubens o Rafael. Parecían interesarle especialmente las obras que habían sido dañadas y restauradas luego, información que muchos dueños de cuadros, por supuesto, no desean compartir.

De modo que cuando vino a verme a Londres cuatro meses después de la desaparición del Leonardo, mi pregunta no fue sólo una broma:

—¿Y bien, Georg? ¿Ya sabes quién lo robó?

Georg abrió el amplio portafolios y me sonrió oscuramente.

—¿Te sorprendería que se contestase que sí? No lo sé realmente. Pero tengo una idea, una hipótesis podría decir. Pensé que te gustaría conocerla.

—Por supuesto, Georg. Así que andabas en eso.

Georg levantó un índice delgado indicándome que callara. Bajo aquel barniz de fácil simpatía advertí una nueva seriedad, como un deseo de recordarle las puntas a la conversación.

—Ante todo, Charles, y antes que me eches de tu oficina, te adelanto que mi teoría es completamente fantástica e inaceptable, y sin embargo... —Georg se encogió de hombros—... parece ser la única posible. Para probarla necesito tu ayuda.

—Cuenta con ella. ¿Pero qué teoría es esa? Me has intrigado.

Georg titubeó, como si no se decidiese a exponer su opinión, y luego empezó a vaciar el portafolios, sacando una serie de hojas sueltas de archivo que alineó en el escritorio. Me pareció ver que en las hojas había reproducciones fotográficas de pinturas, señaladas en partes con círculos de tinta blanca. Algunas de las fotografías eran ampliaciones de detalles, el rostro alargado de un hombre de barba de chivo vestido con ropas medievales.

Georg dio vuelta seis de las fotografías mayores para que yo pudiera verlas.

—Los conoces por supuesto —dijo.

Asentí con un movimiento de cabeza. Excepto un cuadro, *La Piedad* de Rubens, en Leningrado, en los últimos cinco años yo había visto los originales de todos. Los demás eran: la extraviada *Crucifixión* de Leonardo, las *Crucifixiones* del Veronese, Goya y Holbein, y un Poussin titulado *Gólgota*. Todos estaban en museos públicos —el Louvre, San Stefano de Venecia, el Prado, y el Ryks de Amsterdam, y aparte del Poussin todos eran conocidas y auténticas obras maestras, piezas mayores de importantes colecciones nacionales.

—Tranquiliza verlos de nuevo —dije—. Pienso que están en buenas manos. ¿O son las adquisiciones próximas del misterioso ladrón?

Georg meneó la cabeza.

—No, no creo que estos cuadros le interesen mucho. Aunque los vigila. —Otra vez noté en los modales de Georg un cambio notable, un humor reflexivo y privado.— ¿No adviertes nada más?

Yo comparé otra vez las fotografías.

—Son todas crucifixiones —dije—. Y auténticas, salvo quizás algunos detalles menores. Toda pintura de caballete. —Me encogí de hombros.— ¿Qué más?

—Todos en su momento fueron robados —dijo Georg, y se movió rápidamente de derecha a izquierda—. El Poussin, robado del Château Loire en 1822; el Goya, del monasterio de monte Cassino, en 1806, por Napoleón; el Veronese en 1891, del Museo del Prado; el Leonardo hace cuatro meses, como sabemos, y el Holbein en 1943, de la colección de Herman Goering.

—Muy interesante —comenté—. Pero pocas obras maestras no han sido robadas alguna vez. Espero que este no sea un punto clave en tu teoría.

—No, pero es significativo si se lo une a otro factor. —Mira.— Georg me pasó la reproducción del Leonardo.— ¿Notas algo anormal? —Meneé la cabeza, y Georg me mostró otra fotografía de la extraviada pintura.— ¿Y en esta otra?

—Las dos son de la *Crucifixión* original —explicó Georg—. Fueron tomadas en el Louvre un mes antes de la desaparición.

—Me doy por vencido —dije—. Me parecen iguales. No... espere un momento. —Acerqué la lámpara y me incliné sobre las fotos, mientras Georg asentía.— Hay una leve diferencia. ¿Qué es?

Comparé rápidamente las fotografías, imagen por imagen, y al fin descubrí la minúscula disparidad. Las pinturas eran idénticas en casi todos sus detalles, pero una figura de la multitud había sido alterada. A la izquierda, donde el cortejo trepaba en espiral por la colina hacia las tres cruces, un rostro había sido totalmente repintado. En el centro del cuadro Cristo pendía aún de la cruz, horas después de la crucifixión; pero merced a una suerte de perspectiva espacio-temporal, recurso común en la pintura del Renacimiento para superar la naturaleza estática de la tela, el cortejo reproducía escenas del tiempo anterior, de modo que el espectador seguía así la invisible presencia de Cristo en su dolorosa ascensión.

La figura que había sido repintada era parte de la multitud al pie de la colina. El hombre alto, corpulento, de negra indumentaria, había sido pintado evidentemente con cuidado especial, y Leonardo le había dado ese aspecto magnífico y esa gracia velada que reservaba habitualmente para representar a los ángeles. Observando la fotografía que te-

nía yo en la mano izquierda —la versión original sin retoques— comprendí que Leonardo había querido pintar un ángel de la muerte, o mejor aún uno de esos agentes del inconsciente, pavorosos en su calma enigmática, en su reconcentrada ambivalencia, que parecen presidir en sus pinturas los más profundos temores y esperanzas del hombre, como esas estatuas de rostros grises que miran fijamente hacia abajo desde las cornisas y frontones de medianoche en la necrópolis de Pompeya.

Todo esto, tan característico de Leonardo y de su curiosa visión del mundo, parecía estar sintetizado en el rostro de aquella alta y angélica figura. Vuelto casi de perfil sobre el hombro izquierdo, el rostro miraba hacia la cruz, allá arriba, y una débil llama de piedad le animaba los rasgos grises y saturninos. La frente alta, ligeramente abombada en las sienes, se alzaba sobre una soberbia nariz semítica, y el rastro de una sonrisa de resignación y de comprensión compasiva, era la única fuente de luz en la zona baja del rostro, parcialmente oscurecido por las sombras de un cielo de tormenta.

En la fotografía de mi mano derecha, en cambio, todo esto había sido modificado. Una concepción enteramente distinta había reemplazado a aquella angélica figura. El parecido superficial se mantenía, pero el rostro había perdido su expresión de compa-

sión trágica. El último artista había invertido completamente la postura, y la cabeza, vuelta hacia el hombro derecho, ya no miraba la cruz sino a la antigua Jerusalén, cuyas torres espectrales se alzaban en el crepúsculo azul como una ciudad del infierno miltoniano. Mientras los otros circunstancias parecían seguir la ascensión de Cristo con una desesperanzada impotencia, el rostro del hombre vestido de negro era arrogante y crítico, y la tensión en los músculos del cuello indicaba que había vuelto bruscamente la cabeza, casi con disgusto, apartando los ojos del espectáculo de allá arriba.

—¿Qué es esto? —pregunté, y señalé la última fotografía—. ¿La copia perdida de algún discípulo? No entiendo por qué...

Georg se inclinó hacia adelante y golpeó la imagen con la punta de los dedos.

—Este es el Leonardo original. ¿Comprendes, Charles? La versión de tu mano izquierda, y que admiraste durante varios minutos fue pintada por algún restaurador desconocido, pocos años después de la muerte de da Vinci. —Georg advirtió mi escepticismo y sonrió.— Créeme, es cierto. La figura es sólo una parte menor de la composición, y nadie la había examinado antes seriamente, ya que el resto de la pintura es notoriamente auténtico. El retoque se descubrió hace cinco meses, cuando retiraron el cuadro para limpiarlo. El examen infrarrojo

reveló claramente el otro perfil.

Georg me alcanzó otras dos fotografías, dos ampliaciones de la cabeza donde el contraste de los dos caracteres era aún más evidente.

—Observa el sombreado. Los retoques fueron pintados con la mano derecha, y ya sabemos que da Vinci era zurdo.

—Bueno... —Me encogí de hombros.— Parece raro. Si lo que dices es cierto, ¿por qué diablos modificaron un detalle tan pequeño? La concepción misma del personaje es distinta...

—Pregunta interesante —dijo George ambiguamente—. A propósito, la figura es Ahasuerus, el Judío Errante. —Señaló los pies del hombre.— En la representación convencional lleva siempre las sandalias de cintas cruzadas de los esenios, secta a la que perteneció quizá el mismo Jesús.

Tomé de nuevo las fotografías.

—El Judío Errante —repetí lentamente—. Curioso. El hombre que le dijo a Cristo que fuera más de prisa, y que fue condenado a vagar por la tierra hasta la Segunda Venida. Se diría que quien retocó el cuadro era su apologeta y puso esta expresión de trágica piedad sobre el Leonardo original. He aquí una idea para ti, Georg. Muchos cortesanos y mercaderes ricos se reunían en los estudios de los pintores, y a veces eran incorporados informalmente a una tela... Ahasuerus, quién sabe, vagaba también por allí, posando para su propio personaje,

movido por una suerte de culpable compulsión, y después robaba los cuadros y los retocaba. Es toda una teoría.

Miré de reojo a Georg, esperando su réplica. Georg asentía con lentos movimientos de cabeza, mirándome a los ojos, sin ninguna muestra de humor.

—¡Georg! —exclamé—. ¿En serio? Quieres decir...

Georg me interrumpió suavemente, pero con firmeza.

—Charles, concédeme unos minutos. Ya te advertí que mi teoría era fantástica. —Antes que yo pudiera protestar me alcanzó otra fotografía.— La *Crucifixión* del Veronese. ¿Reconoces a alguien? Abajo, a la izquierda.

Alcé la fotografía a la luz.

—Tienes razón —dije—. El tratamiento veneciano es distinto, mucho más pagano, pero no hay ninguna duda. Georg, el parecido es extraordinario.

—De acuerdo. Pero no es sólo el parecido. Observa la pose y la caracterización.

Vestida aquí también de negro, con sandalias de cintas cruzadas, la figura de Ahasuerus asomaba en la muchedumbre. Pero lo más insólito no era tanto la actitud de Ahasuerus, que como en el Leonardo retocado miraba con profunda compasión a Cristo agonizante —interpretación realmente incomprensible—, sino el asombroso parecido entre los dos rostros. Parecía casi como si hubiesen sido pintados con el mismo modelo. La barba era aquí tal vez

un poco más tupida, al estilo de Venecia, pero los planos de la cara, las sienes convexas la hermosa rusticidad de la boca y la mandíbula, la resignada sabiduría de los ojos —ojos de médico trashumante, testigo de un acto de belleza e intensidad bárbaras— todo era una réplica exacta de la figura del Leonardo. Hice un ademán de impotencia.

—La coincidencia es asombrosa. Georg asintió.

—Hay algo más —dijo—. Como en el caso del Leonardo, la desaparición ocurrió poco después que los expertos limpiaran la tela. Cuando reapareció en Florencia, dos años más tarde, estaba ligeramente dañada, y no se intentó restaurarla otra vez. —Georg hizo una pausa.— ¿Entiendes, Charles?

—No mucho. Sospechas, creo, que si hoy se limpiara el cuadro aparecería una versión muy diferente de Ahasuerus, la imagen original del Veronese.

—Exactamente. Al fin y al cabo el tratamiento actual no tiene sentido. Si no estás convencido aún, mira estas otras.

Nos pusimos de pie y revisamos el resto de las fotografías. En todos los cuadros —el Poussin, el Holbein, el Goya y el Rubens— aparecía la misma figura, el mismo rostro oscuro y saturnino miraba la cruz con una expresión de comprensiva piedad. En vista de los estilos tan diferentes de los artistas, el grado de similitud era notable. En todos, asimismo, la

actitud del personaje carecía de sentido, y la caracterización no tenía ninguna relación con la leyenda de Ahasuerus.

Yo sentía ya la intensidad de la convicción de Georg como algo físcio. Georg golpeó rítmicamente el escritorio con la palma de la mano.

—En todos los casos, Charles, el robo ocurrió poco después que limpiaran la tela. El Holbein mismo fue robado por unos renegados S. S. luego de haber sido reparado en un campo de concentración. Como tú mismo dijiste, parecería que el ladrón no quisiera que el mundo viese la verdadera imagen de Ahasuerus, y pintara entonces estas apologías.

—Pero, Georg, la presunción es arriesgada. ¿Puedes probar que en todas estas pinturas hay una versión original debatido?

—No todavía. Las galerías, por supuesto, se resisten a confesar que sus obras no son totalmente auténticas. Sé que todo esto es una mera hipótesis, ¿pero qué otra explicación puede haber?

Sacudiendo la cabeza, fui hacia la ventana y dejé que el ruido y el movimiento de Bond Street interrumpieran las temerarias especulaciones de Georg.

—Entonces tú sugieres seriamente, Georg, que la oscura figura de Ahasuerus se pasea por ahí, por esas calles, y que a lo largo de los siglos ha estado robando y retocando cuadros donde aparece menospreciando a Jesús. ¡La idea es ridícula!

—No más ridícula que el robo del Leonardo. Todos sostienen que el ladrón no está sujeto a las leyes del universo físico.

Durante un rato nos miramos en silencio por encima del escritorio.

—Muy bien —asentí, pues no quería ofenderlo. La intensidad de su *idée fixe* me había alarmado. —¿Pero no convendría quedarse tranquilo y esperar a que el Leonardo reaparezca?

—No necesariamente. La mayoría de las pinturas robadas desapareció durante diez o veinte años. Quizá el esfuerzo de traspasar los límites del espacio y el tiempo lo deja exhausto, o quizá estas pinturas originales lo aterrizan...

—Georg se interrumpió cuando vio que me adelantaba hacia él—. Sí, la idea es fantástica, pero hay alguna probabilidad de que sea cierta. Y es aquí, Charles, donde necesito tu ayuda. Este hombre ha de ser evidentemente un gran patrón de las artes, siempre detrás de quienes pintan crucifixiones, arrastrado por una irresistible compulsión, por un sentimiento de culpa que nada puede mitigar. Tenemos que vigilar las galerías y los salones de ventas. Esta cara, estos ojos negros y este perfil... tarde o temprano los encontraremos ante alguna *Crucifixión* o alguna *Pietà*. Piensa un poco, ¿no viste nunca esa cara?

Me incliné sobre la carpeta, y observé la imagen de aquel hombre errante de ojos negros. *Apre-*

súrate, había dicho con sorna cuando Jesús pasó cargado con la cruz hacia el Gólgota, y Jesús había replicado: *Sí, pero tu esperarás hasta que yo vuelva*. Yo iba a decirle que no a Georg cuando algo me detuvo, alguna pausa repleta de reconocimiento que se me había abierto en la mente. Aquel hermoso perfil levantino, aquella figura... en un salón de ventas, acompañado por un agente... con otra indumentaria por supuesto, elegante traje de calle de rayas oscuras, bastón de empuñadura de oro, y polainas...

—¿Lo has visto? —Georg se me acercó—. Charles, creo que yo también lo he visto.

Lo aparté con un ademán.

—No estoy seguro, Georg, pero... quizás.

Curiosamente, el retrato retocado de Ahasuerus parecía más real, más semejante al rostro que yo estaba seguro de haber visto que el original de Leonardo. De pronto me volví hacia Georg.

—Diablos, Georg, ¿no entiendes que si esta absurda idea tuya fuera verdad ese hombre debe de haber hablado con Leonardo? ¿Y con Miguel Ángel, y el Tiziano y Rembrandt?

Georg asintió con un movimiento de cabeza.

—Y con alguien más.

Durante el mes siguiente, luego de que Georg regresara a París, no estuve mucho tiempo en mis oficinas. Me pasaba las horas en los salones de ventas, buscando

ese rostro familiar que yo estaba seguro de haber visto antes. Si no hubiese sido por esa firme convicción yo hubiera rechazado la hipótesis de Georg como una fantasía obsesiva. Hice algunas prudentes investigaciones entre mis asistentes, y descubrí, inquieto, que recordaban también a un personaje semejante. A partir de entonces me fue imposible apartar de mi mente las fantasías de Georg. Del Leonardo desaparecido no hubo más noticias, y la completa ausencia de rastros terminó por desorientar a la policía tanto como al mundo artístico.

Sentí pues un nuevo alivio, y excitación también, cuando cinco semanas más tarde recibí el siguiente telegrama:

CHARLES. VEN INMEDIATAMENTE. LO HE VISTO. GEORG DE STAEL.

Esa vez, mientras el taxi me llevaba del aeropuerto de Orly a la Madeleine, no fue ociosa distracción lo que me llevó a observar los jardines de las Tullerías, donde podía aparecer un hombre de elevada estatura, sombrero negro echado sobre los ojos, y una tela enrollada bajo el brazo. ¿Georg de Stael se habría vuelto loco al fin, o habría visto realmente el fantasma de Ahasuerus?

Cuando nos encontramos en las puertas de Normande et Cie, Georg me estrechó la mano con la misma firmeza de siempre, y un rostro sereno y confiado. Ya en la oficina, se reclinó en el sillón y me miró enigmáticamente por encima de las puntas de los dedos,

tan seguro de sí mismo en realidad que podía guardar silencio un rato.

—Está aquí, Charles —dijo al fin—. En París, parando en el Ritz. Ha estado asistiendo a las subastas de los maestros del siglo XIX y del XX. Con un poco de suerte lo verás esta tarde.

Durante un momento sentí que la incredulidad me dominaba otra vez, pero antes que yo pudiera balbucear mis objeciones, Georg me dijo:

—Es exactamente como esperábamos, Charles. Alto, corpulento, con cierta gracia estatuaria, ese tipo de hombre que se mueve con naturalidad entre los ricos y los nobles. Leonardo y Holbein lo representaron muy bien: esa rara intensidad fantasmal en los ojos, el viento de los desiertos, las hondanadas profundas.

—¿Cuándo lo viste por primera vez?

—Ayer por la tarde. Habíamos completado casi las ventas del siglo XIX, cuando apareció un pequeño Van Gogh, una copia inferior de *El buen Samaritano*. Un cuadro de los últimos días de la locura del artista, con espirales turbulentas y figuras como bestias atormentadas. Por alguna razón el rostro del Samaritano me recordó el de Ahasuerus. En ese mismo momento alcé la vista y miré el salón atestado. —Georg se inclinó hacia adelante.— Sí, allí estaba, sentado en primera fila, mirándome fijamente a la cara. Yo apenas pude sacarle los ojos

de encima. Tan pronto como comenzó la subasta, el hombre ofreció dos mil francos.

—¿Se llevó la pintura?

—No. Afortunadamente, yo no había perdido del todo la cabeza. Claro, yo tenía que estar seguro de que era él. Hasta entonces había aparecido sólo como Ahasuerus, pero pocos artistas pintan hoy crucifixiones en el viejo estilo *bel canto*, y quizá él ha tratado de equilibrar la culpa apareciendo también en otros papeles, el de Samaritano, por ejemplo. Lo dejaron solo cuando llegó a los quince mil francos —el valor de reserva era de diez mil— así que yo hice retirar la tela. Yo estaba seguro de que volvería hoy si era en realidad Ahasuerus, y necesitaba además veinticuatro horas para llamarte y avisar a la policía. Dos hombres de Carnot vendrán también esta tarde. Les conté una historia muy vaga y no molestarán. Por supuesto, hubo un escándalo cuando retiramos el Van Gogh. Nuestro amigo moreno se incorporó de un salto y pidió una aclaración. Le dije que yo sospechaba de la autenticidad de la pintura, y que estaba protegiendo la reputación de la galería, pero que si el resultado del análisis era satisfactorio se pondría hoy a la venta.

—Fuiste muy hábil —comenté.

Georg inclinó la cabeza.

—Lo mismo pienso. Era una buena trampa. El hombre se lanzó a una apasionada defensa del cuadro. En circunstancias nor-

males, cualquiera que tuviese como él una evidente experiencia en subastas, hubiera callado, prudentemente. Me dio toda clase de detalles sobre los pigmentos de tercera clase de Van Gogh, el revés de la tela y otras cosas. El revés de la tela, fíjate, algo que puede recordar muy bien un modelo. Le dije que yo no estaba del todo convencido, y prometió volver hoy. Dejó su dirección por si aparecía alguna dificultad. —Georg sacó una tarjeta del bolsillo y leyó en voz alta:— *Conde Enrique Danilewicz, Villa d'Est, Cadaqués, Costa Brava*.

Sobre la tarjeta se leía *Ritz Hotel, París*.

—Cadaqués —repetí—. Dalí vive cerca, en Port Lligat. Otra coincidencia.

—Quizá más que una coincidencia. ¿Sabés que pinta ahora el maestro catalán? Exactamente una crucifixión. Nuestro amigo Ahasuerus está rondando otra vez.

Georg sacó una libreta encuadernada en cuero del cajón central del escritorio.

—Escucha ahora. He estado estudiando la identidad de los modelos de Ahasuerus, casi siempre mercaderes ricos. El de Leonardo es un misterio. Tenía una casa de puertas abiertas, y los pordioseros y las cabras se le paseaban por el estudio a voluntad. Cualquiera pudo haber entrado ahí y posado para Ahasuerus. Pero los demás modelos se seleccionaron cuidadosamente. El de Holbein fue Sir Henry Daniels, un famoso ban-

quero, amigo de Enrique VIII. Para el Veronese posó un miembro del Consejo de los Diez, nada menos que Enri Danieli, el futuro Dux... tú y yo estuvimos en un hotel de ese nombre en Venecia. Para Rubens posó el barón Henrik Nielson, embajador de Dinamarca en Amsterdam, y el modelo de Goya fue un tal Enrico Da Nella, financiero y protector del Prado. El modelo de Poussin fue Henri, duque de Nille, el famoso dilettante.

Georg cerró la libreta con un ostentoso floreó.

—Es realmente asombroso —dije.

—No exageras. Danilewicz, Daniels, Danieli, Da Nella, de Nille y Nielson. Alias Ahasuerus. Sabes, Charles, estoy un poco asustado, pero se me ocurre que el Leonardo perdido está a nuestro alcance.

Nada pues pudo decepcionarnos más esa tarde que la ausencia de nuestra presa.

Afortunadamente, y por su transferencia a las ventas de ese día, el Van Gogh tenía un número de lote bastante alto, por lo menos después de tres docenas de pinturas del siglo XX. Cuando empezaron las ofertas por los cuadros de Kandinsky y Leger me senté en la plataforma detrás de Georg, de cara a la elegante concurrencia. En aquella asamblea internacional de *connoisseurs* americanos, magnates de la prensa inglesa, aristócratas italianos y franceses —coloreada por un generoso centelleo de damas de la

vida galante— una figura como la descrita por Georg hubiese podido pasar inadvertida. Sin embar- go, a medida que avanzábamos por el catálogo, y los fognozos de los fotógrafos se hacían más y más molestos, empecé a pregun- tarme si el hombre aparecería realmente. En la primera fila ha- bía un asiento vacío, reservado para él, y yo esperaba impacien- temente que este fugitivo del tiempo y del espacio se materiali- zara e hiciera su magnífica apari- ción tan pronto como anunciase el Van Gogh.

Llegó el momento y nadie re- clamó ni el asiento ni el cuadro. El Van Gogh, retirado el día an- terior por las dudas de Georg, no alcanzó el valor de reserva, y al completarse las últimas ventas Georg y yo nos quedamos solos en la plataforma, con nuestro au- zuelo intacto.

—Ha olido gato encerrado —su- rurró Georg cuando un empleado confirmó que el conde Danilewicz no se encontraba en ninguno de los salones.

Minutos después un llamado telefónico al Ritz nos informaba que el conde había dejado sus ha- bitaciones y había partido hacia el Sur.

—Un experto en eludir tram- pas, indudablemente —comenté—. ¿Qué hacemos ahora?

—Cadaqués.

—¡Georg! ¿Estás loco?

—De ningún modo. Es sólo una posibilidad, pero hay que aprove- charla. El inspector Carnot nos

conseguirá un aeroplano. Tendré que inventarle alguna historia. Vamos, Charles, verás que encon- tramos el Leonardo en su villa.

Llegamos a Barcelona, con el inspector Carnot detrás, y el su- perintendente Jurgens de la Inter- pol, que facilitó nuestro paso por la aduana, y tres horas des- pués salíamos con una patrulla de autos policiales hacia Cada- qués. El veloz viaje a lo largo de esa costa fantástica, de rocas monstruosas como gigantescos y dormidos reptiles, y una luz de cristal sobre el mar embalsama- do, que recordaba las playas in- temporales de Dalí, fue adecuado preludio al capítulo final. Alre- dedor de nosotros el aire sangra- ba diamantes que centelleaban en las inmensas agujas de piedra, y los altos acantilados lunares se transformaban de pronto en plá- cidias bahías de agua luminosa.

La Villa d'Est se alzaba en un promontorio, a trescientos metros sobre la ciudad, y las altas pare- des y las persianas de las venta- nas moriscas brillaban a la luz del sol como cuarzo blanco. Las puertas grandes y negras, como las de una cripta, estaban cerradas, y aunque tocamos continuamente la campanilla nadie vino a aten- dernos. Mientras tanto, sobrevino una prolongada disputa entre la indecisa policía española, que no quería ofender a un importante dignatario local —el conde Dani- lewicz había otorgado una doce- na de becas a promisorios artistas

de la región— y deseaba a la vez participar en el descubrimiento del Leonardo perdido.

Georg y yo nos impacientamos al fin, y decidimos alquilar un automóvil e ir a Port Lligat, des- pués de prometerle al inspector que regresaríamos a tiempo para alcanzar el avión comercial que llegaría a Barcelona dos horas más tarde, trayendo presumible- mente al conde Danilewicz en persona.

—Aunque quizás —susurró Georg mientras nos alejábamos— él viaja por otros medios.

No llegamos a decidir con qué excusa invadiríamos los dominios privados del conocido pintor es- pañol, aunque la posibilidad de dos exposiciones individuales si- multáneas —en Northeby y en las Galleries Normande— hubieran podido apaciguarlo. Cuando nos acercábamos a la ya familiar hille- ra de casas blancas a orillas del agua, una enorme limousine vino hacia nosotros, trayendo de vuel- ta, pensamos, a un huésped re- ciente.

La carretera era en ese lugar algo más angosta, y durante un momento las pesadas carrocerías se sumergieron unos instantes en el polvo como dos quejosos mastodontes.

De pronto Georg me apretó el codo, señalando la ventanilla.

—¡Charles! ¡Ahí está!

Bajé en seguida la ventanilla mientras los dos conductores se maldecían mutuamente, y alcan-

cé a ver el oscuro interior del otro coche. Sentada en el asiento trasero, con una cabeza que parecía alzarse por encima del ruido, ha- bía una enorme figura que me re- cordó a Rasputín, de traje negro espigado a rayas; los puños de la camisa blanca y el dorado alfiler de corbata brillaban en la sombra, y las manos enguantadas des- cansaban en un bastón de puño de marfil. Alcancé a vislumbrar, mientras pasábamos, la imponente cabeza saturnina, de vivas fac- ciones, que repetían y corrobo- raban exactamente aquellas que habíamos visto reproducidas por tantas manos en tantas telas: los ojos relucían con un fulgor intenso, las cejas pobladas y oscu- ras se abrían como alas bajo la bóveda de la frente, y la curva cerrada de la barba prolongaba la forma de la mandíbula adelan- tándose en el aire como una espada.

Aunque elegantemente vestida, toda la figura irradiaba una ener- gía tremenda e inagotable, un po- deroso don divino que parecía ex- tenderse más allá de los confines del automóvil. Nuestras miradas se cruzaron un instante, separa- dos uno de otro por una distan- cia no mayor de un metro. Pero él, sin embargo, miraba más allá de mí, un punto remoto, la cima invisible de una colina recortada para siempre contra el cielo, y yo vi en esos ojos una expresión de remordimiento irredimible, una desesperación casi alucinatoria, desprovista de toda piedad hacia

si mismo, de esa concebible extenuación que uno imagina en los rostros de los condenados.

—¡Que no se vaya! —gritó en ese momento Georg en medio del ruido—. ¡Charles, llámalo!

Nuestro coche se apoyó un momento en la falda de la montaña, ya fuera del camino, y yo grité entre los gases del motor:

—¡Ahasuerus! ¡Ahasuerus!

Los ojos relucientes se volvieron hacia mí, y el hombre se incorporó en el asiento apoyando un brazo negro en el marco de la ventanilla, como un enorme angel lisiado a punto de echarse a volar. Luego los dos coches se apartaron, y un torbellino de polvo que nos separó de la limousine flotó a nuestro alrededor durante diez minutos, en el aire plácido.

Cuando el polvo se aquietó y conseguimos dar vuelta, la gran limousine había desaparecido.

Encontraron el Leonardo en la Villa d'Est, apoyado en una pared del salón comedor, con su marco metálico. Todos se sorprendieron mucho al descubrir que la casa estaba completamente vacía, aunque dos servidores que habían tenido el día libre aseguraron que aquella mañana había estado tan lujosamente amueblada como siempre. Indu-

dablemente, como había señalado Georg de Stael, el desaparecido inquilino tenía sus medios de transporte propios.

El cuadro no había sufrido daños, aunque se advertía en seguida que una mano hábil había estado trabajando en una parte de la tela. El rostro de la figura vestida de negro alzaba otra vez los ojos hacia la cruz, con una débil luz de esperanza, quizás aun de redención, en las melancólicas facciones. Las pinceladas ya se habían secado, pero Georg me informó que la fina capa de barniz estaba todavía fresca.

En nuestro festivo y triunfante regreso a París, Georg y yo recomendamos que dadas las vicisitudes que había sufrido el cuadro, no se intentaran más limpiezas ni restauraciones, y con un agradecido suspiro el director y los demás empleados del Louvre aseguraron el Leonardo al muro.

No hubo más noticias del conde Danilewicz, pero hace unos días Georg me dijo que un profesor llamado Henrico Daniella ha sido designado director del Museo de Arte Pan-Cristiano, en Santiago de Chile. Georg ha intentado en vano comunicarse con el profesor Daniella, pero ha sabido que el museo tiene especial interés en reunir una vasta colección de pinturas de la Cruz.

edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa
FICTION

edición japonesa
S-F

edición alemana
EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana
MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCIÓN

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimer Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



ediciones minotauro

las obras maestras de la ciencia-ficción
la aventura de la ciencia
la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de Olaf Stapledon - Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson - El filo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.